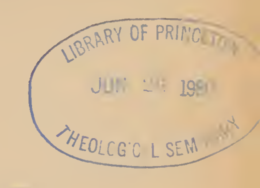


BIBLIOTECA ALDEANA DE COLOMBIA



ORADORES SAGRADOS
DE LA
GENERACION DEL CENTENARIO



SELECCION SAMPER ORTEGA DE
LITERATURA COLOMBIANA

PUBLICACIONES DEL
MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

EDITORIAL MINERVA S. A
1936

ORADORES SAGRADOS DE LA GENERACION DEL CENTENARIO

La oratoria sagrada contemporánea presenta en Colombia tres periodos bien definidos: el que presidieron monseñor Rafael María Carrasquilla y el doctor Carlos Cortés Lee. y que puede considerarse como la Edad de Oro del género por su excelencia literaria, pues ni antes de ellos ni después de estos dos grandes señores del púlpito se encuentran oraciones de tan notable altura; el periodo de los muchachos que han abandonado el seminario en los últimos tres lustros, y que fueron educados en un ambiente más de acuerdo con las necesidades modernas, más próximo al mundo y a la sociedad; y el grupo intermedio, es decir, el grupo que formaron directamente Carrasquilla y Cortés Lee y al cual pertenecen los sacerdotes ordenados en las dos primeras décadas del presente siglo, la mayoría de los cuales por su edad se consideran como de la generación del centenario. Representantes muy señalados de este último grupo son, por ejemplo, el doctor José Vicente Castro Silva y el doctor Juan Crisóstomo García, a cada uno de los cuales hemos destinado volumen aparte; y los doctores José Manuel Marroquín y José Alejandro Bermúdez y el reverendo

padre Félix Restrepo, cuyas mejores producciones hemos querido recoger en el presente volumen.

Monseñor JOSE MANUEL MARROQUIN es de los tres el mayor en edad, como que nació en Bogotá el 26 de noviembre de 1874, y en dignidad, como que tiene el título de Camarero Secreto Supernumerario de Su Santidad. Hijo del presidente Marroquín que fue, además, reputado educador y hombre de letras, monseñor Marroquín hizo los primeros estudios en su casa, teniendo por maestros a su mismo padre y a don Ricardo Carrasquilla y don Miguel Antonio Caro. Al cumplir 14 años ingresó en el seminario conciliar de Bogotá; pero no terminó allí, sino en el de San Sulpicio sus estudios eclesiásticos, y en 1898 recibió las órdenes sacerdotales de manos del cardenal Benjamín Richard, varón eminentísimo, cuya causa de canonización ha sido recientemente iniciada. Entre sus condiscípulos del seminario parisiense cuéntanse monseñor el conde de Chaptal, hoy arzobispo coadjutor de la Ciudad Luz y monseñor el vizconde de Harscouet, actual obispo de Chartres. De París monseñor Marroquín pasó a Roma, donde cursó derecho canónico, hasta doctorarse en la universidad de San Apolinar; y, antes de regresar a Bogotá, visitó detenidamente a Italia, en compañía de otro sacerdote y refinado artista: el doctor Carlos Umaña.

Cuando monseñor Marroquín regresó a Colombia en 1901, su padre ejercía la presidencia de la república; sin embargo, sin aprovecharse, cual hubiera podido hacerlo, de semejante circunstancia, se aplicó a servir la modestísima

capellanía de las Hermanitas de los pobres y a enseñar en el Seminario, donde le nombraron director espiritual.

Cuatro años después las Hermanas de la Caridad necesitaron un capellán para su «Colegio de la Presentación». La curia dispuso encargar a monseñor Marroquín de esa capellanía. Mas parece que las hermanas, extraordinariamente rígidas en su horario, manifestaron tímidamente al arzobispo su recelo de que el nuevo capellán no les resultase lo suficientemente puntual. Cuentan que su ilustrísima dio traslado de estos temores al propio monseñor Marroquín, y que éste se encargó de desvanecerlos, manifestando a las Hermanas que «él era un reloj». Con tal declaración, las Hermanas se tranquilizaron, y monseñor Marroquín se hizo cargo de la capellanía; pero a las pocas semanas, lo llamó la superiora: «Monseñor —le dijo:— Su señoría nos manifestó que en materia de cumplimiento era un reloj; pero resulta que todavía no hemos logrado oír dos misas a la misma hora. Esto nos trastorna por completo la disciplina del Colegio». Monseñor Marroquín respondió sin vacilar: «Reverenda Madre, yo le manifesté a su reverencia que, en cuanto a cumplimiento, era, y soy efectivamente, un reloj; y como los relojes, unas veces me adelanto y otras me atraso».

Por aquel mismo tiempo monseñor Marroquín solicitó del Arzobispo licencia para ir a Medellín; y como el prelado se negara a concedérsela, temeroso de que monseñor prolongase su ausencia más allá de lo previsto y las Hermanas lo mortificasen a él con sus reclamos, monseñor Marroquín lo convenció: «Puedo asegurar a su ilustrísima que las Hermanas no le harán reclamo alguno». «¿Y cómo ha

arreglado usted el asunto?» «De la manera más sencilla: como tengo sobre ellas autoridad espiritual les he prohibido que vengan a dar quejas».

Estas dos anécdotas, que pintan el espíritu archibogotano de monseñor Marroquín, nos traen a la memoria otra más reciente, de la época en que compró su primer automóvil. Bien sabido es que antes de otorgarle a un propietario el permiso de manejarlo, éste se somete a un riguroso examen. Cuando ya monseñor Marroquín se sintió capaz de recorrer las calles del centro sin atropellar a los peatones, solicitó dicho examen y, llevando en su carro a los dos peritos examinadores, se lanzó hacia el centro de la ciudad; al volver una esquina, le ordenaron: «Páre, y retroceda». «Nó, señores: nó retrocedo». «¿Y cómo nó? es indispensable saber cómo se las arregla usted para andar en reverso». «Es que yo no he comprado el automóvil para andar para atrás» contestó serenamente monseñor Marroquín.

En 1916, después de una larga y peligrosa enfermedad, monseñor Marroquín viajó a España, y allí durante cuatro años, ocupó buena parte de su tiempo investigando en los archivos y en la Biblioteca de Madrid. Restituído a Bogotá en 1920, dirigió el periódico «El Catolicismo», que por entonces se editaba por cuenta de la Curia, sirviendo al propio tiempo la secretaría privada del arzobispado. Suspendido «El Catolicismo», asumió la dirección de «La Iglesia», órgano oficial de la Arquidiócesis, cargo que todavía desempeña. En 1925 ocupó en la Academia Colombiana de Historia, de la cual era correspondiente desde diez años atrás, la silla que fue de don Rufino Gutiérrez; y dirigió

la misma corporación desde 1927 hasta 1930, primero como vicepresidente y después como presidente. Desde 1928 es capellán del Instituto Pedagógico Nacional para señoritas, donde dicta algunas clases y ha ejercido una silenciosa pero constante y benéfica labor educativa.

La obra literaria de monseñor Marroquín no es muy extensa, como que en libro apenas ha publicado el que se intitula «Don José Manuel Marroquín íntimo» (1916), que se refiere a su padre. Sin embargo, en el «Boletín de Historia y Antigüedades», en «El Catolicismo», en «Santafé y Bogotá» y en «Senderos» se encuentra colaboración suya, no muy abundante, pero de finos quilates. Es miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias y Artes, de España, y de los centros de historia de Medellín y Tunja.

Monseñor Marroquín es bogotano integral, no sólo por familia, pues Marroquines y Osorios figuran ya como de cepa santafereña desde el siglo XVIII, sino por su espíritu irónico y despreocupado y por su carácter un tanto indolente. El bogotano posee cierta maravillosa intuición de lo ridículo, que le permite reírse a sus solas de muchos personajes admirados en el resto del país, pero que a él no le deslumbran, porque antes que las excelencias acierta a ver en los hombres las pequeñeces. Pero esa misma cualidad que, sin duda, es muy valiosa, explica su carácter indolente, no tanto por pereza cuanto por miedo a ser él mismo víctima de un análisis tan implacable como el que para sus adentros hace él de los otros.

***

Es distinto el temperamento del doctor JOSE ALE-

JANDRO BERMUDEZ, también académico de la Historia, canónigo de la Metropolitana, ex-rector de la facultad de derecho y ex-secretario general del arzobispado.

El doctor Bermúdez nació el 30 de marzo de 1886. Estudió en el seminario de Bogotá y recibió las órdenes sagradas en 1908. Allí mismo ha regentado las clases de latinidad, retórica, elocuencia sagrada y derecho canónico; y lee esta misma materia, filosofía del derecho y sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional.

Su obra literaria es bastante más densa que la de monseñor Marroquín: en colaboración con el doctor José Vicente Castro Silva publicó su libro «Nociones de Derecho Eclesiástico» (1918); y luégo ha publicado: «A través de la antigua Santafé» (1926) y «Compendio de Historia de Colombia», que lleva ya varias ediciones.

Ultimamente, el doctor Bermúdez ha concretado sus actividades al colegio «Antonio Nariño», que él fundó, y que le embarga la totalidad de su tiempo. Por esta razón ni siquiera en la cátedra sagrada se le puede oír, sino muy de tarde en tarde.

Posee el doctor Bermúdez una extensa erudición: a él también, como a don Gustavo Otero Muñoz, don Tomás Rueda Vargas, don Ricardo Pardo, don Evaristo Delgado Mallarino, don Nicolás Bayona Posada y otros amigos, debemos nosotros valiosas indicaciones relacionadas con esta Selección de Literatura. Posee una importante biblioteca, y como orador sagrado se distingue entre los de su genera-

ción por el lenguaje atildado y la discreción de los ademanes

* * *

El R. P. FELIX RESTREPO nació en 1877, en Medellín. Muy joven ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús, comunidad donde ha ocupado cargos de mucha importancia, entre ellos la dirección de la universidad Javeriana. Se doctoró en filosofía en Valkenburg; en Oña, en ciencias divinas; y en Munich, en ciencias pedagógicas. Ha dirigido «Horizontes», de Bucaramanga, y la excelente «Revista Javeriana», de Bogotá, que, puede decirse, es obra suya, además, ha colaborado en «Razón y Fe» y «El Mensajero del Corazón de Jesús», de Bogotá y «El Debate», de Madrid. En la Academia Colombiana ocupa la silla que fue de don Marco Fidel Suárez, y pertenece al número de la de Ciencias de la Educación. Religioso austero, consagrado íntegramente a sus estudios y a la educación de la juventud vive, como es natural, retirado del mundo, y su biografía carece, por lo tanto, de incidentes notables. Pero hoy es acaso la figura más sobresaliente en la Compañía de Jesús, y la más conocida en Colombia, por la densidad de su obra literaria y por su exquisito dón de gentes.

Como helenista es, sin disputa el mayor que hemos tenido; domina también, y aparte del griego y del latín, varias de las lenguas romances, de manera que le cabe el calificativo de polígloto y filólogo. Conoce a fondo los

clásicos españoles, como lo demuestra su libro «El castellano en los clásicos», y ese conocimiento imprime a sus escritos un sello de claridad, de sencillez y de elegancia inconfundible. Su discurso de recepción en la Academia Colombiana «La cultura popular griega a través de la lengua castellana» es una de las más interesantes piezas que pueden leerse porque, con arte admirable, supo hacer de un tema en la apariencia tan árido por lo erudito, una joya bien cincelada y de amenísima lectura. La recepción del R. P. Restrepo en la Academia Colombiana se recordará siempre en ese instituto como uno de los actos que mayor honra y brillo le han dado. En la «Revista Javeriana» y en «Senderos» publicó el padre Restrepo diferentes paliques, recientemente recogidos bajo el título de «Diálogos en otros mundos». Le debemos además un interesante folleto ortográfico en que acredita, a la par que sus extensos conocimientos literarios, sus excelentes dotes de educador. Y en el campo de la filología un tratado de «Semántica», al cual podría aplicarse la frase que Suárez consagra a alguno de los libros de don Sergio Arboleda, es a saber: «Que no pesa como el oro sino como el diamante».

El ministerio de educación nacional tiene el empeño editar, para el centenario de Bogotá, unos cuantos libros de los que positivamente honran al país y le reafirman su derecho a ser considerado como el más humanista y docto entre los de América. El autor de estas líneas ha propuesto al Ministerio que, entre esos libros, figuren, en primer término, nuevas ediciones de las «Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano», de don Rufino José Cuervo y «La

llave del griego», del R. P. Restrepo. Esto explica elocuentemente el concepto que nos merece la obra del ilustre jesuíta.

Reproducimos a continuación algunos párrafos del estudio de José Camacho Carreño sobre el autor de que tratamos:

«El Padre Félix Restrepo, de cepa donde prenden sarmentosas las letras, es algo más que un escritor, un profesor, un filólogo, un erudito o un filósofo: es un humanista. Este título se distribuye por docenas como las medallas de cobre en premiación de mocozuelos y no falta en las jaculatorias de nuestros académicos; mas para merecerlo de veras, requiérese aquella copia de dones naturales y adquiridos, inaccesibles casi, con que Taine desalentaba a sus discípulos al emprender el noviciado del arte. Porque ser humanista presupone no sólo haber acaudalado conocimientos de orden múltiple y comprendido el objeto, método y estructura de todas las ciencias, sino poseer la facultad de síntesis y de universalidad filosófica suficiente para darle jerarquía, significado y representación cósmica al dato fragmentario del investigador. Equivale, pues, al dominio cerebral del universo, a la comprensión histórica y a la mensura especial del hombre...

«La formación cultural de Félix Restrepo es sólo densidad y volumen, superposición gradual de masas cerebrales. El filósofo es el primero que hace acto de presencia: se le siente en la perspectiva estelar que rasga y en el diseño argumental de las ideas que la pueblan. Al heterodoxo que burla la filosofía cristiana como telar donde la lógica figu-

rada va tramando silogismos y silogismos ajenos al mundo físico, o como claustro de trivialidad y de mojigatería escolástica, que lea y oiga este jesuíta...

«El Padre Restrepo escribe en estilo que pudiera llamarse filosófico por lo digno y sentencioso de su corte y por la tensión dialéctica que sostiene, arqueado siempre como para polémica. Los místicos derraman en él lo diáfano de sus aguas visionarias como para bañar y embellecer copiándolos, los acantilados teológicos, y nótase especialmente el diario influjo de autores expositivos tan célebres como Jovellanos.

«Puede suceder que este influjo de don Melchor lo haya recibido a través de Suárez, cuya prosa vierte en la del jesuíta muchas de sus características y substancias: la sencillez, la variedad de compases sintáxicos, lo diáfano del giro que engasta iris modernos en oros clásicos, cierta socarronería o mueca picaresca que a veces casi pugna con el concepto de caridad intelectual.

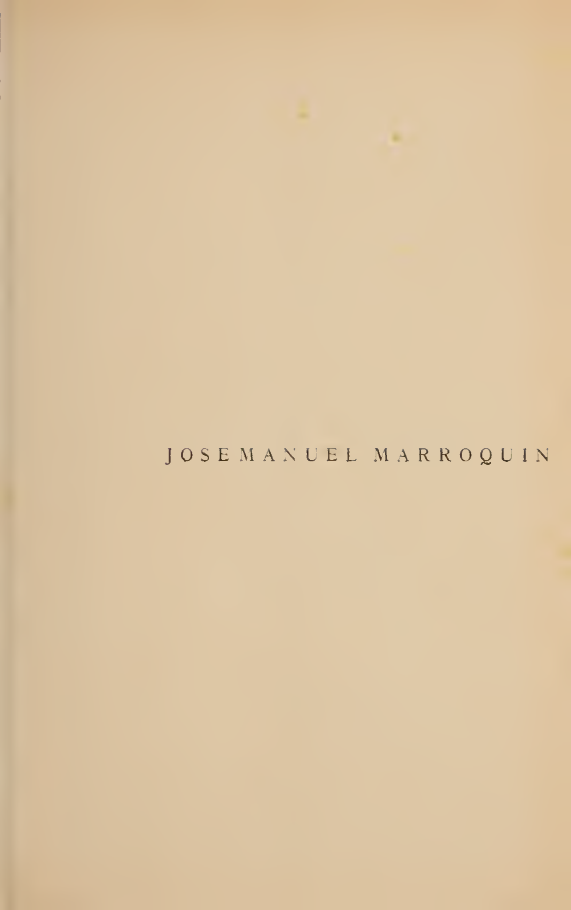
«El estilo del Padre Restrepo da la impresión de un brío enfrenado, como si la austeridad ignaciana le impusiera al imaginativo sus parquedades, y muchas veces se siente el ímpetu de las figuras en germen, mas al brotar a las palabras, se las ve degolladas como a la de Samotracia, porque el jesuíta ha castigado la fantasía concupiscente. De ahí que a la impecable regularidad del texto, que late de ardores tácitos, no brinque muchas veces en largos párrafos, ninguna sensual imagen para alegrarlo.

«La pulcritud de estilo en nuestro escritor no es sólo ingénita sino que la logran, tornean y aquilatan la filolo-

gía y la lingüística. En esta, ninguno de nuestros compatrotas, con la genial excepción de Cuervo y de Caro acaso, alcanzó profundidad y extensión mayores, ni logró método tan riguroso. Como su lengua maternal habla otras modernas, y como señor y dueño abarca latín y griego. Del último escribió y anda impreso y consultadísimo, un texto sorprendente por sus cualidades didácticas, cuyo nombre «Llave del Griego», publica sus ventajas, que son la sencillez para presentar la ardua expresión homérica lo bien graduado y ameno de los trozos que exhibe como los más representativos de la literatura helénica y lo objetivo de los comentarios y conclusiones que los van orillando. No cuadra a un profano entrometerse en materias ajenas a sus conocimientos...

«En mi concepto la obra más perfecta del Padre Restrepo es una tan útil como deleitosa: la Semántica. Pocas lucubraciones igualan en inspiración a ésta que se desvive buscando el significado de las palabras lo cual equivale a descifrar cómo siente, piensa y reacciona el hombre ante el universo en cada lugar y tiempo; y que, móvil como los seres que interpreta, viaja con ellos por el espacio y por los siglos para observar sus mudanzas y para transportar de vocablo en vocablo el sentido de las cosas o de las almas. Ciencia privilegiada, lo mismo correspóndele arrullar a la palabra que nace, que identificar a la que se transforma para recibir otra esencia, o sepultar a la que muere porque se desangró su significación. Ciencia del hombre y de su espíritu, de sus sensaciones y de sus sentimientos, aya

de sus ideas, celosa cuidandera de cuanto quiere expresar su solicitud se columpia de la noche del tiempo a las claridades contemporáneas y de la selva donde ruge la primera sílaba, al poema que orquesta la plenitud de una lengua: al Quijote, al Fausto, a la Divina Comedia».



JOSE MANUEL MARROQUIN

SAN DIEGO: AYER, HOY, MAÑANA.

Un siglo hacía, poco más o menos, que se habían echado los fundamentos de Santafé de Bogotá, cuando comenzó a levantarse al norte de la incipiente ciudad, un monasterio de religiosos franciscanos que se llamó la recoleta de San Diego. Desmontado el terreno y libre ya de bosques y malezas fue surgiendo poco a poco, merced a la piedad de los monjes y a las dádivas generosas de corazones españoles y cristianos, un claustro severo como la regla de sus futuros moradores, sencillo como sus costumbres y sus almas. A su lado irguióse después la cruz del modesto campanario que aun subsiste, cuyas voces se extendían por aquellos contornos, entonces solitarios, y ahogaban por momentos el rumor del pequeño torrente que bañaba los pies del monasterio.

Pronto se pobló el nuevo convento de fervorosos hijos de San Francisco, que escondieron allí por muchos años una vida fecunda de estudio y de oración y penitencia. En aquellos vetustos claustros hallaron sosiego muchas almas sedientas del amor divino, sencillas y candorosas unas, o reciamente combatidas otras, que llegaban allí fatigadas de la lucha, con las ilusiones muertas, a trocar la espada y el manto por el sayal humilde de los hijos de Dios ante al altar de la Virgen del Campo.

Muchos años vivieron los buenos religiosos de la caridad pública; y daban en cambio la limosna espiritual, que no se compra con dinero porque es fruto de la bondad del corazón. Por el estrecho y rústico sendero que conducía de la ciudad a San Diego transitaban, al caer de la tarde, los que habían ido allí a buscar la paz del alma donde puede encontrarse: no en medio del tumulto, sino en la soledad y en el silencio.

Así vivieron hasta que llegó a aquellas soledades la ola revolucionaria. Ante la fuerza, que los arrojaba de su hogar sagrado, fueron abandonándolo uno a uno sus moradores, como huyen del nido los polluelos al acercarse el buitre. Los claustros quedaron desiertos; la iglesia, oscura y solitaria; enmudeció la campana de la vieja torre porque le arrancaron la lengua.

Pero tres siglos de virtud no se borran con la violencia. Allí quedó arraigada una semilla de mansedumbre y de bondad.

* * *

Con el tiempo la ciudad ha ido extendiendo sus brazos hasta esos sitios antes solitarios. El progreso moderno ha destruído los bosques; ha cegado las fuentes. A su paso han ido cayendo las construcciones coloniales, pero San Diego queda en pie.

Como se juntan en la naturaleza los átomos de idéntica estructura; como se abrazan dos náufragos que sobreviven a furiosa tormenta, se han unido en San Diego los restos venerandos de otras edades.

Allí van hoy como en otros tiempos los pobres y los ri-

cos y encuentran una mano que bendice y perdona; una mano discreta y cariñosa que recibe del rico algo de lo que le sobra, para dar al pobre algo de lo que le falta.

El que allí va sabe que ha de encontrar una sonrisa que no engaña; un corazón que sabe llorar con los que lloran y reir con los que ríen; un alma en la cual se ha reconcentrado una herencia secular de bondad evangélica y de cristiana mansedumbre. Allí mueren y se extinguen los odios de los hombres y el estrépito de la ciudad, como mueren y se extinguen los olas al dar con una roca.

En los muros coloniales de San Diego; bajo la noble y atlética figura del R. P. Almansa, está el último baluarte, la última trinchera de una edad que ya pasó; el último representante de una generación que ya no existe. Ante esa figura veneranda, engastada en los viejos muros de San Diego, como se coloca un hermoso cuadro de Vásquez entre arabescos de oro y de carey, se ha descubierto con respetuoso cariño un pueblo entero.

Pero como «la gota cava la piedra», no resistirán mucho aquellos vetustos muros el empuje de una novedad que los circunda. El tiempo implacable borra, destruye, anonada. Sobre esos sitios legendarios el tiempo pasará el arado; dispersará aún las ruinas de sus cimientos. Es preciso dar paso al progreso moderno; es preciso que los que se alimentan de recuerdos cedan el lugar a los que viven de ilusiones.

* * *

Adelantémonos cien años. Estamos ya en los albores del siglo XXI.

Al norte de lo que hoy es parque de San Diego eléva-

se una inmensa mole de cemento con arcos y capiteles y elegantes columnas; con nichos y hornacinas en donde se rinde culto a Venus y a Cupido; y en la parte más alta, sobre una cúpula que usurpa el lugar del viejo campanario de la vetusta iglesia, hay una colosal estatua de una bailarina con los brazos en alto, y sostenida en la punta del pie. Inmensos focos de luz van a quebrar sus rayos en los dorados perfiles de aquella grotesca diosa, como cien años antes los primeros rayos del alba y los últimos del crepúsculo nacían y morían en la cruz del campanario. En gigantescas letras aparece el nombre de aquel moderno templo: *El Molino Verde.*

Al llegar la noche, lo que antes estuvo envuelto en misteriosa penumbra, se ilumina con luz artificial; en lugar del silencio que daba sosiego y paz al alma, turba el recogimiento secular de aquellos sitios el clamor de una muchedumbre sedienta de placeres; ya no van los pobres a golpear a esa puerta; ya no se va a San Diego a buscar un alivio para el dolor que cada mortal lleva en el alma, sino a ahogar esos dolores en borrascosas orgías. Ya el reloj no señala las horas de los oficios, ni las bóvedas resuenan con el murmullo de monástica salmodia; ya las campanas enmudecieron, y esta vez para siempre. En cambio, todo es luz y regocijo en ese mismo lugar que ocupó antaño aquel San Diego que murió, porque las cosas también mueren como los hombres.

Mayo 27 de 1916.

DISCURSO DEL SEÑOR PRESBITERO DON JOSE MANUEL MARROQUIN EN LA INAUGURACION DEL PABELLON DE BELLAS ARTES DE BOGOTA, EL 28 DE JULIO DE 1910.

Señor ministro, señoras, señores:

Mis compañeros en la sección artística y la comisión nacional del centenario me honran con el encargo de suplicar al señor ministro declare oficialmente inaugurada la Exposición de Bellas Artes.

Colombia ha querido al celebrar la primera centuria de vida independiente dar una muestra de cultura y de progreso; y no podía faltar, excelentísimo señor, en esta exhibición lo que se refiere al cultivo de las Bellas Artes. No podía faltar porque si es noble y digno de encomio el esfuerzo del ingenio humano cuando se aplica a las industrias que proporcionan al hombre el bienestar corporal, es más noble aún cuando busca en las artes el bienestar del alma y la satisfacción de sus más elevadas aspiraciones.

¡Qué puras y qué nobles son, en efecto, las fuentes en donde bebe su inspiración el artista!

No por capricho ni por una ciega casualidad las obras

que llenan el mundo con su fama las ha producido el sentimiento religioso.

La figura majestuosa de Cristo crucificado bastaría para inmortalizar a Velásquez, si otras obras suyas no le hubieran hecho inmortal; la Adoración de los Pastores y el Descendimiento de la Cruz, son de las mejores obras de Ribera; Rafael conquistó la más gloriosa corona cuando pintó sus profetas; Miguel Angel hizo brotar a un mismo tiempo del mármol en que modeló a su Moisés la gloria colosal que le cubre y la soberana majestad del que conversaba con Dios en el monte Sinaí; y Murillo, el incomparable Murillo, al pintar enjambres de ángeles en torno de la Virgen. penetró hasta los confines del Cielo y le arrancó sus secretos.

Reducir a cenizas los lienzos o a polvo los mármoles que ha inspirado el sentimiento religioso, sería destruir las mejores obras del arte, porque la verdad y la belleza son hermanas.

Mas no se cierran aquí los horizontes del artista.

Sobre la tumba de Virgilio, en medio de los campos napolitanos tan dignos de guardar la memoria del Cisne de Mantua, están grabadas las palabras que él dejó para distinguir con ellas su sepulcro:

Cecine pascua, rura, duces.
(He cantado los prados, los campos y los héroes).
¡Los campos!

¡Qué grande y qué magnífica es la naturaleza! Parece

que ese mismo espíritu divino que imprimió su imagen en el hombre y que flotaba sobre las aguas, según lo dicen los sagrados libros, dejara también hondamente grabada su huella en cada uno de los seres de la creación, en donde todo es arte, y arte divino: así los astros que pueblan el firmamento como los collados y los montes, con todo lo que germina sobre la superficie de la tierra; así los peces que hienden los senos del mar, como las aves que se pasean por las inmensidades del espacio.

Decidme si muchas veces al contemplar recogidos y absortos la naturaleza, y al descansar vuestra vista en las mieses, en los árboles y en los ríos, y cuando os halláis en medio del silencio solemne de los campos, no habéis levantado involuntariamente vuestra mirada hasta la fuente invisible de la verdad y de la belleza.

Esos mismos vastos horizontes adonde fue a buscar su inspiración el autor de la Eneida, los investiga el artista, y recoge en ellos las notas que han de formar en el lienzo o en el mármol un armonioso conjunto.

• • •

El arte canta también a los héroes. Como Virgilio soñaba en sus poemas con la antigua grandeza romana y con sus Césares, hoy el artista sueña con las grandiosas epopeyas de hace un siglo; y va sacando del sepulcro del olvido muchos nombres dignos de figurar en nuestra historia; fija más indeleblemente con los colores o el cincel, que puede hacerlo el historiador con su pluma la figura gallarda de

los próceres o las legendarias hazañas que los cubrieron de gloria en los campos de batalla.

La historia del Libertador está escrita en dos monumentos que se han levantado a su memoria en esta ciudad.

El uno, obra del más insigne quizás de los escultores contemporáneos, ha sido el homenaje de Colombia a su Libertador en el centenario de la Patria.

Al contemplar esa estatua habeis creído sin duda percibir el toque del clarín y ver a los héroes envueltos en el humo del combate.

Es el Bolívar guerrero y vencedor, que todo lo avasalla y lo domina; es el Bolívar triunfante, que saluda, bendice y consagra su obra: la libertad de un mundo.

La otra, la que se yergue majestuosa en la plaza que lleva su nombre, es el filósofo y pensador profundo; es el Libertador y fundador de cinco repúblicas, que morirá poco después de ingratitud y de desengaño. No sé por qué la figura pensativa y melancólica de la obra de Tenerani, recuerda el grito quejumbroso de Bolívar: «Aré en el mar y edifiqué en el viento».

• • •

Hay otra razón para que Colombia cultive las artes.

Ha pasado afortunadamente el tiempo de estériles recriminaciones a la madre común del continente americano. Hoy ninguna boca puede abrirse para maldecir a esa madre. Hoy un grito unánime, de uno a otro confín de la América latina, pide una franca reconciliación de la ma-

dre con sus hijas. Y bien podemos decir, parodiando a Peza, el insigne poeta mejicano:

Bendigo yo este momento
Que une dos pueblos que son
Uno, por la inspiración,
Por su heroísmo profundo;
Porque los ligó en el mundo
El *arte* y el corazón.

Tenemos por qué envanecernos de haber tenido por madre a la nación que cantaba lo divino y lo humano con la Lira de Lope y Calderón; pintaba lo profano y lo místico con los pinceles de Murillo y de Velázquez; esculpía el ideal de la eterna belleza con el cincel de Montañés y de Cano. Ya nadie rehusaría tomar en sus manos el saludo del ecuatoriano Pallares a España:

El país del honor y la hidalguía:
Que la gloria vertió de que era lleno
De América en el seno,
Porque en sólo su seno no cabía.

Y en verdad, señores, que tratándose de las Bellas Artes, sería renegar de nuestro ilustre abolengo español, y el dejar extinguirse ese fuego sagrado en pechos por donde circula todavía sangre española.

• • •

Jamás las Bellas Artes han dejado de tener aquí sus representantes.

En los principios de la Colonia las trajeron Acero de la Cruz y Figueroa, de quien se dice las aprendió de Murillo; luégo Vásquez, el más fecundo de los pintores granadinos, un genio de aquellos que lucen a través de las sombras que les rodean; cuya gloria no perecerá porque está escrita y resplandece en la gracia inimitable de sus niños, en el apacible rostro de sus vírgenes, en la expresión hondamente piadosa de sus obras.

En los albores de la Independencia están Espinosa, abanderado de Nariño en Pasto y a quien debe la historia de nuestra magna guerra importantes recuerdos y el haber conservado en preciosas miniaturas la imagen de los próceres; y Torres Méndez, dotado de singular talento. Más próximos a nuestros días están Garay, cuyos retratos inmortalizarán su nombre entre nosotros, y Urdaneta, de quien alguien ha dicho que «se hacía admirar jugando con el talento y con el lápiz», hombre culto que sirvió a la historia, a la literatura, a la industria, a la agricultura, a la milicia y por sobre todo esto a las Bellas Artes.

En el divino de la música sería ingratitud no recordar algunos nombres: Quevedo y Ponce de León, quienes vivirán como sus obras; Diego Fallón, el cantor de la luna, artista de corazón, y Juan Crisóstomo Osorio, compositor ligero, de sello personalísimo, ambos sus infatigables propagadores.

• • •

Me he impuesto silencio respecto de los vivos que tendrían un lugar de justicia en esta breve reseña. Podría hablar de los que han levantado al arte estos hermosos templos en los cuales nos hemos congregado; y de los veteranos de las Bellas Artes que han entrado en ellos precedidos por la fama, así como de aquellos que por primera vez pisan sus umbrales con paso firme.

Pero me vais a perdonar que salgan de mis labios dos nombres, por la veneración y el cariño fraternal que con ellos me ligan. El R. P. Santiago Páramo, que así honra con sus virtudes el hábito de la Compañía de Jesús, como con su talento las artes; y Carlos Umaña, quien no ha podido encubrir con su modestia el genio del maestro, y cuya lira sirve para cantar a Dios.

• • •

La hermosa tradición del arte no podía morir en tierra colombiana. Y los que hoy lo cultivan al formar esta galería que representa un paso gigantesco en el camino de las Bellas Artes, han presentado su más valiosa ofrenda a los padres de la patria, y han tejido una hermosa corona para adornar con ella su frente.

Quiera Dios que esa corona no se marchite nunca; que esta nación conquiste un puesto de honor a la manera de Atenas y de Roma, que dejaron luminosa huella en la his-

toria, no tanto por el oro de sus arcas como por su amor a lo grande y a lo bello.

Que a la sombra bendita de la paz prosperen en Colombia las industrias, que han de cubrirla de riquezas, pero también las artes, que la cubrirán de gloria.

ORACION CONMEMORATIVA

del doctor Marroquín en la iglesia de San Francisco

Excelentísimo señor presidente de la república, excelentísimo señor nuncio apostólico, señor gobernador del departamento.

No es difícil imaginar, señores académicos, que al llegar a las puertas de este templo han salido a recibiros sombras augustas del pasado: la figura arrogante de don Gonzalo Jiménez de Quesada; el rostro afable y sencillo del beneficiado de Tunja, don Juan de Castellanos; el airoso ademán del obispo don Lucas Fernández de Piedrahita; el manto blanco de fray Alonso de Zamora; y, vestidos con el hábito de la orden franciscana, fray Pedro de Aguado y fray Pedro Simón, haciendo los honores de la casa.

En su sepulcro habrán saltado de regocijo éstos y muchos otros ilustres varones al veros congregados aquí, a la sombra de esta iglesia hospitalaria de los hijos de San Francisco y hermanos de fray Juan Pérez, guardián del monasterio de La Rábida; de don Juan de Quevedo, primer obispo que pisó la Tierrafirme; de fray Juan de los Barrios, fundador de este convento y primer arzobispo del

Nuevo Reino de Granada, para celebrar el vigésimoquinto aniversario de la fundación de la Academia Colombiana de la Historia con una solemne conmemoración de nuestros muertos.

No podía faltar este homenaje.

Como se agrupan los hermanos en torno del sepulcro de sus mayores, hemos venido aquí a consagrar un piadoso recuerdo a los que, según el lenguaje de la Iglesia, «nos precedieron en la fe y duermen el sueño de la paz».

Labradores del mismo surco, les hemos visto alejarse en la tarde de su vida, cuando alzaron de obra, dejándonos muy grato recuerdo y el fruto de la semilla fecunda que sembraron en el campo de la historia.

¡Cómo se enlazan el pasado y el presente! ¡Cómo se palpa en este momento que los miembros de la Academia, así los que se fueron ya como los que quedan, unidos por vínculos más hondos y estrechos que los de una afición común se inspiran en altísimos ideales, en el culto de la Verdad Eterna reflejada en los hechos humanos.

El historiador aparta los ojos y el entendimiento de las cosas tornadizas y vanas. Sobre la corriente fugaz y engañadora de las apariencias, sobre las mudanzas y desastres de la vida, busca algo más duradero e inmutable.

Aun suponiendo que la razón y la fe no nos hubieran revelado una Providencia sapientísima, el historiador hubiera podido adivinarla al contemplar desde alta y serena cumbre el curso de los siglos; al abrazar con una mirada la humanidad entera; al ver la instabilidad de lo terreno; y cómo, en medio de las ruinas de pueblos y naciones, de

hombres y de cosas, que la historia va amontonando, se descubre la mano de un Dios próvido que todo lo encamina a su fin.

* * *

Conocéis la definición del orador romano: *Historia vera testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis... immortalitati commendatur.* «La historia es testigo de los tiempos, luz de verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y heraldo de la antigüedad».

Alta y delicada misión la del historiador. Pasan los hechos memorables de la vida de los pueblos con sus grandezas y sus miserias; pasan los hombres con la fugitiva rapidez de todo cuanto existe bajo el sol, y van dejando una huella más o menos luminosa, que a fuerza de debilitarse y empequeñecerse por obra del tiempo y de la distancia, llegaría a borrarse por completo. El recoge estos hechos, estudia esos hombres, colecciona documentos y tradiciones para hacer presente lo pasado como prenda de legítimo orgullo, como símbolo de enseñanza y aun de ejemplar escarmiento.

El estudio y las investigaciones comparativas de los acontecimientos; el mismo contraste de las ideas, pasiones e intereses que se desenvuelven en el mundo, despiden destellos de luz que el historiador aprovecha para que la historia venga a ser luz de la verdad y maestra de la vida.

Generosa y noble, pero también difícil tarea, cuando el historiador quiere aplicarse a cumplir el deber que se impone a sí mismo con intención de hacer brillar la verdad pura, ciñéndose a los preceptos que León XIII trazó en es-

tas elocuentísimas palabras: «A la narración seca y desnuda hay que oponer el trabajo detenido de la investigación; a la temeridad de los asertos, la prudencia de los juicios; a la ligereza de las opiniones, la elección de las sentencias. Hay que procurar a todo trance refutar los errores y mentiras con documentos originales y auténticos; y al escribir, hay que tener presente, ante todo, que la primera ley de la historia es que nadie se atreva a decir nada que sea falso, ni tampoco a callar nada que sea verdadero. «*Illud imprimis scribentium obversetur animos priman esse historiae legem ne quid falsidecere audeat, deinde ne quid veri non audeat*».

Benemérita ha sido siempre la empresa de poner de relieve el desarrollo y los beneficios de la civilización en cualquiera de sus múltiples aspectos; mucho más meritoria si se trata de la incomparable hazaña del descubrimiento de América, que es en concepto de los cronistas del siglo XVI—exceptuando la creación del mundo y la redención del género humano— el acontecimiento más grande de la historia.

Nació el nuevo mundo del anhelo por extender los beneficios de la civilización cristiana; bendijo un papa la magna empresa; acogióla con entusiasmo un fraile misionero; prestóle su apoyo un hombre de inquebrantable fe, que no vaciló ni en las horas de triunfo ni en las que amargaron los últimos días de su vida, agobiado de cadenas e ingratitudes.

Cuando las naves descubridoras exploraban mares desconocidos, un soplo más poderoso que el de la humana am-

bición impulsaba sus velas, pudiéndose aplicar aquí la hermosa expresión del Génesis al describir el primitivo surgimiento de las tierras y los mares: «*Spiritus Dei ferebatur super aquas*». «El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas».

Llega Colón a América, y al tomar posesión del mundo descubierto, lo marca con un sello indeleble clavando en la tierra el signo de la cruz.

Con él a la vanguardia penetran los conquistadores en todo el continente americano; el soldado vestido de acero que da y recibe la muerte con igual facilidad, y el misionero de paz que, armado sólo con la insignia del martirio, domestica a los hijos de las selvas. Así llega la verdad a las regiones que estaban sumidas «en las tinieblas y en las sombras de la muerte»; y la iglesia cumple su misión de llevar la luz hasta los confines de la tierra, no por la fuerza de las armas sino por la «palabra de reconciliación», según dice el apóstol.

Toda esa empresa estuvo penetrada del sentimiento religioso, y en todo se advierte el suave influjo de una creencia que si no logra domar del todo la dura condición de los hombres, pone en sus almas semillas incorruptibles de caridad, que establecen entre la vida temporal y la futura un vínculo de amor y de misericordia. De allí procedieron la genuina libertad; la sabia legislación, que por desgracia fue en muchos casos letra muerta; el respeto al derecho; la conciencia de la dignidad humana, antes desconocida entre las tribus que poblaban estas comarcas.

Tras años de luchas triunfa la obra maravillosa de la

colonización; maravillosa, no obstante los inevitables yerros de la miseria humana. La fe y el esfuerzo generoso y patriótico fundan ciudades, erigen templos, establecen casas de educación, universidades y asilos de beneficencia. Se alzan monumentos que hoy todavía son ornamento y gala de nuestro suelo.

Transcurridos los años coloniales, viene el nacimiento doloroso de la república con sus hechos magnánimos y sus guerras heroicas; después su tormentosa vida adolescente de estériles luchas; páginas en que se mezclan ráfagas de gloria con las sombras que oscurecen el horizonte de la patria. Lo grande y lo pequeño; la ambición y el patriotismo; la inevitable pugna de las pasiones humanas; los grandes hombres y los hombres pequeños.

* * *

Penetrar en ese campo fecundísimo; separar el buen grano de la cizaña; pesar los hechos; estudiar los hombres; distinguir lo verdadero de lo falso, tal ha sido la labor de los que tuvieron por lema: *Veritas ante omnia*. Tal es la gloria que envuelve hoy a esos maestros y compañeros que se nos adelantaron en el viaje de donde no se vuelve.

Recorred sus obras. No hay página de nuestra historia que no haya sido ilustrada por alguno de ellos. El origen remoto de las razas americanas; el descubrimiento y la conquista; la colonia y la repúblicca, todo ha despertado el entusiasmo de nuestros historiadores, y a tan alto fin consagraron sus esfuerzos, preocupándose menos de aumentar el oro de sus arcas que el tesoro de tradiciones y do-

cumentos que han de servir para enriquecer los caudales de la historia.

Y esto en una época no muy favorable para cultivar las ciencias del espíritu; en un medio en donde empieza a hervir el tráfago moderno y exclusivamente mercantil; cuando se manifiesta, en más de una ocasión, el desprecio de la antigüedad o por lo menos una hostil indiferencia.

Esos varones a quienes venimos a honrar no depusieron las armas ante el empuje de un ilusorio y falso antagonismo entre lo antiguo y lo moderno; ni en sus estudios e investigaciones desconocieron el carácter sustancialmente cristiano de nuestra propia historia. Sorprende que en medio de un ambiente tan poco propicio, haya habido quienes sean capaces de mantener el fuego sagrado y de hacer reflorecer los campos de la historia.

¿Quiénes fueron?

No voy a nombrarlos: ni el tiempo ni el lugar lo permiten, ni es esta ocasión de hacer el recuento de sus investigaciones históricas. Sería por otra parte estéril tarea, tratándose de quienes ayer no más compartían con nosotros los triunfos y las penas; ni hace falta que yo procure excitar afectos o admiración hacia los miembros de este instituto que lo honraron con su virtud o su ciencia, como miembros honorarios o como académicos de número.

En medio del solemne recogimiento de este acto piadoso, va surgiendo su recuerdo ante nosotros sin necesidad de que yo diga sus nombres.

Cómo no habréis de recordar, entre los primeros que me han venido a la memoria, a un sabio investigador de

las normas históricas que rigen la lengua castellana, quien vivió y murió lejos de la patria cubriéndola de gloria; al eximio escritor que en eruditos y profundos estudios precisó muchos conceptos relativos a la guerra magna, y en versos inmortales ungió de gloria la estatua del Libertador; al poeta coronado que a ejemplo de Homero cantó las grandezas de la patria y de sus héroes; al varón insigne en las letras, cuya tumba acaba de cerrarse, y que dejó una página que lo hará inmortal; al biógrafo del padre Juan Ribero, cuya Historia de las Misiones publicó por primera vez después de haber estado sumida en el polvo ciento cincuenta años, y con mano maestra y criterio sereno, relató una de nuestras más deplorables guerras civiles; al que en las Crónicas de esta ciudad, amenas y eruditas, salvó del olvido muchos monumentos ya desaparecidos para siempre, y describió la arquitectura y los tesoros artísticos de nuestros templos; al autor de curiosas Reminiscencias donde están consignadas tradiciones útiles para los anales patrios; al literato eminente que así como cantó las constelaciones del cielo, siguió también en sus Páginas de Historia de Colombia el curso de los hombres que brillaron en la emancipación de las dos Américas; al que en Monografías históricas y geográficas contribuyó poderosamente al estudio de la conquista de nuestro territorio; a quien dedicó sus grandes aficiones artísticas al culto de la antigüedad, formando un rico museo de reliquias coloniales y de cuadros de nuestro Murillo granadino; al amigo que nos abandonó cuando todos esperábamos mucho de su virtud y de sus luces, y que en día memorable inauguró con elocuente

oración la estatua del Precursor en el mismo sitio de sus triunfos; y a otro que comentó, en unión de uno de nuestros compañeros aquí presente, las Constituciones de Colombia, y, no obstante haber muerto en plena juventud, prestó a la Academia en sus comienzos el concurso valioso de su actividad y de su entusiasmo, pues «con lo poco que vivió, llenó la carrera de una larga vida.»

Y muchos otros faltan, cuyo recuerdo no alcanzo a evocar. Pero no me perdonaríais que pasara en silencio a un varón cristiano, amigo vuéstro a quien no habéis olvidado, y a quien debe la historia, entre otros escritos de carácter histórico, la relación documentada del más edificante y extraño episodio de nuestros anales, verificado bajo este mismo techo que hoy nos acoge, cuando en la tarde del 28 de febrero de 1761, ante este mismo altar, un poderoso virrey trocó el hábito de los caballeros de Montesa por el de los hijos de San Francisco, y el ruido del mundo por la silenciosa soledad de una celda.

* * *

Difícil y honrosa carga habéis echado sobre mis hombros.

Difícil, porque no alcanzan mis fuerzas para hacer un merecido elogio de los ausentes.

Me consuela considerar que si mi palabra ha sido pobre y fría, en cambio vuestra sola presencia aquí es el más elocuente testimonio de la gratitud que merecen nuestros muertos, y constituye un cariñoso y cristiano homenaje a

su memoria, que los llenaría de gozo si pudieran contemplarlo desde las mansiones eternas.

Es a la vez honrosa, porque me habéis elegido para servir de lazo de unión entre los vivos y los muertos; y para dar testimonio, interpretando vuestros sentimientos, de que lo que no puede morir es la fe en el «Rey inmortal de los siglos.»

Refieren las historias que cuando la expedición de Quesada atravesaba las selvas del Opón, muchos valientes, agotados y exánimes, iban quedando atrás.

Los sobrevivientes, después de cumplir los deberes de caridad y de darles cristiana sepultura, continuaban la marcha con el mismo tesón y la misma confianza puesta en Dios.

Al cumplir un cuarto de siglo la academia colombiana de la Historia, hemos hecho alto en nuestro camino, y después de tributar un afectuoso homenaje de admiración y de respeto a los veteranos de la historia y de llenar un deber sagrado, pondremos los ojos en el porvenir, y recogiendo las armas de los muertos, seguiremos la brecha que ellos dejaron abierta.

Continuando su obra de cultura, seremos como ellos, centinelas de la verdad; no desaparecerá lo que ellos comenzaron; y quedará confirmado una vez más que sólo viven de verdad los muertos, los que después de vivir la pobre vida mortal, hallaron eterna morada en ese templo augusto de la inmortalidad del espíritu, en donde sólo impera la verdad.

Veritas ante omnia.

JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ

ORACION FUNEBRE AL DOCTOR JOSE VICENTE CONCHA, PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE BOGOTA EL 7 DE MARZO DE 1930.

Fortitudo et decor indumentum eius. (La fortaleza y el decoro son a manera de vestiduras suyas. Probervios. XXX. 25.)

Hacía ya mucho tiempo que esta cátedra, ennoblecida por la elocuencia de monseñor Carlos Cortés Lee, de monseñor Rafael María Carrasquilla, no tributaba elogio fúnebre a persona alguna. Mas los despojos del eximio varón que han sido conducidos hasta aquí, obligan a la Iglesia colombiana a dar solemne testimonio de las muchas virtudes públicas y privadas que el doctor José Vicente Concha practicó en vida. Por eso, no vengo yo solamente a tributar este homenaje al extinto; lo tributan por medio de mi palabra, el ilustrísimo señor Arzobispo Primado, los prelados de esta república, el venerable capítulo y el clero todo de la nación que en esta hora quiere unir su voz a la de la patria que gime y se querella por la pérdida irremediable, que acaba de sufrir con esta muerte.

El hombre, que es un compuesto de alma y cuerpo, lleva en sí mismo algo que a la vez participa de la muerte y de la vida, de lo efímero y caduco y de lo eterno e inmortal. La vida terrena del hombre, destinada a perecer con él, es, en frase del sacro libro del Eclesiastés, vanidad de vanidades y mera vanidad. Es esta vida terrena una servidumbre, es un enigma para la sola razón inexplicable, es el principio, el progreso y el desastrado remate de una serie de inquietudes sin cuento, que terminan en el silencio y olvido de la muerte. Hacemos parte de ese cosmos humano que, como los cuerpos siderales en los espacios infinitos, comienza por la nebulosa incandescente, pasa a la condición de cuerpo sólido en donde la vida abunda y concluye por ser masa inerte y del todo muerta.

Pero, por otra parte, hay en cada uno de nosotros algo de inmortal, de celestial, de divino, nunca destinado a perecer del todo. Ese algo de eterno que hay en nosotros vino del Verbo de Dios a buscarlo en la tierra para restaurarlo a imagen suya, tal como en el comienzo de la vida había salido de sus divinas manos. Ese algo inmortal, celestial y divino es el alma y las virtudes que ella practica.

La Iglesia, al rendir homenaje póstumo a un hombre, jamás piensa en lo terreno y desleznable que en él se haya manifestado; evoca siempre, antes bien, lo eterno, lo celestial, lo divino, que, por obra de la gracia, llevó a feliz remate el hombre en este mundo.

Y ese algo de cristiano, de celestial, de divino, que la actividad del hombre ejecuta en vida, es lo que yo precisamente vengo a rastrear en esta hora en la existencia del

doctor José Vicente Concha, para que ella sirva de acicate y de modelo en el ejercicio de las virtudes privadas y en particular de las públicas.

* * *

En aquella alabanza que, al terminar el libro de los Proverbios, hizo Salomón de la mujer laboriosa y fuerte, que sin salir de los límites del hogar, alcanza grado sumo de virtud, hallamos las siguientes bien significativas palabras: «La fortaleza y el decoro fueron a manera de vestiduras suyas».

Mejor que a la mujer, puede y debe aplicarse en muchos casos esta sentencia al varón, y a mí me ha parecido que toda la vida del doctor Concha se resume y compendia en estas dos palabras bíblicas: fortaleza y decoro. Estas dos virtudes adornaron su alma, revistieron su cuerpo, que de ellas participaba y ahora envuelven, juntamente con el pabellón de Colombia, este féretro que en breve entregaremos a las estrecheces de la tumba.

La equidad, la prudencia, la fortaleza, virtudes son de aquella divina sabiduría que preside y gobierna la fábrica de este mundo. Ella las participa—conforme al sentir del autor de los Proverbios—a los príncipes, a los reyes, a los gobernantes. Sin la equidad, sin la prudencia, sin la fortaleza, no puede haber gobierno alguno, y por ello son estas virtudes propias, aunque no exclusivamente, de los hombres de gobierno.

Nace la fortaleza en el convencimiento y persuasión de

la inteligencia; se desarrolla en la voluntad varonil de quien no cambia, ni se muda, ni en la próspera ni en la adversa fortuna.

Y el doctor José Vicente Concha fue, en la acepción más estricta del vocablo, un varón fuerte e inflexible. Esta fortaleza no nacía en él de la multiplicidad de las ideas, sino de aquella pasmosa unidad moral que él supo dar a su inteligencia. Docta y severamente educado por su propia padre, fue siempre y en toda ocasión un cristiano sincero y un demócrata en la más noble acepción de este vocablo. Contraria y opuestamente juzgado, tanto por sus amigos políticos, como por sus adversarios, Concha no rompió nunca la unidad moral de su inteligencia; ni quiso ceder jamás en lo que a él le parecía que pudiera contrariar el testimonio de su recta conciencia. Las ideas suyas pueden enhorabuena analizarse y aun refutarse; mas la rectitud e inflexibilidad de su carácter, que nacían de aquellas ideas, irradian e irradiarán ya por siempre en la política de Colombia.

Adoctrinado en la intimidad por Miguel Antonio Caro, el artífice principal de la constitución política de 1886, pudo creerse en un tiempo que Concha iba en contra del maestro y del hacedor de aquella constitución. Mas en realidad, al oponerse Concha a la ley que prorrogara el uso de las facultades extraordinarias que al presidente de entonces se habían concedido, obedeció a la mente misma de la constitución y usó, para ver de impedir la continuación de esta ley, de los mismos argumentos que de labios del señor Caro había oído. El discípulo resultó esta vez admirable maestro, y cuando años más tarde tuvieron ocasión Caro y Con-

cha, en un proceso célebre, de volverse a hallar frente a frente, Caro reconoció gustoso la bondad y rectitud del que en tiempos pasados no había querido que él usara de facultades extraordinarias, en contra de la constitución.

Quiso luégo, en compañía de otros muchos, intentar una reforma parcial de la constitución, sin permitir por un momento que los principios esenciales de ella padeciesen mengua, y se le tachó entonces de veliedoso y aun de demagogo. Mas es el caso que esas reformas eran necesarias para perpetuar la constitución, y la guerra civil que luego sobrevino, demostró con creces la oportunidad y conveniencia de lo que el doctor Concha había solicitado en el último congreso, que precedió a aquella guerra.

Efectuado el movimiento que en 1900 produjo un cambio inesperado de gobierno, dio señales en esa hora difícil y oscura de la república de su constancia en conservar el régimen constitucional, de su celo por impedir los excesos en contra de quienes se habían lanzado a una guerra inútil y perjudicial.

No se mostró partidario de un régimen que, si dio impulso a la economía del país, trastornó las instituciones, y prefirió en esa hora, con criterio que muchos tuvieron por utópico y romántico, ver incólumes las libertades públicas, aunque el progreso material, que ya se avecinaba, se retardara un tanto, con sólidas ventajas para nuestro incipiente crédito y para la conservación completa de nuestra soberanía.

No obstante haber formado parte principal de aquella facción del partido conservador que tenaz y rudamente se

había opuesto al nacionalismo, pactó con él y formó, en asocio de Marco Fidel Suárez, el mejor directorio político que ese partido haya tenido en los últimos tiempos.

Llegado con el apoyo de sus adversarios a la presidencia, supo mantener incólume la constitución e hizo respetar de tal suerte los derechos de sus adversarios políticos, que cuando descendió del solio presidencial, le acompañó el respeto de todos los colombianos, quienes habían visto en él a un verdadero mandatario de una nación libre y soberana.

Para conservar de esta suerte la unidad de su pensamiento a todo lo largo de la vida, se requiere. máxime cuando se sirve a la inquieta y veleidosa deidad de la política, una grande y extraordinaria fortaleza y una alma templada en el crisol donde se han forjado los mejores y más selectos espíritus que hayan gobernado a los hombres. Porque la verdad es que en Concha no hubo pensamiento alguno que no se perpetuara en él al través de los tiempos o de las vicisitudes de la política; para este efecto, da lo mismo leer los fogosos escritos de polémica juvenil. que los sesudos mensajes de la época en que fue presidente.

Evitó como primer magistrado el doble escollo de quien sólo aspira a gobernar con sus amigos o el de aquel otro que en el poder se olvida de quienes le sirvieron y ayudaron. Lo primero lleva fatalmente al político a un gobierno de círculo y de facción; lo segundo, era incompatible con su alma de noble hidalgo. Tuvo adversarios, y ningún político dejará de tenerlos; pero nunca ni la prudencia, ni la equidad, ni la templanza, que hacían parte de su espíritu, le permitieron algo que no se acomodase a la verdad, a la

caridad y al respeto sincero para con las ajenas opiniones.

De esta misma fortaleza dio muestras señaladas en su vida religiosa. El creyente de la infancia no tuvo las veleidosas ideas de la mocedad; los arrebatos de duda y de negación, que suelen en ocasiones presentarse en los comienzos de la edad viril; las debilidades de quien empieza ya a envejecer. Y este catolicismo del doctor Concha no nacía en él de vana ostentación; nunca tuvo el insano propósito de usufructuar en un país católico, esta condición suya, que él puso siempre por encima de todo pensamiento político.

Permitidme aquí que evoque un recuerdo íntimo de la vida de Concha. Hallábase él de presidente cuando sobrevino en forma aguda una complicación de males en la ya precaria salud del ilustrísimo señor Herrera Restrepo. Fue menester administrarle los últimos sacramentos, y el doctor Concha, con un cirio en la mano, llegó hasta el sitio mismo donde agonizaba el prelado. Había ido hasta allí impulsado por su fe de cristiano, por su amor y reconocimiento de discípulo para con el antiguo maestro. Y arrodillado cerca del lecho, le vi yo, mientras los sacerdotes rezaban las deprecaciones del ritual, sollozar con la ternura de un niño. ¡Qué bella era la figura del doctor Concha en esta hora! Su presencia en el palacio episcopal se debía solamente al afecto sincero que al prelado profesaba.

Tocóle gobernar durante los días aciagos de la guerra mundial. Entonces, como hábil piloto, sin amedrentarse por las olas que en torno suyo se agigantaban; sin temor por las tempestades que en el cielo se cernían; sin fijarse en sí mismo, ni en el descrédito que la mala situación económica

traía para su gobierno, supo dirigir hábilmente la nave con el único propósito de encaminarla por sitios donde la dignidad, la soberanía y la independencia no padecieran mengua alguna.

Al lado de esta fortaleza, tan uniforme y tenazmente revelada, en toda su vida, surge en la evocación de Concha aquella nobilísima virtud que los antiguos consideraban, y con razón, como una belleza moral, que es fruto y resultado de la honestidad y rectitud de la vida. Esa belleza moral, que los latinos llamaron el decoro, es obra de la virtud y germina únicamente en los corazones nobles. Abomina ella de la adulación, que rebaja los ánimos y los reduce a servidumbre, y de la jactancia que muestra una alma superficial y vanidosa. Se separa y disgrega tanto del pesimismo, que indica un corazón mezquino o una ausencia de fe, como del optimismo falso, que nos hace cometer mil dislates. Este decoro personal impide que el hombre viva a merced del querer de los demás, y enseña cuán cierta y verdadera es aquella sentencia del Kempis, quien nos amonesta y nos dice: «Acuérdate de que no porque te vituperen eres peor; ni porque te alaben serás mejor.»

Este decoro en la vida de Concha se ha trocado no sólo en la vestidura que ciñe y hermosea su alma, sino que, como parte que es él de la república, se extiende a todo el cuerpo social, para comunicarle su esplendor.

Luce y brilla en el polemista cuando combate por alcanzar grandes victorias en pro de la libertad y de la ciudadanía. Se oculta dignamente en un sótano, en donde ha logrado formar una imprenta, que le sirve dignamente de

solaz en sus horas de inacción, y de medio para difundir sanas doctrinas, y es entonces cuando el político se trueca en apologista del cristianismo y vierte a la lengua castellana los mejores y más bellos libros de monseñor Bougaud, mientras se oye afuera el fragor de una lucha en la cual no siempre lograrán salir incólumes los derechos de la libertad. Este mismo decoro y dignidad se nos revela dentro de la pobreza y estrechez de los días en que le tocó gobernar. Y cuando, pasada ya la tormenta, le es lícito trocar la política por la diplomacia, la figura de Concha surge radiante en todo su decoro y dignidad personal ,y con toda la pulcritud de una alma que sabe reflejar en el propio cuerpo la interna belleza que posee, y se presenta al Vaticano para merecer allí, en la más austera de las cortes; allí donde la virtud tiene siempre su verdadero sitio, un elogio que vale más que muchas condecoraciones, cuando la Sede Apostólica espontáneamente declara que la persona del doctor Concha es, no sólo grata, sino gratísima para el Romano Pontífice.

¡Qué ejemplos nos deja este hombre! ¡Y cuán obligados estamos todos nosotros a imitarle en la constancia varonil de su ánimo; en el decoro digno y hermosísimo de su espíritu!

Con la muerte de este insigne varón, se cierra un ciclo de la historia colombiana, y en esta hora piadosamente debemos acercarnos a este féretro, vencedores y vencidos, para pensar en la religión, para pensar en la patria. Aquí está el sostenedor constante de la doctrina de Cristo; el que entendió muy bien el hondo y profundo significado del canon

constitucional que considera la religión católica como esencial elemento de nuestro orden social. Aquí yacen cerrados a la vida, los ojos de aquel vigía que a todo lo largo de los años de este siglo veló por la conservación de nuestras instituciones republicanas. Aquí, esta envoltura de madera, oculta al ciudadano que nunca permitió fuesen violados los verdaderos derechos de la libertad. Aquí el varón que vivió para la patria y que atormentado por nuestras mudanzas sucumbió. Aquí el que todos hemos admirado y del cual todos podemos sacar gratísimo provecho. En este féretro hay mucho de nuestra historia de cuarenta y cinco años a esta parte, con todas las esperanzas, con todas las inquietudes, con todas las luchas que forman la vida política de este país.

La muerte restituye a la unidad perfecta, vidas como la del doctor Concha. Mientras él estaba en medio de nosotros, participaba de la lucha y era objeto de contrarios y adversos sentimientos. Mas hoy ya no existen lagunas, ni intervalos en esta vida, y por ello, mientras fervorosamente entonamos los sacerdotes el *requiem* para su alma, vosotros vereis claramente, cuan bella fue la vestidura de fortaleza, la vestidura de decoro nobilísimo; vestidura que él, como el tricolor que ciñó a su pecho, devuelve ahora a la patria, sin rasgadura ni mancha alguna, para que ella forme parte del decoro y de la dignidad de la nación.

ELOGIO DE LAS CIENCIAS

Discurso pronunciado en el Instituto de la Salle, con ocasión de la solemne repartición de premios en el año de 1921.

La lucha entre las sombras y la luz, que mañana y tarde contemplamos, es imagen de la vida humana.

Al aproximarse la noche, las sombras dominan la tierra; se esparcen y dilatan por los valles; avanzan por las faldas de las serranías; suben hasta las más empinadas crestas, y van a reposar, después de la batalla, en los cielos. Mas, a la mañana siguiente, las vencedoras de la tarde, serán a su vez las vencidas; la luz invadirá paulatinamente la tierra; se la verá, primero en el cielo, en donde parecía haberse refugiado en la vergüenza de la derrota; caerá luégo sobre la altura de las montañas, y avanzará, en victorioso descenso, hasta los más recónditos y apartados valles.

En esta doble lucha, las sombras, hijas de la tierra, buscarán por doquiera las alturas; mientras la luz, hija del cielo, perseguirá a la tierra para ver de regalarla con el don preciosísimo del bien que en sí misma lleva.

A semejanza de estas cosas naturales, hay una indesci-

frable melancolía en el atardecer de toda vida: una sombra que comenzando por dilatarse dentro de los linderos de la tierra, termina definitivamente por refugiarse en los cielos. Y, de otra parte, hay un alegre reverdecer en toda juventud; una luz que, como la de la mañana, no quiere detenerse antes de haber por doquiera dominado la tierra.

La doble imagen de esta lucha, con la comparación que de ella se desprende, ocurre espontáneamente a la fantasía en esta hora solemne para cuantos aquí nos hallamos congregados. Con esta diferencia: que mientras una distribución de premios es, para los jóvenes, pregonero de las victorias, que mañana alcanzarán en el mundo, para nosotros, los que hemos caminado ya buena parte de la vida, es despertador inoportuno de cosas y de tiempos que no existen.

Si sólo me dejara guiar en estos momentos por mis personales gustos y aficiones, os hablaría en esta hora de mis recuerdos; empujado por ellos, evocaría la imagen, siempre grata, de maestros y condiscípulos ya muertos, o quizá, acercándome más a la edad presente, os recordaría lo que en estos mismos claustros hice en los comienzos del ministerio sacerdotal. Pero todo ello, a más de ser fastidioso para vosotros, sería inútil, y por eso he resuelto volver las miradas hacia el futuro, que os aguarda.

* * *

Os habeis formado en un instituto que rompió definitivamente con el antiguo y clásico sistema que en el siglo XVI preconizaron Erasmo y Vives; sistema que, mejor or-

denado y más perfecto, vino por siempre a quedar escrito en el nunca bien ponderado *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús. Habeis seguido el curso de vuestros estudios en un colegio que colocó las matemáticas y las ciencias naturales en el solio que los antiguos pedagogos asignaron a las lenguas de Atenas y de Roma.

Formáis parte de una escuela que, si descuida en algo la cultura y elegancia de las formas literarias, es únicamente con el propósito, por cierto muy laudable, de prestar mayor atención al estudio de otros conocimientos, que ella tiene por más útiles y necesarios.

Sobra advertir, que no me propongo de presente resolver el problema que ha surgido de la antinomia entre la antigua y la nueva enseñanza. Ello, a más de ser inútil por el momento, sería hasta cierto punto inconveniente, ya que jesuítas y hermanos de las escuelas cristianas tienen, dentro del ciclo de las materias que enseñan. cosas que pertenecen a la vieja y a la nueva pedagogía.

Propóngome tan sólo sacar algunas conclusiones de este nuevo género de estudios que proseguís con ahinco en este instituto.

Acontece con harta frecuencia, y vosotros ahora mismo lo entendeis muy bien, que los estudios más provechosos suelen, durante el tiempo de los cursos escolares, engendrar cierto género de fastidio que, si viniera, para vuestra desgracia, a prolongarse más allá de la vida estudiantil, os sería en extremo perjudicial. Para ver de evitar, siquiera en parte, este peligro, quiero ponderaros ahora las muchas ven-

tajas que del estudio de las matemáticas y de las ciencias naturales se desprenden.

Son las matemáticas tan antiguas como la civilización humana; en cambio, las ciencias naturales—como hoy se las estudia—son de ayer, no más. El consorcio de unas y otras en vuestras inteligencias, os hará prudentes, como el padre de familias, de que nos habla el evangelio, y os dará los medios para sacar más tarde del tesoro de vuestro entendimiento, lo viejo y lo nuevo que hay en el saber humano.

Para remontarnos, por ejemplo, a los orígenes y comienzos de las matemáticas, menester es irlas a buscar en las periódicas crecientes del Nilo portentoso. Apareció la geometría, como Moisés, en la corriente fecundadora de esas aguas; creció y medró luégo en Grecia, madre, no sólo de las artes y de la literatura, sino de las ciencias y la filosofía; peregrinó por la India misteriosa o por los desiertos arábigos, para llegar por último a Europa, que la recibió, juntamente con la civilización de los pueblos asiáticos.

A esta especie de continuidad del humano ingenio en el estudio de las matemáticas, conviene añadir la unidad de los principios que en ellas se exponen. Ved, en efecto, cómo la aritmética prepara al conocimiento del álgebra, y cómo ella es a manera de plinto sobre el cual reposa la columna del número y de la cantidad. Observad cómo el álgebra resuelve los problemas que en geometría se presentan. Y mirad de qué manera, en una sola figura geométrica se recata y esconde toda esta ciencia bienhechora. El triángulo, que vieron los egipcios convertido en delta en la desembo-

cadura del Nilo; que levantaron frente al desierto, por medio de sus pirámides, como un homenaje a la muerte; que fue figura simbólica en las antiguas religiones y que en el cristianismo es imagen de la divina Trinidad; el triángulo, digo, contiene en sí toda la geometría. Observad, si no, cómo por una revolución natural de uno de sus catetos, se trueca inmediatamente en el cono, que nos deja entrever en cada una de sus secciones todas las figuras que en sí contiene esta ciencia. Sacad ahora este mismo triángulo del dominio de las matemáticas abstractas, y él se trocará, en la geodesia, en el medio natural y adecuado para mesurar las tierras, y en la astronomía, servirá de derrotero seguro para seguir las huellas de esas lumbres lejanas que pueblan los espacios siderales.

Además, la geometría, como centro que es de la unidad matemática, nos abre las puertas de otras ciencias con ella emparentadas. Guiados por ella, penetraron en remotas edades en el palacio del saber, llevados de gloriosísimo y fecundo afán, muchos ingenios soberanos cuyas vidas y esfuerzos son perpetuo ejemplo para vosotros, y cuyos hallazgos darán por siempre inagotable tema a vuestra meditación. Ellos, como los descubridores de nuevos mares o de nuevos continentes, fueron grandes por haber hallado verdades hasta entonces del todo desconocidas; ellos, a semejanza del legendario héroe indostánico, no sólo llevaron su barca a regiones ignotas, sino que hicieron que al choque de su proa brotaran de las desconocidas riberas, un enjambre de nuevas y deslumbradoras estrellas. Fueron todos ellos sabios viajeros y exploradores audaces de espacios, sin com-

paración más dilatados que los de los mares y los continentes.

La geometría, andando los tiempos, robusteció el espíritu de Coopérnico para realizar una hazaña más portentosa que la de la Atlante; pues éste solo intentó mudar de un hombro a otro la mole de la tierra, y aquél hizo por siempre cambiar el centro de nuestro sistema, sacándolo de la tierra y fijándolo en la candente masa del sol. Por ella, Descartes sometió la tierra a las leyes inflexibles halladas en la ciencia; Hugues con la geometría, agrandó por medïo del telescopio, el señorío que hoy el hombre tiene en los cielos; Herschel por este mismo medio, creó la moderna astronomía, y halló Laplace la formación de la nubulosa primitiva.

Pasmosa es, por consiguiente, la armonía que entre sí conservan las matemáticas por obra de la geometría, que las esclarece y precisa. Los poliedros, por ejemplo, nos llevan a conocer los prismas. Aplicados estos últimos a la luz, la descomponen en haces variadísimos y multicolores; encaminados al sol, reducen el arco iris a los límites del espectroscopio; en combinación con la química, son estos mismos prismas mineros sapientísimos que hallan nuevas sustancias, no sólo en el sol, sino en las más apartadas estrellas, sin parar en sus investigaciones hasta topar, traído a la tierra, el benéfico *radium*, que en su hora habrá de aprovechar la medicina para curar males sin cuento.

* * *

No menos dignas de vuestro estudio son estas otras ciencias, llamadas por antonomasia naturales. Porque si todo dentro de las matemáticas os incita al aprendizaje, en estas otras ciencias, su mismo progreso, os hace por todo extremo fácil conocerlas.

Comparad, si no, la ciencia de hoy con la de ayer, y decidme luego si todo no va en ventaja vuestra? Los que enantes estudiábamos la geología nunca lográmos salir del todo de la senda trillada por Cuvier. En otro tiempo la paleontología andaba aún en su infancia, y la historia del hombre primitivo casi podía tenerse por un mito: hoy, la prehistoria tiene ya un carácter genuinamente científico, y el estudiante dispone de museos, como el que con este fin fundó en París Boule. Antaño en la zoología no se estudiaba, al menos en los textos escolares, sino únicamente las especies superiores; hoy hasta los más diminutos animales tienen su historia propia, como nos lo demuestra, para no recordar sino uno solo, Fabre, cuyos trabajos entomológicos todos leemos con deleite y provecho.

Todo esto que hemos recordado, es bien poca cosa en favor del adelanto moderno de las ciencias, si se compara con la obra llevada a cabo por Pasteur y sus discípulos. ¿Quién hubiera de imaginar que un químico, que comenzó por estudiar los fermentos de la vid, terminara por descubrir en el cuerpecillo del gusano de seda los primeros vestigios de aquellos microorganismos que engendran la mayor parte de las dolencias corporales? Y mirad una vez más, y

a propósito de lo que venimos considerando, cómo progresan las ciencias a la fecha, unidas por los vínculos de la más noble amistad. Ved de qué suerte la óptica se asocia con la medicina para crear esos centros prodigiosos de estudio, que en nuestros días se conocen con el nombre de laboratorios; centros cuya historia dio apenas comienzo en las postrimerías de la pasada centuria.

Habeis llegado, es verdad, a la hora de nona al campo de la ciencia; pero por obra del esfuerzo realizado por otros que os precedieron, vais a recibir mejor paga que la de aquellos que se os anticiparon en el conocimiento de verdades. que no pasaban de ser entonces fragmentarias.

Uníd a esta ventaja que no es pequeña, la inapreciable de los textos de enseñanza en que aprendeis las primeras nociones de estas mismas ciencias, y decidme luego si todo no conspira en favor de la sabiduría que, aunque en gran parte ñeja, se os brinda ahora en odres nuevos.

Muchas veces se ha dicho, pero nunca se repetirá lo bastante, que los textos de enseñanza de los hermanos de las escuelas cristianas son los más perfectos en su género. Pero donde mejor aparece este mérito es en el dominio de las ciencias matemáticas. Hay en estos libros un orden pasmoso, que viene desde lo elemental hasta lo más arduo y difícil; de tal suerte que la especulación nunca en ellos se anticipa y que el alumno ignora por completo qué cosa sea la fatiga del ascenso. No me creo apto para juzgar con acierto unos libros que se escapan, por su misma índole, a la consideración de quien no pasa de ser un neófito de las ciencias matemáticas. Pero como algunos de estos libros

fueron los únicos que de niño y de joven conocí en estas mismas aulas; como su lectura no ha dejado de ser para mí tan grata como los recuerdos de la infancia; como de literatura y de filosofía nada vine a saber sino ya de hombre, puedo afirmar, siquiera con el título de quien los estudió en sus mocedades, que apenas habrá en obras didácticas algo que sobrepase o de veras emule a *Los ejercicios del maestro,* en los cuales se exponen los problemas de las geometrías analítica y descriptiva, los del álgebra y la trigonometría.

Al lado de estas obras, que los hermanos se empeñan modestamente en llamar elementales, hay otras, como la cosmografía, la mecánica racional y topografía, que aunque yo no estudié de joven, comprendo por el superficial conocimiento que de ellos tengo, que bien pueden catalogarse entre las obras de fondo. Ellas honrarían a cualquier sabio que no fuera tan modesto, como lo son estos humildes religiosos, quienes no han querido dejar memoria alguna de sus nombres para revelarnos siquiera en parte el ingenio que les vio nacer.

* * *

A todas estas cosas, que os hace fácil y grata la tarea de estudiar las ciencias, quiero añadir otra, antes de dar por terminado este discurso.

Poseéis un museo completísimo en todo cuanto guarda relación con la historia natural.

Muchas veces, al visitar este repertorio de nuestras ri-

quezas naturales—el único que existe en el país, que yo sepa—he evocado la imagen de Mutis, el atrevido español, que vino en tiempos coloniales a explorar las riquezas, ayer como hoy, desconocidas en nuestro suelo. Al ver la magnificencia de este museo, que vosotros poseéis, he rememorado cariñosamente la modesta habitación, que para sí y para sus pintores, escogió Mutis por las vecindades del convento de clarisas, en la antigua Santafé. Al visitar este nuevo museo, he pensado en la gloriosa empresa de la expedición botánica, y he juntado—como seguramente los juntará la historia algún día—los nombres venerandos de José Celestino Mutis y del hermano Apolinar. Porque loor eterno tributará esta misma historia a quienes supieron reunir la fauna y la flora de esta porción de América, que llamamos patria: tierra feraz y opulenta en sus productos naturales; embrionaria en su comercio e industria; digna, por todos aspectos, de asociarse un día con las más prósperas y aventajadas naciones, para llevar a cabo la obra que Dios en la naturaleza le ha señalado.

PANEGIRICO DE SAN ROQUE

predicado en la iglesia parroquial de Santa Bárbara (Bogotá), el 18 de agosto de 1918.

Et dedit illis potestatem curandi infirmitates. Dioles potestad de curar las enenfermedades San Marcos, III, 15.

A unas tantas millas al sur de Roma, sobre una colina que domina el valle del Sacco, y no muy lejos de la vía Lavicana, el viajero descubre una población que, debido a lo vetusto de los muros, a la puerta de Santa María, casi en ruinas, a las callejuelas tortuosas y a la catedral gótica, conserva, en gran parte, el tipo genuinamente medioeval que hoy tiende a desaparecer en no pocas ciudades italianas. Anagni la apellidaron los antiguos, y su recuerdo va unido en la historia a un hecho que la posteridad evoca con el nombre del atentado de Anagni.

En la tarde del siete de septiembre de mil trescientos tres, un pontífice romano, natural de aquella aldea, vigoroso, altivo y elocuente, a pesar de los ochenta años que pesaban sobre sus hombros; versado en el derecho civil y

en el canónico, se aprestaba a lanzar excomunión contra Felipe el Hermoso, rey y señor de los francos, por actos gravemente lesivos de la autoridad eclesiástica, que habían por doquiera causado escándalos y serios trastornos. Mientras se hacían en Anagni los aprestos para ver de lanzar la excomunión, por un apartado repecho del camino subían un millar de soldados de variada y desigual vestidura. Llevaban los más en la cabeza el capacete de vistosas formas: mitad de hierro, mitad de bronce, con una prolongación delantera destinada a favorecer la nariz; iban otros cubiertos de la loriga, recamada de acero; esotros, defendidos por largas cotas de cuero, protegidas a su vez con cadenillas de hierro, y los restantes vestían la malla sin forro alguno, a usanza de los tiempos antiguos; traían todos ellos hachas, lanzas, espadas y dogas. Les capitaneaban, según se echaba de ver, un *condottiere* gibelino y un legista francés Los escudos de madera, con los tradicionales adornos metálicos y las tres flores de lis, lo mismo que el grito de viva el rey de Francia, hicieron ver a los Anagni que los soldados galos se aprestaban a reducir a prisión a Bonifacio VIII, que tal era el nombre del papa en aquel entonces. Sereno esperó Bonifacio a Colonna y a Nogaret, en el trono de la catedral, revestido con los ornamentos pontificales, ceñidas las sienes con la triple corona y en las manos la cruz de oro y las llaves de Pedro.

El consejero de Felipe el Hermoso, con la amenaza en los ojos y, sobre todo, en las manos, exige a nombre del monarca, la renuncia de Bonifacio.

—Aquí está el cuello y la cabeza—responde el pontífice—;pero muero como papa y no de otra suerte.

Por tres días las cosas continuaron en el mismo ser, hasta que, convencido el pueblo de Anagni de la delibilidad de las tropas francesas, libertó al pontífice y le restituyó triunfalmente a Roma. El Dante, poco amigo, por lo demás, de Bonifacio, rememora con dolor en su poema este atentado, cuando dice:

Veggio in Anagna entrar lo fiodarliso
E nel vicario suo Cristo esser cato.
(Purgat. XX, 86.)

—Veo—dice—cómo llegan hasta Anagni las tropas de la flor de lis; veo cómo prenden a Cristo en la persona de su vicario; veo cómo él de nuevo es objeto de ludibrio y de escarnio; renuévase ahora el suplicio del vinagre y de la hiel. ¡Señor! ¿Tendré algún día el júbilo de ver por mis propios ojos la vengânza que ocultan tus secretos juicios?

La deseada venganza del Alighieri no la ejercitó Dios en contra de Francia, porque la culpa del atentado de Anagni vino a expiarla un noble francés, que pasó a Italia. Es él una verdadera flor de lis, no esculpida en rodelas, ni en escudos, sino en el corazón mismo de Roque, cuya caridad llega al heroísmo.

El es ante todo la víctima expiatoria del atentado de Colonna y Nogaret. Hijo de nobles y natural de Mompelier, abandona su tierra, y en túnica de peregrino llega priméro a Cesena, luégo a Módena y a Parma, lo mismo que a Man-

tua. El mal conocido en aquellos tiempos con el nombre de la muerte negra, que tanta semejanza guarda con la peste bubónica, siembra en toda Italia la desolación y el exterminio. En los caminos y en los poblados se ven gentes enajenadas de sentido, con los ojos inyectados, desmesuradamente abultada la lengua y cubiertos en las regiones inferiores de feos y repugnantes tumores. Por en medio de aquellas multitudes, que huelen a cadáver, va y viene Roque, el peregrino francés, que a todos procura prestar auxilios y consuelo. Al fin, cae en Piacenza, víctima de la enfermedad, y para no contribuir al contagio, se retira a una gruta solitaria, en donde por milagro recibe la salud. Para evitar los homenajes que se le rinden, vuelve a Francia, en donde se le toma por un espía inglés; vese reducido a prisión, y después de cinco años de vejámenes, muere en la cárcel.

¡Cuán admirable es Dios en sus santos y cómo se cumple en san Roque la ley de la sustitución de la víctima por los pecados de aquellos tiempos revueltos!

Exótica se nos presenta en esos tiempos la figura de Roque. Se asemeja, más bien, a los grandes santos de comienzos de la edad media: a un san Alejo, por ejemplo, que también huye de la casa para peregrinar y volver a sus lares, en donde vive largos años, sin ser de los suyos conocido. Tocóle, en cambio, vivir a Roque en el *Quatrocento;* época en la cual se extingue la *comuna* y surge la *signoría;* época célebre por sus tiranos, por el hambre que se aposenta en Italia, por la lepra, las guerras y las pestes; por las invasiones de los turcos y de los mongoles; época

en la cual los soberanos son déspotas y crueles; ambiciosos los antipapas, que rompen la unidad de la Iglesia, e insubordinados los pueblos.

El culto de san Roque comienza en aquellos tiempos revueltos. El concilio de Constanza hace públicas rogativas para obtener la protección de este insigne taumaturgo; Urbano IV autoriza el culto que se le tributa; Alejandro VI construye en honor de él un hospital en Roma; otro tanto hace más tarde Paulo III. Y el culto de san Roque pasa de Francia e Italia a España, para peregrinar, al través de los mares, hasta nosotros, como nos lo atestigua la devota archicofradía de esta parroquia, que daba ya señales de vida en los primeros tiempos coloniales.

Podría continuar señalándoos las virtudes y méritos de san Roque; pero vosotros permitiréis que, siguiendo una tradición clásica en materia de panegíricos, os hable más bien de lo que Roque amó y sirvió en vida: del enfermo y de las dolencias humanas. Esto me hará remontar con la consideración hasta el evangelio mismo, para seguir las huellas de aquel Maestro divino que pasó por el mundo, sanando toda suerte de enfermedades y haciendo a todos el bien.

• • •

La lucha contra los fariseos llegó en la vida de Cristo, Señor nuéstro, al período de mayor crudeza en las postrimerías del tercer año de su predicación pública. Anunció por entonces el Maestro Jesús su regreso al seno del Padre celestial; quitó una vez más la máscara hipócrita de los fa-

riseos y doctores de la ley; proclamó a las claras la divinidad de su persona, en términos tan explícitos, que los adversarios tomaron entre sus manos piedras para lapidarle, mientras El misteriosamente desapareció de en medio de los enemigos, y sin ser visto salió del templo.

A poco, la presencia en el camino, de un ciego de nacimiento, dio ocasión a los discípulos para interrogar al Maestro, diciéndole: «Rabí: ¿éste o sus padres pecaron para que naciese ciego?» Y respondióles el Señor: «Ni éste pecó, ni tampoco sus padres, sino que nació ciego para que un día se manifestaran en él las obras de Dios».

Y habiendo dicho esto, escupió en la tierra; hizo lodo con la saliva y ungió con él los ojos del ciego, mientras decía: «Vé y lávate en el estanque de Siloé». Fue allí el ciego; lavó sus ojos y regresó viendo y glorificando al Señor.

Estupefactos quedaron los sacerdotes a causa de este milagro que, para escándalo de ellos, se había efectuado en el día sábado. Llamaron al ciego y a los padres de él para interrogarles, y por último, buscaron a Jesús y le preguntaron: «¿Por ventura somos nosotros también ciegos?» Díjoles entonces el Maestro Jesús: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas, ahora porque decís vemos, vuestro pecado permanece». (S. Juan. IX. v. lo. siguientes.)

Este hecho, que en resumen acabo de evocar, entraña tántas y tan saludables enseñanzas, que no creo llevéis a mal que yo, con algún detenimiento, os lo comente.

«¿Pecaron por ventura los padres del ciego o él mismo, para que naciese en este mísero estado?» Esta pregunta de los sacerdotes de Israel no es ni extravagante, ni con-

traria al sentir de las divinas escrituras. Muy al contrario, se acomoda ella admirablemente a las enseñanzas bíblicas. En el sagrado libro del Deuteronomio leemos algo muy semejante: «Visitaré —dice el Señor— la iniquidad de los padres sobre los hijos» (V, 9). Y abundan por doquiera casos en que esta misma doctrina se confirma y corrobora con los hechos. Así, los niños inocentes de Pentápolis, con los padres perversos, fueron consumidos por el fuego; el hijo del crimen, nacido en Bethsabé, murió para David, sin contar con que el pecado de este monarca pesó sobre todo Israel. Cuando, ya viejo Salomón, se entregó, con los vicios, al culto de Astarté y Moloc, Dios castigó en Roboaan los pecados del rey sabio, y el poderío de Israel desapareció de en medio de las naciones.

Hé aquí, pues, una de las causas de las enfermedades y de las tribulaciones, que se explican, aun en los justos y los buenos, por la ley llamada de la sustitución de la víctima; ley que en ninguno otro, como en Cristo, se cumple, porque siendo El «inocente limpio, apartado de los pecadores y más excelso que los mismos cielos, fue, con todo, herido, a causa de nuestras rebeldías, y maldecido por obra de nuestras culpas» (Hebreos, VII, 26). Y cosa sabida es que «con sus llagas fuimos todos nosotros curados» (Isaías, LIII, 5). Esta misma ley de la sustitución de la víctima se cumple asímismo en la Virgen Santísima, a quien el Arcángel llamó llena de gracia y a quien el anciano Simeón profetizó que una espada de dolor traspasaría su corazón, formado a imagen del de su Hijo, y como él destinado a ser víctima propiaciatoria de las humanas iniquidades.

Por su parte, en la vida de la Iglesia el caso de san Roque no es único ni excepcional en esto de padecer enfermedades y males, a causa de los pecados ajenos. Santa Teresa de Jesús pide a Dios que ciertas tentaciones que padece un clérigo, las sufra, más bien, ella; Catalina de Emeric logra sufrir, por sustitución, los dolores que atribulan a una tísica, y santa Ludwina, la admirable monja holandesa, desea tánto padecer por los demás, que un biógrafo llega a decirnos que ella tenía, a causa de esto, la concupiscencia de las enfermedades y el hambre de las llagas.

Si sólo tuviéramos qùe expiar los pecados ajenos, y si nuestras tribulaciones y enfermedades a ellos solos se debieran, quizás nos parecieran menos explicables estos males físicos; pero es el caso que, a más de padecer por ajenas culpas, tenemos pecados propios, que nos hacen acreedores de la justicia divina, y aun aquí se muestra grandemente dadivoso el Señor con nosotros, pues o bien deja caer sobre el cuerpo los rigores que debiera padecer el alma, o hace temporales los tormentos que en rigor debieran ser, como la malicia de nuestras culpas, eternos.

Mas, no siempre el mal físico, y en particular la enfermedad, los permite Dios para que por ellos y por la constancia en padecerlos con paciencia, expiemos nuestros pecados. En no pocas ocasiones la enfermedad en general es un medio de que el Señor se vale para que en nosotros se manifieste, como en el caso del ciego de nacimiento, la gloria de Dios.

Tenemos de esto último un ejemplo, y muy significativo, en las sagradas escrituras. Cierto día, en efecto, pregun-

tó Dios a Satanás: «¿Por ventura has reparado en mi siervo Job? ¿Quién hay semejante a él en la tierra? Hombre es sencillo y recto, que teme a Dios». Y respondióle Satanás: «En verdad que no en balde os teme Job, por lo que hasta el presente le habéis favorecido». *Confido de certatore*: Confío en el atleta, parece que le responde Dios. Pon la mano sobre todos los bienes de Job; pónla después hasta en su propio cuerpo, y verás cómo ese atleta es invencible y cómo y hasta qué punto es cierto que no hay varón semejante a él. «Porque así como en los combates antiguos—dice el Crisóstomo, comentando este pasaje—los que poseen un cuerpo robusto, los hábiles atletas, no se muestran como tales mientras están cubiertos con las túnicas empapadas en el aceite, que suaviza los miembros, prontos a la lucha; sino que únicamente se puede admirar su fuerza cuando, despojados de todo vestido, entran al estadio para asombrar a los espectadores por el vigor y fuerza de los músculos: así el santo Job mientras se vio rodeado de riquezas y de salud, no nos dio a conocer la fortaleza de su ánimo invicto; mas, cuando, despojado de todo, entró, como los atletas, al estadio, hirió con su valor los ojos de los espectadores, y por la grande tolerancia de su ánimo, mereció ser aplaudido por el teatro mismo de los ángeles» (P. G. L. M., vol. XXVII, col. 26).

No solamente Job nos da ejemplo de esta invicta paciencia en las tribulaciones; ahí tenéis al santo patriarca Tobías, cautivo, pobre y ciego, y de quien el Señor se sirve para darnos un dechado y modelo de lo que debe ser en todo tiempo el verdadero padre de familias, y recordad a

Pablo, el apóstol de las gentes, quien no temía afirmar que sobreabundaba en gozo en medio de todas sus tribulaciones. Quitad el dolor, las tribulaciones, las enfermedades de este mundo y habréis privado a la Iglesia de Dios de uno de los principales medios para levantar las almas de lo terreno a lo celestial, de lo transitorio a lo eterno. Sin ellos la gloria de Dios no tendría el más resonante de los triunfos, y los cristianos, que serán un día piedras hermosísimas de la celeste Jerusalén, no recibirían aquellos saludables golpes, con los cuales el divino y celestial Cantero labra las almas para la eternidad. Por todo ello, con harta razón, pedía san Cipriano a los cristianos que las enfermedades no llegaran a ser nunca ocasión de escándalo o de murmuración, sino que fuesen, antes bien, a manera de armas vencedoras en el certamen de esta vida; que ellas no rompieran, ni siquiera debilitaran nuestra fe, sino que se manifestase sana y robusta en medio de nuestras dolencias, como lo hacía el apóstol Pablo, cuando declaraba con grande osadía: *Cum infirmor, tunc potens sum.* Cuanto más enfermo me hallo, más valeroso y esforzado me muestro.

* * *

No satisfecho el cristianismo con darnos una completa y sobrenatural explicación de nuestras enfermedades y dolencias, que a la vez que nos hacen expiar las culpas, levantan nuestros ánimos y hacen manifiesta la gloria de Dios, quiere él, además, buscar remedio material para ellas. De modo que a tiempo que conforta el espíritu con el pro-

vecho que de las enfermedades podemos alcanzar para la vida eterna, se empeña en poner alivio y consuelo terrenos en esas mismas dolencias.

No desprecia el cristianismo los medios naturales que puedan curar esas enfermedades, y por eso, aun cuando Cristo es omnipotente para sanar al ciego de nacimiento, pone en sus ojos el limo de la tierra y le envía a la piscina de Siloé, para darnos a entender que no podemos ni debemos despreciar las medicinas, simbolizadas por ese limo y esas aguas purificadoras. A la Iglesia, que se inspiró siempre en esta doctrina, se debió en todo tiempo la fundación de los grandes hospitales en los cuales fueron a hallar el remedio material de sus dolencias los desvalidos. San Basilio funda el suyo en Capadocia, y alcanza tanto y tan merecido renombre, que san Gregorio de Nacianzo le llama repostería de la misericordia: *promptuarium pietatis*. Fabíola establece otro en Roma y merece por esto los más calurosos elogios del severo san Jerónimo, y de ahí en adelante, cada dolencia humana adquiere dentro de la Iglesia una legión de seres que se consagran a servir a los que padecen. Desde san Roque, que peregrina por Italia para atender a los apestados, hasta san Juan de Dios, que hace prodigios en Granada para curar a los enfermos, la Iglesia va estableciendo otras tantas órdenes y congregaciones religiosas destinadas exclusivamente a cuidar de los enfermos, y aun en nuestros días, cuando la ciencia ha hecho prodigios y ha logrado sanar males que enantes se tenían por incurables, se hace menester el concurso misericordioso de la hermana de la caridad, cuya misión parece ser, como su

nombre lo indica, la de perpetuar en medio de los hombres la divina y celestial caridad de aquel Señor que en grito dolorido clamaba y lloraba diciendo: tengo lástima de la multitud: *Misereor super turbam.*

Y esto explica y aclara el culto que ella rinde a santos como Roque, en quienes ve a los discípulos de aquel Señor que, no contento con predicar la doctrina confortadora, que trajo del cielo, busca a los pobres y baldados, a los paralíticos y los ciegos, a los leprosos y posesos para restituírles el don de la salud. Es por este aspecto la Iglesia una piscina probática adonde concurren la multitud de los enfermos que vienen en busca del consuelo para sus males, del remedio para sus dolencias, y a todo lo largo de su historia reproduce ella, por medio de santos, como el que hoy veneramos, aquel glorioso poder taumatúrgico del divino Maestro que pasó por el mundo curando las enfermedades y haciendo a todos cuantos a El se acercaban el bien y la misericordia; *pertransit benefaciendo et sanando omnes oppresos a diabolo, quoniam Deus erat cum illo.*

JESÚS EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS

Sermón predicado en la iglesia de Santa Clara (Bogotá) el jueves santo, 13 de abril de 1922

Coepit Iesus Pavere, et taedere et moestus esse. Comenzó Jesús a tener miedo y tedio y a sentir tristeza. (De los evangelios de san Marcos y san Lucas.)

El cuadro de la pasión dolorosa de Cristo, vislumbrado por la antigüedad al través de la profecía de Isaías, sentido y visto a lo vivo en estos tiempos, merced al relato evangélico, está y estará siempre delante de los hombres como ejemplar perenne del dolor humano, encarnado en la persona de Aquél que tomó sobre sus espaldas las culpas y miserias de todos nosotros.

Mas, es de preguntarnos: ¿qué lleva al hombre a gustar tan honda y constantemente de un relato tan antiguo y tan sorprendente como éste? ¿No será porque quien en él se nos presenta, tan llagado y tan miserable, es nada menos que el redentor y restaurador de nuestra raza? ¿No será porque en él se nos habla de la víctima y de la perpe-

tua ofrenda de la humanidad pecadora? ¿No será porque en este relato Cristo aparece como la personificación viviente de todo dolor, de toda inquietud, de todo padecimiento? ¿Porque qué otra cosa nos dicen está cabeza coronada de espinas, y este cuerpo cubierto de cardenales, y esta lengua angustiada por la sed, y estas manos y estos pies enclavados, sino que aquí hay un dolor sobre todo dolor, una angustia sobre toda angustia y una miseria superior a toda otra? ¿Acaso el odio de los enemigos, la deserción de los discípulos, la antipatía inexplicable de la plebe, la ingratitud de la patria judaica y hasta el mismo abandono del Padre Celestial, no nos pintan, en síntesis completa y aterradora, todo esto que llamamos el dolor humano?

Con cuánta razón, pues, mostró Isaías a Jesucristo como renuevo marchito de la raíz árida de Israel; como un ser que no atrajo sobre sí las miradas del mundo, ni por su nacimiento, que acaeció en un establo; ni por su niñez, en que sufrió destierros; ni por su mocedad, vivida toda ella en desconocida aldea; ni por el resto de su vida, que fue de peor condición que la de las raposas y las aves, pues mientras ellas tienen guaridas y nidos, el Hijo del Hombre no tuvo piedra sobre qué reclinar su cabeza.

Cristo es, en boca de Isaías, el desecho de los hombres, el varón de los dolores, cubierto de vergüenza; el hombre herido de la mano de Dios y llagado; el objeto de la maldición y de las iras divinas. Y sin embargo, este Señor tan diversamente atribulado, es nada menos que el esplendor de la gloria del Padre, la imagen de su sustancia y el sustentador de todas las cosas; el ser superior a los ángeles

y a los hombres, que se sienta por derecho propio a la diestra de la Majestad en las alturas.

Hay, por estos dos aspectos que acabamos de mencionar, una antítesis notoria en la persona de Jesucristo; una antítesis entre la grandeza y la miseria; entre el poderío y la pobreza; entre la humillación y la honra a que es acreedor, ya que de tal suerte se nos presenta como verdadero Dios, que nadie podría pensar que fuera hombre, como cualquiera de nosotros, y sin embargo, de tal manera se nos revela como verdadero hombre, que ninguno podría creer, si El no nos lo hubiera dicho, que El es el Dios omnipotente.

Mas, ya que del todo no podemos penetrar en el fondo misterioso de esta antítesis entre lo divino y lo humano, que en Nuestro Señor se nos manifiesta, tomemos por separado el dolor, que es lo mejor, aunque sólo en parte, podemos acá abajo barruntar en la vida de Cristo.

Porque es lo cierto que esta imagen de Jesús atribulado y menesteroso viene del fondo de los tiempos, o mejor quizá, del fondo mismo de nuestros propios corazones; viene como cordero de propiciación, cargado con los pecados y con los dolores de todos los siglos: pecados que debe expiar; dolores que a grande costo debe padecer. Meditemos, hermanos, en ellos a fin de buscar algún género de consuelo para nuestros propios y personales dolores.

* * *

Era ya bien entrada la noche, cuando el Maestro abandonó el cenáculo en donde hizo a la humanidad regalo de

su carne y de su sangre; lentamente atravesó la Ciudad santa, casi desierta en esa hora; descendió la escalinata del Sión; cruzó la torrentera que divide el valle, y fue a buscar sitio adecuado para su dolor y para su tristeza en un huerto sombreado por olivos.

Ya en él, quiso estar a solas; mas no del todo. Por eso dejó a buen número de sus discípulos a las puertas del jardín y se internó con los tres que más amaba, bajo los árboles. Allí dijo a los suyos: «Triste está mi alma hasta la muerte. Velad conmigo».

¿Supieron los discípulos predilectos consolar al Maestro? No lo sabemos. Es lo cierto que si algo dijeron entonces de consuelo, no debió de serlo para Jesús, porque presto se separó de ellos y se internó aun más en el Huerto.

Contemplémosle ahora, hermanos, solo en medio de los hombres; solo delante de Dios; solo con el peso gravoso de nuestras culpas, de nuestras miserias, de nuestras tribulaciones. Ya puede el Señor soltar las riendas a la tristeza que embarga su ánimo; ya puede mostrar en toda su magnitud la debilidad de que como hombre es capaz.

Y ya puede también el demonio, que temporalmente le había abandonado, comenzar de nuevo la lucha en que tanto empeño puso cuando Jesús estuvo en el desierto. Sólo que esta vez variará Satanás de táctica, y si en el desierto le tentó con el halago del poder, con el de la grandeza de los reinos y de las victorias, de presente quiere prevalerse de la debilidad de que Jesús da muestras tan patentes.

De esta segunda tentación saldrá Cristo tan victorioso como de la primera; pero saldrá maltrecho y en peor condi-

ción que el santo Job; saldrá de ella con sudor de sangre, con beso de pérfida y dolorosa traición; saldrá con el corazón herido por el abandono de los suyos, por la calumnia de su pueblo, por el falso testimonio de sus acusadores y por la inicua sentencia de sus jueces.

¿Qué de extraño tiene, por tanto, que Jesucristo tenga miedo y que padezca tedio y que sufra infinita tristeza, en esta hora de suprema agonía? ¿Pero al mismo tiempo qué significa todo esto? ¿Un Dios triste, un Dios con tedio, un Dios con miedo? ¿Habrá, por ventura, algo más contrario a la divinidad que esta tristeza, que le priva del goce supremo que hay en contemplar por siempre la esencia soberana de ese mismo Dios? ¿Cómo puede estar triste el que es la alegría perpetua e indeficiente de los santos? ¿Cómo puede sentir tedio el que dispone de todas las maravillas de la creación para recrearse en ellas? ¿Cómo puede sentir miedo el que es todopoderoso?

Todo esto forma el misterio de Getsemaní, el misterio de la agonía de Jesucristo. Penetrar en él sería atrevimiento; nuestras inteligencias, y sobre todo nuestros corazones quedarían oprimidos por la magnitud de este dolor. Detengámonos tan sólo a considerar el miedo, y el tedio y la tristeza de Cristo, en cuanto ellos autorizan y explican nuestra tristeza, nuestro tedio, nuestro miedo. Tanto más, que no sólo los autorizan y los explican, sino que nos llevan a soportarles con resignación y provecho para nuestras almas enfermas y definitivamente atribuladas.

Coepit Iesus pavere, et taedere: Comenzó Jesús a sentir miedo y a tener tedio.

¿Qué es el miedo, hermanos? Delante de un mal que se tiene por inevitable, el hombre se intimida y prueba la amargura del envilecimiento; la inteligencia se oscurece y vacila, solicitada por los más opuestos pensamientos; incapaz de acogerse con firmeza a lo más conveniente, flaquea la voluntad, desprovista de todo arrimo; túrbanse los sentidos, presa de emociones fantásticas, y las fuerzas todas desfallecen.

Esto que todos hemos sentido, no una, sino muchas veces, lo experimenta el hombre tímido, lo mismo que el audaz; el que alardea de su bravura y el que confiesa paladinamente su debilidad. Este se conturba con los sucesos adversos de la vida cotidiana; aquél guarda y concentra en el secreto de su alma los sobresaltos y pavores a que dan cuerpo las inquietudes del corazón y las cavilaciones del entendimiento.

Por todo lo largo de los siglos ha pasado sobre la humanidad, doblegando sus ímpetus y abatiendo sus audacias, la ráfaga del miedo. Ella azotó la desnudez de nuestros primeros padres en las arboledas del paraíso; ella puso ceño de angustia y desesperación en el semblante de Caín y le aventó lejos del cadáver del hermano; ella bajó del cielo mezclada con las borrascas del diluvio; sopló sobre la hoguera de Pentápolis; revolvió contra el Faraón las aguas del mar; bajó del Sinaí sobre los israelitas, como mensaje-

ro de la voz omnipotente, y meció los sauces babilónicos, testigos del cautiverio de Israel. ¿Qué digo? Aun entre aquellos que peregrinaron lejos de la verdad y que anduvieron a tientas en la sombra mortal del paganismo, el miedo tuvo tan espantable soberanía, que, luego de personificarlo en mitos incontables, levantó contra él un ejército no menos incontable de divinidades tutelares.

Lo que así presintió el paganismo; lo que tántas veces amargó al pueblo escogido, no es, no puede ser fruto de la sola imaginación humana; muy al contrario, es una realidad que tiene su nombre; es el león rugiente de que nos habla Pedro en su Canónica; es el mal, así se trate del que hace presa en los cuerpos, como del que mancilla las almas; mal que es fruto inevitable del pecado y que por lo mismo debía tomar sobre sí aquel Señor y Maestro que vino de lo alto para expiar acà abajo todo género de culpas.

Con esta diferencia, que el miedo nuéstro es las más de las veces de cosa meramente imaginaria. y el miedo de Cristo es real y nace de la aprensión de lo único que no reporta bien alguno, de lo único que merece el dictamen de mal inevitable y definitivo. Por eso las Escrituras y la Iglesia no hallan imagen adecuada para explicarle, y unas veces le comparan con el revolverse de las olas que se azotan y persiguen en las tormentas de los mares; otras, con el desbordar asolador de los torrentes, que se despeñan desde las alturas, para llevar a los valles, con la abundancia de las aguas, el exterminio y la muerte.

Jesús comienza a sentir miedo··· ¿De qué, hermanos? De los enemigos que preparan ya en la ciudad linternas, an-

torchas y armas para prenderle; miedo de los jueces que se aprestan a condenarle a muerte ignominiosa; miedo de los azotes que caerán sobre su cuerpo; de las espinas que coronarán sus sienes; de la cruz que cargará sobre sus hombros; de los clavos que desgarrarán la carne; de la agonía con que entregará el alma en el Calvario.

Pero ocurre preguntar: ¿por qué, al paso que los mártires, que no tuvieron ni la fortaleza, ni la gracia de Cristo, fueron gozosos al martirio y tuvieron por cosa de mucha honra el ofrendar bienes y vida por la fe que profesaban, nuestro Señor, que es dueño de la fortaleza y de la gracia, no parece verse libre del miedo? ¿Por qué teme El mientras los mártires no vacilan? ¿Por qué se entristece El, cuando los santos se regocijan? Es porque este temor y esta tristeza no son propios de Jesucristo, sino de nosotros; teme El por su Iglesia y teme por todos y cada uno de nosotros. Entrevé el Salvador en la oscuridad de esta vigilia la suerte que habrá de tocar a todos y a cada uno de nosotros. En Getsemaní siente el desfallecimiento momentáneo de los santos; el martirio de los primeros confesores. Ve que cuando la Iglesia salga triunfante de las catacumbas, la herejía, el cisma, el dolor y la soberbia dividirán a los que debieran formar un solo cuerpo y una sola alma; ve las persecuciones de los cristianos contra los cristianos; el descuido de los hombres tibios; el dominio de los nuevos fariseos. Ve que sus enseñanzas, con el correr de los tiempos y no obstante el celo del magisterio infalible, serán desfiguradas por los falsos doctores, y que la palabra de El, palabra divina y celestial, caerá en poder de inteligencias

cavilosas, sutiles y visionarias, que querrán pesar lo imponderable, medir lo que no tiene medida y ahondar en unos misterios, que sólo puede en parte vislumbrar el corazón puro y limpio de los verdaderos hijos de Dios, que siguen los dictámenes del magisterio eclesiástico.

Y tiene miedo también el Señor por cada uno de nosotros en particular. Teme al ver que la carne apesga nuestra ánima y la incapacita para conocer la verdad; teme porque los bienes fugaces de la tierra trastornan en ocasiones el ceso de los mortales; teme por la soberbia, fuente de todo mal; porque la caridad y el amor que El ha predicado, no van a ser de muchos comprendidos y puestos en práctica.

De modo que este león rugiente, que busca la presa; este mal casi infinito y de infinitas consecuencias, cae sobre Jesús, que ora atribulado en Getsemaní, y advierte que este mal saldrá del Huerto de las Olivas, desatado ya el poder de las tinieblas, en busca del Hijo del Hombre, que conducirá como reo al Calvario, y por ello exclama con voz angustiada: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz».

Pero el mal cae sobre el Señor y hace en El la más grande de sus víctimas. Vedle ahora, hermanos, el rostro cosido a la tierra; los cabellos y las vestiduras en desorden; el cuerpo cubierto de sudor, a causa de la lucha. Cristo suda en estos momentos con sudor de peregrino y con sudor de febricitante: de peregrino, porque bajó del cielo para sanar al hombre, y anduvo un viaje fatigoso; de febricitante, porque El resolvió curar todas nuestras dolencias con sus enfermedades. Suda, además, Cristo como redentor, y

por estos pasajes del dolor divino; meditemos eso la sangre que nos ha prometido, comienza a caer a la sombra de los olivos. Es ella el principio y como la primicia de nuestra liberación. Sepamos reverenciarla con todo el amor de nuestros corazones.

* * *

Dejó esta lucha un desfallecimiento imponderable en el alma de Cristo. y al miedo siguió muy de cerca el tedio, el hastío y la sensación de la inutilidad, para muchos, de las angustias y dolores que iba a padecer.

Por breves momentos consideremos qué cosa es el tedio. Dos hombres, según la letra de las Antiguas Escrituras, representan y personifican el tedio de la humanidad: Job, el hombre herido de la mano de Dios, y hasta el último extremo humillado, y Salomón, el sabio, el rico, el poderoso. Job, sentado en el estercolero. sin bienes, sin salud, sin amigos, sin amor, y Salomón rodeado de honras, de placeres, de riquezas. Estos dos hombres, colocados en el extremo de la miseria y de la opulencia, proclaman a una voz que todo cuanto hay bajo el sol es vano y superficial; vana es la ciencia y vanos los honores; vano el amor terrestre que termina las más de las veces por engendrar la ingratitud, el olvido o la muerte.

Tal es ciertamente la condición del hombre en este mundo, y tal fue la del Redentor en la hora angustiosa del Huerto. De modo que las palabras, preñadas de melancolía del rey sabio, y las no menos tristes del patriarca de Idumea, a

Cristo en todo su rigor pueden aplicarse. «Mi alma tiene tedio de la vida—dijo El como Job—; soltaré la lengua en contra mía; hablaré en la amargura del alma.» «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz.» Creí que Pedro había entrevisto con mi divinidad, el poder de que disfruto como Dios, y hé aquí que en breves horas habrá de negarme; pensé que mis discípulos, a quienes tuve por amigos, me seguirían en esta hora, y hé aquí que, herido el pastor, se dispersará en breve el rebaño; amé a Jerusalén y lloré sobre sus desventuras, y ella me desconocerá y excomulgará de su seno en esta noche; vine a vivir en medio de los hombres, y ellos no me conocieron; di salud a los enfermos, luz a los ciegos, andar expedito a los paralíticos, y ellos se empeñan en no andar, en no ver, en no sentir los beneficios de la salud espiritual. *¿Quae utilitas in sanguine meo?* ¿Qué utilidad tendrá el derramamiento de mi sangre cuando el hombre, como pródigo desvergonzado, se empeña en vivir en su miseria? ¡Padre mío, tengo tedio de la vida; tengo tedio de mí mismo: aparta de mí este cáliz!

Coepit moestus esse: Comenzó a estar triste... Al miedo y al temor, al tedio y al fastidio sigue siempre muy de cerca la tristeza. Primero nos acongojamos con el mal que se aproxima; sintiéndole cerca, experimentamos fastidio; a la postre, terminamos por entristecernos.

Tan pronto como el mal se enseñorea del ánimo, lo rompe y lo quebranta, como parte y desmenuza las entrañas de la tierra el arado. La tristeza acongojó al primer hombre desde el punto, día y hora en que el Arcángel le intimó desahucio y lanzamiento del Paraíso y le señaló con

espada llameante la tierra, donde ya no vería las huellas del paso divino, sino las espinas y los abrojos que hizo germinar la maldición divina. Ella labró en el pecho del patriarca idumeo una llaga más cruel que la que corroía y encanceraba sus carnes. Ella desquició la fortaleza del amor materno, pues ahuyentó a Agar del hijo moribundo para sumirle en la desolación del desierto. Ella pobló de lamentos y gemidos a Rama, e hizo todo consuelo detestable a Raquel, cuando lloraba sobre la sangre de sus hijos. Esta tristeza es tan universal como la muerte; tan amarga como la ingratitud, y por eso el Hijo de Dios, para hacérnosla entender, le prestó en más de una ocasión sus lágrimas redentoras.

Estas lágrimas de Cristo estamos ahora recordando para consuelo nuéstro, a fin de que—como dice san Ambrosio—la tristeza nuéstra reciba el remedio de la divina tristeza. La humanidad necesitaba de un ser para acumular en él todas las tristezas, todas las tribulaciones de que ella es víctima.

Y este ser es precisamente Jesucristo. Y con razón, pues si amor y dolor son cosas inseparables, quien amó más que todo otro hombre, debe, más que todo otro, padecer. Por eso lleva Jesús sobre sí la pesadumbre de todos los siglos humanos: la pesadumbre de los pobres y la pesadumbre de los ricos; la de los que mucho amaron y la de los que no pudieron ser amados. Merced a Cristo, nuestros dolores se hacen duraderos. Acumulándolos en El, les damos un toque de eternidad a nuestras penas, y logramos que ellas pasen de un corazón, que apenas es capaz de sentir por algu-

nas horas, a aquel otro Corazón divino que sí es capaz, por derecho propio de sentir la amargura humana en toda su manifestación honda y compleja...

Cristo vio el mal, vio el pecado, vio la depravación humana, y tuvo miedo. Entendió luego la ingratitud de muchos cristianos, la defección momentánea de algunos santos, la traición de los malos y perversos, y experimentó tedio. Sintió las consecuencias incontables de las culpas, y entre ellas la muerte, y como en otro tiempo, en presencia de las multitudes hubo de exclamar: *Misereor super turbam*: tengo compasión de las multitudes; de la multitud de los que tienen hambre y sed; de los que andan por caminos fatigosos; de los que no han tenido, como no lo tuvo El, piedra donde reclinar la cabeza; de los que yerran por ignorancia o buscan consejo y no lo hallan; de los que reciben injurias o padecen persecuciones, y, sobre todo, de los que andan tristes y acongojados.

Todo género de dolor tiene, pues, aquí cabida, y por ello ora fervorosamente por los justos y por los pecadores; por los enfermos y los sanos; por los atribulados, que forman multitudes sin cuento. La presencia simultánea de tantos dolores, no sólo puso miedo en el ánimo del Salvador y le dominó con el tedio y la tristeza, sino que le hizo entrar en una agonía que se prolongó por varias horas.

Estas encontradas pasiones que le pusieron en trance de agonía, perdurarán en el mundo y en cada uno de nosotros, hasta que se extinga el ritmo de las palpitaciones humanas. La tierra es, por este aspecto, una prolongación y continuación de la escena del Huerto, y así, todos nosotros,

que espiritualmente formamos el cuerpo místico del Redentor, estamos como derribados y postrados en la noche de la adversidad y en las sombras de la culpa. Sentimos, pues, y muy de cerca, el tremendo poderío del mal, ora amenazante, ora inminente, ora dominador. Abrumado por él, acudió Cristo a Dios su Padre, a Dios, que es el bien infinito, y dominados nosotros por este mismo mal, preciso es que busquemos a Nuestro Señor, que venció el mal con su pasión sacrosantísima. Digámosle, pues, como David en el día de la tribulación: *De profundis clamavi ad te, Domine*. Sí, Señor Jesús, ven a consolarnos porque estamos tristes; ven a reanimarnos porque nos subyuga y domina el tedio; ven a infundir valor en nuestros corazones atemorizados. No despreciéis, Señor, el ruego de los enfermos, de los extraviados, de los tristes que evocan en su interior las congojosas horas del Huerto de las Olivas.

R. P. FELIX RESTREPO, S. J.

ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE CARABOBO
1821—24 DE JUNIO—1934

Conferencia del Socio R. P. Félix Restrepo, S. J.

Excelentísimo señor presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, excelentísimos señores ministros, señoras, señores:

La batalla de Carabobo, cuyo aniversario hoy celebramos, es en los anales de Venezuela lo que en los nuéstros la batalla de Boyacá: la destrucción del ejército realista; la ocupación de la capital por los patriotas, y el sello de la independencia nacional.

Pero si en los resultados estas dos grandes batallas son análogas, en su preparación fueron completamente diversas. Boyacá es el golpe de audacia, es la sorpresa, es el caer repentinamente un ejército en los sitios donde se creía más seguro el enemigo, sin darle tiempo para prepararse a la defensa. Carabobo es la minuciosa y estratégica preparación de largos meses, es el observarse y menearse amenazantes con ojos de fuego dos soberbios osos antes de arrojarse el uno contra el otro.

En Boyacá partidas de llaneros hambrientos y desnu-

dos se descuelgan de los páramos y se equipan y arman con los despojos del ejército realista. En Carabobo el ejército patriota está vestido de gala y acompañado por cuatro bandas marciales.

En Boyacá las fuerzas de Bolívar son como una lanza que se clava derecha en el corazón del enemigo. En Carabobo son una red que se va estrechando poco a poco hasta sofocar al adversario.

Pero lo mismo en Boyacá que en Carabobo combaten unidos bajo la espada de Bolívar granadinos y venezolanos reforzados por la intrépida Legión Británica. Lo mismo en Boyacá que en Carabobo triunfa la táctica envolvente del Libertador. Lo mismo en Boyacá que en Carabobo los patriotas desprecian sus vidas y se lanzan como leones al combate. Lo mismo en Boyacá que en Carabobo los llaneros dan con su irresistible carga el golpe decisivo.

A qué conmemorar una vez más los prodigios de valor de aquellos bravos campeones y de aquellos jinetes legendarios.

Por un desfiladero, dominado por la artillería enemiga, van desembocando impávidos a la llanura de Carabobo los regimientos del Libertador. Los espera Latorre en orden de batalla. Pero hé aquí que Páez con su división hace un rápido movimiento envolvente por la izquierda, y salvando toda clase de obstáculos en el terreno impropicio, cruza el torrente para subir a la llanura. Vivo es el fuego y los infantes ceden. Pero viene en seguida de refuerzo el batallón británico, y unos y otros logran subir a la sabana. Cuatro batallones realistas les cierran el paso, mas los pa-

triotas cargan a la bayoneta y, oportunamente reforzados, desalojan al enemigo de la altura.

Poco a poco va entrando en la llanura por dos desfiladeros la caballería patriota, que corre en persecución de los fugitivos; pero mientras tanto la caballería española, que no había entrado en combate, carga sobre los batallones de Bolívar y amenaza dispersarlos. Entonces Páez con su estado mayor y cien jinetes escogidos, con inaudita audacia se lanza a contener los jinetes españoles. Son centauros que infunden pavor a su paso; son fieras que en pocos momentos deshacen la caballería enemiga. Batallones enteros caen prisioneros; otros, arrojando las armas, se dispersan disueltos por los bosques. Sólo queda el batallón de Valencey, pero él sólo basta para cubrir de gloria a España a pesar de la derrota.

Rápidamente se retira con los jefes Morales y Latorre; tanto que nuestros infantes, fatigados por largas jornadas, no pueden seguirlo. Lo sigue Páez con su caballería y lo alcanza, pero entonces forma en cuadro y con serenidad dispara a quemarropa. El bien dirigido fuego abre grandes claros en los escuadrones. Los pocos jinetes que quedan con vida se revuelven sin concierto entre una espesa nube de polvo y humo.

Y una voz lejana grita:

¡Valencey! ¡Apunten! ¡Ar!
Del cañón el estampido
la atmósfera hace temblar...
Y galopan los llaneros,

ciento veinte nada más;
pero al frente de esos bravos
el bravo Cedeño va. (1)

Tan obstinada resistencia despierta la emulación de nuestros más valientes capitanes. Cedeño en primer lugar, que manda la segunda división, se lanza él mismo contra la masa enemiga y muere en medio de ella. Un poco más adelante cae Mellao; luégo Arráiz, Meleán, Olivares. La flor y nata de la oficialidad venezolana.

El Coronel Plaza, jefe de la tercera división, había caído también al rendir uno de los batallones. A Páez, como de costumbre, le temen las balas y merece ser ascendido en el mismo campo de batalla a general en jefe.

Viendo Bolívar que el heroico cuerpo, sin rendirse, va llegando a Valencia, a seis leguas de distancia del campo de batalla, hace subir la infantería a la grupa de los caballos, y esta nueva arma, infantes a la grupa, no vista aun en ningún combate, logra dispersar al enemigo, aunque no logra capturar a sus jefes. Las tinieblas de la noche pusieron fin a la persecución. Esa noche fue ocupada Valencia. El brillante ejército expedicionario quedaba destruído.

* * *

Entre las batallas de Boyacá y de Carabobo median menos de dos años, y pasma el ánimo ver cómo en tan cor-

(1) Juan Ignacio de Armas, *La Carga de Carabobo.*

to tiempo y con las malísimas comunicaciones de hace un siglo, Bolívar se multiplica, y corre por todos los ámbitos de Nueva Granada y Venezuela sosteniendo en todas partes los ejércitos patriotas, haciendo fracasar los planes de sus émulos y sacando a luz entre el fragor de los combates su más acariciado ideal, la Gran Colombia.

Organizado en Bogotá el gobierno de las provincias libertadas, va hasta Pamplona para poner jaque en Cúcuta al teniente de Morillo, General Latorre. Vuela, ojalá hubiera podido volar, corre a marchas forzadas a Angostura, donde sus émulos habían logrado sacar de la prisión a Arismendi para ponerlo contra él y al frente del gobierno.

Dos semanas no más se detiene en Angostura y logra que el congreso dicte la ley fundamental que dio vida a la Gran Colombia, su sueño dorado. Viene otra vez a Bogotá a promover en estas provincias la sincera adhesión a la nueva creación de su genio. Vuelve otra vez a Cúcuta y da los primeros pasos para negociar un armisticio.

Poco después lo hallamos en Turbaco, organizando el sitio de Cartagena, y en seguida otra vez en Cúcuta empujando el ejército de Morillo y obligándolo a replegarse más allá de Mérida.

El 25 de noviembre firma en Trujillo el armisticio por seis meses y el humanitario tratado para la regularización de la guerra.

Se entrevista en Santa Ana con Morillo. Deja detalladas instrucciones para que aprovechando la tregua sus ejércitos se consoliden, y corre otra vez a Bogotá porque llegan del sur malas noticias. Manda a Sucre a la campaña de

Quito y él mismo se pone en camino para el Ecuador, pero tiene que devolverse a atender a los enviados de Fernando VII, y despacha a su vez una legación de potencia a potencia al ya desconocido rey de España.

En febrero del año 21 lo vemos otra vez en el norte en medio de la famosa *Guardia* y frente a las posiciones de Latorre, porque Morillo no ha querido esperar a ver el desenlace de aquella campaña y está ya rumbo a los puertos españoles.

El 10 de marzo, dos meses antes de terminar la tregua, Bolívar, impaciente y viendo en magníficas condiciones sus aguerridas tropas, anuncia que a los cuarenta días, conforme estaba previsto en el tratado, se romperán de nuevo las hostilidades. Y el 28 de abril rompe él mismo la marcha con un ataque a fondo, mientras Bermúdez, con una estratégica diversión, emprende su marcha desde el Unare por la costa hacia Caracas, y Urdaneta y Páez, desde Maracaibo y el Apure, respectivamente, empiezan a cerrar aquella tenaza gigantesca que trituró el poder español en Carabobo.

* * *

El hilo de oro del pensamiento de Bolívar en aquellos días fue el de la unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito en una sola, grandiosa república.

Un mes no más se detuvo el Libertador en Bogotá después de la batalla del histórico puente, y se despidió con una proclama en que decía: «Granadinos: la reunión de la

Nueva Granada y Venezuela en una república es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana. Pero este acto tan grande y sublime debe ser libre, y si es posible unánime por vuestra parte. Yo espero, pues, la soberana determinación del congreso para convocar una asamblea nacional, que decida la incorporación de la Nueva Granada. Entonces enviaréis vuestros diputados al congreso general, o formaréis un gobierno granadino».

Al presentarse ante el congreso de Angostura elogia los patrióticos esfuerzos del pueblo granadino diciendo: «Este pueblo generoso ha ofrecido sus bienes y todas sus vidas en aras de la patria, ofrendas tanto más meritorias cuanto que son espontáneas. Si, la unánime determinación de morir libres y de no vivir esclavos, ha dado a la Nueva Granada un derecho a nuestra admiración y respeto. Su anhelo por la reunión de sus provincias a las provincias de Venezuela es también unánime. Los granadinos están íntimamente penetrados de la inmensa ventaja que resulta a uno y otro pueblo de la creación de una nueva república compuesta de estas dos naciones. La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del Sur».

Bajo el nombre de Nueva Granada se comprendía también por entonces la presidencia de Quito Zea, presidente del congreso, en su respuesta al Libertador, fue en este punto más exacto.

«Qué! ¿No logrará él (Bolívar) la unión de los pueblos que ha libertado y sigue libertando? Unión que es de necesidad para las provincias de Venezuela, las de Quito y las que propiamente constituyen la Nueva Granada; de infinito precio para la causa de la independencia; de grandes ventajas para toda América, y de interés general para todos los países industriosos y comerciantes. La importancia en política es proporcionada a las masas, como la atracción en la naturaleza. Si Quito, Santafé y Venezuela se reúnen en una sola república ¿quién podrá calcular el poder y prosperidad correspondiente a tan inmensa masa?»

Cuenta O'Leary que por aquellos días «en Santafé y en todas las provincias del tránsito y desde su llegada a Angostura, Bolívar no perdió ocasión de popularizar este vasto proyecto, que era el asunto favorito de sus conversaciones, en las que se complacía en demostrar las ventajas que de esa unión reportaría la América entera. A sus íntimos amigos decía: el plan en sí mismo es grande y magnífico; pero además de su utilidad deseo verlo realizado, porque nos da la oportunidad de remediar en parte la injusticia que se ha hecho a un grande hombre, a quien de ese modo erigiremos un monumento que justifique nuestra gratitud. Llamando a nuestra república *Colombia* y denominando su capital *Las Casas*, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres, sino a ser considerados bastantemente justos para saber honrar a los amigos y a los bienhechores de la humanidad; Colón y Las Casas

pertenecen a la América. Honrémonos perpetuando sus glorias.» (1)

Buen terreno encontraron las grandiosas ideas del Libertador en aquellos corazones libres de pequeños intereses, inflamados por el entusiasmo de la libertad americana.

El 17 de diciembre es fecha doblemente memorable. En ella se extinguió en Santamarta la vida del Libertador; en ella nació en Angostura, como estrella de primera magnitud, que resultó ¡ay! fugaz estrella, la Gran Colombia de los sueños de Bolívar. Los padres de la patria—nunca como en esta ocasión pudo aplicarse mejor esta denominación a un congreso—los padres de la patria aceptaron la idea de Bolívar de dar a la república el nombre de Colón. Pero en vez de inmortalizar en la capital el nombre del gran defensor de los indios, Las Casas, quisieron honrar al Libertador disponiendo lo siguiente: «Artículo 7o. Una nueva ciudad que llevará el nombre del Libertador Bolívar, será la capital de la República de Colombia. Su plan y situación se determinarán por el primer congreso general, bajo el principio de proporcionarla a las necesidades de los tres departamentos y a la grandeza a que este opulento país está destinado por la naturaleza».

El 3 de mayo estaba de nuevo el Libertador en Bogotá y hallaba que Santander había ya resuelto, en junta de notables, aceptar la unión con Venezuela. El 8 lanza aquella proclama que comienza: «Colombianos! La república de Colombia, proclamada por el congreso general y sancio-

---

(1) *Memorias.* Narración capítulo 26.

nada por los pueblos libres de Cundinamarca y Venezuela, es el sello de vuestra independencia, de vuestra prosperidad, de vuestra gloria nacional. Las potencias extranjeras, al presentaròs constituídos sobre bases sólidas y permanentes de extensión, población y riqueza, os reconocerán independientes, y os respetarán por vuestra consagración a la patria.» Y termina: «¡Cundinamarqueses! Quise ratificarme de si queríais aún ser colombianos; me respondísteis que sí, y os llamo colombianos. ¡Venezolanos !Siempre habeis mostrado el vivo interés de pertenecer a la gran república de Colombia, y ya vuestros votos se han cumplido. La intención de mi vida ha sido una: la formación de la república libre e independiente de Colombia, entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado. ¡Viva el dios de Colombia!»

Después de Carabobo entró el Libertador en Caracas como había entrado en nuestra capital después de Boyacá, y con esta ocasión escribió aquella breve y hermosa proclama que entre otras cosas dice: «Caraqueños: una victoria final ha terminado la guerra de Venezuela. Sólo una plaza fuerte nos queda que rendir. Pero la paz, más gloriosa que la victoria, debe ponernos en posesión de esta plaza y de los corazones de nuestros enemigos. Todo se ha hecho por adquirir la libertad, la gloria y el reposo; y todo lo tendremos en el curso del año. Caraqueños: la unión de Venezuela, Cundinamarca y Quito, ha dado un nuevo realce a vuestra existencia política, y cimentado para siempre vuestra estabilidad. No será Caracas la capital de una república; será sí la capital de un vasto departamento, go-

bernado de un modo digno de su importancia. El vicepresidente de Venezuela goza de las atribuciones que corresponden a un gran magistrado; y en el centro de la república encontrareis una fuente de justicia, siempre derramando la beneficencia por todos los ángulos de la patria.»

Así, las grandes campañas que terminaron en Boyacá y en Carabobo, están enmarcadas por el ideal bolivariano de la Gran Colombia y llenas de aquel espíritu nuevo que del alma del Libertador redundaba en todos los que le rodeaban. Fueron estos dos años, sin duda, los años de oro de Bolívar, en que todo conspiraba a acrecentar su gloria, en que el sol de la libertad nacía por fin sobre su patria y en que armada de punta en blanco, gloriosa y pujante, nacía de su cabeza, como Minerva de la cabeza de Júpiter, su república ideal, la Gran Colombia.

* * *

Al salir de Caracas, y antes de empezar la campaña del Ecuador, descansó Bolívar unos pocos días en su hacienda de San Mateo, llena de los dulces recuerdos de su niñez.

La tarde está serena, el cielo puro, el ambiente perfumado. Una leve brisa refresca las sienes del luchador que, tendido en su hamaca, se queda dormido.

Y sueña. ¿Qué sueña el padre de la Gran Colombia?

Sueña que en Bomboná sus tropas escalan inaccesibles posiciones, pero no pueden conquistar la inflexible fidelidad los pastuosos.

Que en Pichincha reverdecen los laureles de Boyacá y Carabobo, y que Córdoba entra en Quito completando el mapa de la Gran Colombia.

Pero el pueblo está inquieto en Guayaquil. Se oyen gritos de ¡Viva Colombia! ¡Viva el Perú! ¡Viva Guayaquil independiente! Una proclama suya, y el tricolor colombiano flota sobre las muchedumbres hace un momento amotinadas, y ahora entusiasmadas con el Libertador.

Una inesperada visita. El general San Martín, que ostenta orgulloso el título de Protector del Perú.

Una conferencia secreta. El espejismo de un trono. Bolívar hace un gesto de disgusto y casi despierta como de una pesadilla. Pero sigue soñando: su bella Colombia le sonríe, cubierta de gloria. Un momento de alarma. Su vista penetrante otea por el sur a 800 leguas de distancia y su respiración es angustiosa, porque el ejército de Alvarado es derrotado y deshecho por los realistas en Moquegua. Vuelve al norte su mirada y alcanza a ver, a otras 800 leguas de distancia, que Morales invade de nuevo a Venezuela. ¿A dónde acudir primero? Del Perú llega un grito de auxilio y se embarcan 4.000 colombianos, la flor de los vencedores de Pinchincha. Quito ha quedado desguarnecida. Agualongo se levanta en Pasto y con 1.500 pastusos viene sobre Quito. Con un puñado de convalecientes sale a su encuentro Bolívar en persona y con astucia y audacia logra dispersarlos. Una tras otra embajada viene del Perú, pidiendo a Bolívar que vaya a libertarlo. Se demora el permiso del congreso, pero al fin llega, y una hora después Bolívar a bordo del bergantín *Chimborazo* hace rumbo al Callao.

¡Pativilca! La más completa desorganización en el Perú. La traición de Moyano entrega a los realistas el inexpugnable fuerte de El Callao. Presidente y congreso se combaten en Trujillo. El presidente Riva Agüero disuelve el congreso por la fuerza.

Otro presidente en Lima. Torre Tagle. Pero se pasa a los realistas con el vicepresidente, el ministro de guerra, los más altos funcionarios y 337 oficiales. El ejército realista es fuerte, bien equipado, domina las más ricas provincias. Bolívar está enfermo, abandonado de todos. Sin recursos. Un amigo se le acerca. ¿Y qué piensa hacer ahora, mi general? ¡Triunfar! Contesta Bolívar sin despertar de su sueño. Y como salido de la nada desfila un bello ejército: Sucre, Córdoba, La Mar, Jacinto Lara, Santa Cruz, Necochea, Pedro Alcántara Herrán.

El campo de Junín. Avanza la caballería patriota. La realista sale al paso. Pero ¿quién resistió nunca a los lanceros de Colombia? Combate legendario. No se oye un tiro: brillan las lanzas; chocan las espadas y recorren el campo caballos sin jinete.

La oscuridad es cada vez menor. Asoman en el cielo suaves tintes como de una aurora austral e iluminan otro campo de batalla: ¡Ayacucho! ¡Paso de vencedores! ¡Victoria! Se desplomó el poderío español en América y el ángel de la gloria ciñe con corona de laurel la frente de Bolívar.

Y sigue soñando: la cumbre del Potosí. Digno pedestal para el genio de la libertad. Los Andes reverberan a su

vista y es porque salen chispas dondequiera que dejaron huella sus legiones.

De toda América los ojos de los próceres y las aclamaciones de las multitudes se vuelven hacia él. Méjico le admira. Colombia le ama. Perú le aclama. El Alto Perú adopta el nombre de Bolivia. Chile agradecido le rinde acatamiento. Las Provincias Unidas del Río de la Plata le mandan embajadas.

El Imperio del Brasil le teme. Le ofrece Buenos Aires el protectorado de América. En Europa y Estados Unidos se repite con admiración el nombre de Bolívar. Ha llegado al apogeo de su gloria··· y va a declinar su estrella.

Una nubecilla de tormenta se levanta en el horizonte de Colombia: discordia, envidia, guerra civil, desenfrenada demagogia y el puñal de Bruto levantado contra César. El horizonte todo se ha encapotado con oscuras nubes. La Gran Colombia ya no existe, y un inválido envejecido prematuramente, pobre, humillado, desterrado de su patria, se deja caer desfallecido en un sillón en la hacienda de San Pedro Alejandrino murmurando: «Aré en el mar y edifiqué en el viento».

Es él, y va a morir.

¿Morir? Bolívar sigue soñando. Seis repúblicas que lo aclaman su libertador y padre. Estatuas en todas las capitales, y no sólo en su América. También en Wáshington, París, Berlín y Roma. ¡Y también en Madrid! Sus hazañas, repetidas con admiración y cariño por todos los niños del continente americano. Su memoria, entronizada en todos los corazones de América libre, y su nombre, escrito en el

templo de la gloria entre los pocos genios que pueden llamarse plasmadores de naciones y creadores de pueblos.

¿Sueña o está despierto Bolívar?

• • •

Desde su estatua ecuestre, modelada por Frémiet, parece despertar del largo sueño secular que ha oprimido sus párpados, y dirigiendo su vista para escrutar el horizonte encuentra a su América en pie, madre fecunda de pueblos. Nó. No aró en el mar ni edificó en el viento.

Grandes, prósperas y respetadas encuentra a sus hijas. Colombia: cuatro naciones que se entienden mejor cada día y acabarán por darse un estrecho abrazo indisoluble. ocupan el espacio que él había creído capaz de formar una sola nación. Venezuela, caballerosa y rica; Colombia, trabajadora y fecunda. Ecuador, industriosa y leal, y el Istmo, que es el centro geográfico del mundo.

Perú, agitado hoy todavía por inquietos caudillos, parece por un momento ceder a tentaciones de conquista. Pero reacciona el pueblo sano, el que nació a la sombra de los laureles de Junín y de Ayacucho; depone las armas fratricidas, y renuncia a la guerra como medio de resolver sus cuestiones internacionales.

Bolivia ¡ay! anegada en sangre y devastada por una guerra cruel y aun con las armas en la mano! Y no en una guerra en que tu genio pueda conducirla a la victoria, porque tu espada no se forjó para combatir a las nuevas repúblicas que brotaron en América del viejo tronco hispano.

¡Ah! Si despertaras hoy de veras del sueño de la tumba, y desde el Potosí, extendiendo tu mirada por todos los ámbitos de la América libre, llamaras con tu voz potente a esos pueblos a la paz y convocaras todas las naciones latinas de América a aquel Congreso general que sirviera, como tú lo dijiste, «de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados públicos y de conciliador en las diferencias que no pueden dejar de surgir entre pueblos hermanos».

Bolívar, tu obra de libertad ha resistido el oleaje de los tiempos. Tu América es hoy oída y respetada en los consejos de las naciones. Seis florecientes repúblicas te aclaman por padre y fundador y tu pedestal es el más alto de este continente.

Pero aun está lejos de realizarse tu ideal de confederación americana.

Quiera el cielo, que te dio a ti visión profética para prever la grandeza a que estaba llamada nuestra América, despertar en nuestros pueblos tu espíritu magnánimo, para que todos pensemos, no con criterio mezquino y regional, sino con ese espíritu tuyo tan vasto y tan abierto, y ensanchemos el corazón para que quepan en él holgadamente, como en el tuyo propio, todos los pueblos a los cuales un continente, una raza, una religión y una lengua común han preparado para unos mismos gloriosos destinos.

Y antes de terminar, permitidme, señor Presidente, señores miembros de la Sociedad Bolivariana de Colombia, que os felicite porque entre vosotros sí vive y alienta el

amplio y vigoroso espíritu de nuestro Libertador; y que os dé las más sentidas gracias porque me habéis llamado a vuestro lado a aquilatar mi entusiasmo con el vuéstro, y a permitirme colaborar con vosotros por la realización de los ideales de Bolívar.

SAN JUAN BOSCO SOCIOLOGO

En el acto solemne que organizaron los RR. PP. Salesianos en el salón de actos de la Universidad Javeriana el 25 de junio, para cerrar los festejos de la canonización de San Juan Bosco, el R. P. Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Jurídicas leyó el siguiente discurso.

Excelentísimo señor Nuncio de Su Santidad. Excelentísimos señores, señoras, señores

Tocóle vivir a San Juan Bosco en una epoca tormentosa. Los tronos se bamboleaban al empuje de la revolución. Las logias cundían por toda Italia. Los reyes se conjuraban para despojar a la Iglesia de su señorío doce veces secular. Si alguna vez pudo parecer justificado el que los eclesiásticos, dejando la penumbra del samtuario, bajaran a la arena de las luchas políticas, fue entonces. Y, sin embargo, Don Bosco, adelantándose con mirada genial a lo que

hoy el romano pontífice ha ordenado al clero de todas las naciones, impuso a sí y a los suyos como norma el más completo alejamiento de toda política.

¿Qué nos va, decía, a nosotros los sacerdotes del Altísimo, en los intereses temporales? ¿Por qué la iglesia ha de hacer causa común con el absolutismo? En lo religioso estoy con el Papa. En la política estoy fuera de toda política. Ese fue su santo y seña, y gracias a esa prudente actitud pudo conservar a un tiempo el paternal cariño de Pío IX, y el aprecio sincero de Víctor Manuel II y de Cavour. Gracias a ese alejamiento de lo temporal pudo en la misma corte piamontesa, en aquellos mismos años en que el *Re galantuomo* tramaba y llevaba a cabo el más inicuo despojo contra el indefenso Pontífice, pudo, digo, trabajar tan eficazmente por los niños desvalidos. Gracias a esa completa abstención de la política pudo en gravísimas circunstancias, cuando ya Pío IX era un prisionero del usurpador, mediar entre el león y el cordero en beneficio de las almas.

Una nueva transformación, no ya política sino social, se lleva a cabo hoy en todo el mundo. Ante el fracaso completo del sistema capitalista, los pueblos se levantan a una contra el individualismo irritante, contra el capitalismo voraz, y reclaman un orden de cosas más conforme con la dignidad humana. Puede haber aún altibajos y oscilaciones en este camino, pero ¿quién podrá contener la gran masa de la humanidad que busca su cauce?

Tampoco ahora la iglesia de Cristo tiene por qué hacer causa común con el capitalismo. Es cierto que de bue-

na gana los capitalistas quisieran traerle a su campo y enviarla a predicar resignación y paz al campo del proletariado. Nunca lo conseguirán. «Mi reino, dijo el Señor, no es de este mundo». Pero si en este mundo hubiera querido arraigar nuestro Salvador Jesucristo, no estaba su puesto entre los potentados de Roma que, explotando el mundo entonces conocido y esclavizando a sus semejantes vivían en el lujo y la disolución, sino entre los pobres pescadores del mar de Galilea, entre los humildes obreros de Nazaret, que ganaban el pan con el sudor de su frente.

La iglesia no puede ser instrumento de los ricos para oprimir a los pobres, ni instrumento de los pobres para vengarse de los ricos. La iglesia ama a unos y a otros porque unos y otros tienen un alma que salvar. A unos y a otros predica sus deberes. Mas, sin embargo, al rico, porque el que mucho recibe, dice el Evangelio, tiene que responder por mucho; porque el rico es administrador de los bienes que el Señor ha puesto en sus manos, no para satisfacción de su egoísmo, sino para bien de sus hermanos; más al rico, porque al paso que el pobre oyó de Cristo: bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos, al rico le fue dicho que más fácilmente entra un camello por el ojo de una aguja que un rico por las puertas de la gloria.

En los momentos en que esta transformación de la humanidad estaba a punto de cambiar la paz de las naciones, envió al mundo la Providencia divina a un pastorcito que había de encarnar el espíritu cristiano, el espíritu ca-

tólico en esta gran lucha que va a llenar el siglo XX, como la lucha contra el absolutismo llenó el siglo XIX.

He aquí que llega la hora de los humildes; he aquí que la vida social y la vida civil cobra un nuevo sentido: no es el bienestar de los ricos a costa del trabajo de los pobres, sino el bienestar de todos gracias al trabajo de todos. El que no trabaja, dijo ya en su tiempo San Pablo, que no coma!

Y por eso el apóstol de los nuevos tiempos debía ser en primer lugar un modelo de laboriosidad. Debía mostrar a los hijos más humildes del pueblo cómo con tesón y constancia podían mejorar su situación, elevar su nivel social y llegar a alternar dignamente con los príncipes.

Pero mirad qué diferencia: mientras los seudo-apóstoles del proletariado siembran el odio y la envidia y quisieran arrasar las cumbres de la humanidad, para que todos participen de la ignorancia y de la miseria común, Juan Bosco no siente jamás en su alma ni la torva envidia ni el estéril odio, sino al contrario, quiere subir él hasta las cumbres más altas de la sociedad, para desde allí ayudar eficazmente a mejorar la suerte de su pueblo.

No creáis que es empresa fácil coronar una carrera cuando no hay recursos. Preguntádselo al estudiante que vive en una bohardilla; que sabe de toda clase de necesidades y de humillaciones; que muchos días no tiene un pan que llevar a la boca; que tiene que hacerse leer de un buen amigo las lecciones porque no ha podido conseguir libros ni apuntes; que ve con terror deshilacharse su modesta ropa y atenuarse las suelas de sus zapatos, porque nuevo cal-

zado y nueva ropa son para él problemas insolubles.

No importa, queridos estudiantes; esa es la mejor escuela, la universidad de la pobreza. *Sic itur ad astra.* Ese es el camino de los más altos ideales. Por ahí han transitado casi todos los grandes bienhechores de la humanidad. Por ahí pasó Jesucristo, por ahí en pos de él pasó Don Bosco y, más tarde, tuvo millones para repartir a manos llenas.

Ocho años tiene Juan Bosco, el *Boschetto*, como le llaman, y no sabe leer todavía. Su casa dista una legua del pueblo más cercano, y su hermano mayor, Antonio, dice que no quiere letrados en la familia; que aprenda a trabajar y no a servir de carga a los suyos. ¡Cuántos Antonios de éstos hay en nuestros campos todavía!

Pues bien, sí; Juan trabaja tres estaciones del año; pero en el invierno no hay qué hacer, y entonces, por entre la nieve y el fango, con lluvia y tiritando de frío, va todos los días al vecino pueblo de Capriglio y no se avergüenza, muchacho de nueve años, de sentarse entre los más pequeños para aprender las letras. Tres años de interrupción. A los 12 logra que le enseñe latín Don Calosso, párroco de Murialdo, pero sólo por las mañanas. Por las tardes tiene que volver a su casa a trabajar. Hasta que un día Antonio salió de sí y resolvió acabar con lo que él llamaba la holgazanería de Juan.

«Ya estoy harto de ti, le dijo, y a fe que voy a acabar de una vez con tus gramáticas. ¿No me ves alto y grueso? ¿Qué falta me han hecho los libros?»

«Dominado yo en aquellos momentos por la aflicción

y el enojo», escribía años adelante San Juan Bosco. «contesté lo que no hubiera debido contestar: Hablas mal —le dijo— ¿no sabes que nuestro borrico está más gordo que tú y nunca fue a la escuela? ¿Quieres compararte a él? Esas palabras enfurecieron a Antonio, y gracias a que las piernas me servían bastante bien, pude escapar de un chubasco de mojicones y puñadas».

La vida así era imposible. Juan tuvo que salir de su hogar y colocarse de jornalero en cualquier parte. Ganaba la alimentación y 15 liras, no al mes, sino al año.

Quince años tenía Juan cuando, dividida la herencia de su padre y apartado Antonio del hogar, pudo continuar sus estudios en la escuela. Cuatro leguas de camino, entre ir y venir, cada día. Buscóle por fin su madre un alojamiento en Castelnuovo y ofreció pagar con vino y otros productos de la tierra, porque dinero no se veía en la granja de la pobre viuda. Iba ella todas las semanas a ver a su hijito y le llevaba el pan que necesitaba para siete días.

Al año siguiente lo encontramos en Chieri, sirviendo como criado para poder seguir en la escuela sus estudios.

Al siguiente en Castelnuovo, cuidando el caballo del párroco a cambio de las clases que de él recibía.

Más tarde otra vez en Chieri de mozo de café. Servía a los parroquianos, vigilaba los billares, ayudaba en la repostería y dormía en un hueco que quedaba sobre un pequeño horno, al cual se subía por una escalera de mano. ¿No es verdad que es heroico el estudio en estas condiciones?

A los 20 años termina Juan lo que llamaríamos hoy

la segunda enseñanza. Ha tenido que trabajar constantemente para sostenerse. Ha aprendido diversos oficios, porque ha estado en pensión con varios artesanos. La Providencia quiso que el fundador de los talleres salesianos supiera por propia experiencia lo que es ser confitero, zapatero, sastre, encuadernador, herrero, carpintero. Había sido también pastor, viñador, labriego, caballerizo, músico: toda la gama de las ocupaciones del obrero; y en sus ratos de ocio, desde su primera infancia cultivó con éxito el arte de los volatineros y de los ilusionistas. En cualquiera de estos oficios hubiera hecho fortuna Juan Bosco, porque en todos dio muestras de singular habilidad. Pero atraído por el estudio irresistiblemente, tenía 20 años y no tenía un céntimo.

* * *

Recibido gratuitamente en el seminario de Turín, tuvo que acudir a la caridad pública para conseguir vestidos y libros. «El señor Sartois, nos dice su vida, le procuró la sotana; el caballero Pescarmona el sombrero; don Cinzano le dio su manteo; otro le compró el alzacuello y el bonete; otro las medias; una buena señora los zapatos.»

Así empezó la carrera eclesiástica el que había de ser la providencia de miles y miles de estudiantes pobres.

Su amor al trabajo, su infatigable actividad lo acompañó toda la vida.

Pasemos de un salto muchos años y veámoslo en su campo de operaciones en el oratorio de Valdocco. 500 niños

internos y más de 1.000 externos dependen de él. El mismo ha enseñado muchos años los diversos oficios de que le hemos visto tan habilidoso. Ahora tiene que buscar día por día alimento, medicinas y vestidos para su familia, que casi recuerda la de Abraham, numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Tiene que organizar clases para los estudiantes, talleres para los obreros, catecismos y juegos para los que sólo pueden asistir al oratorio los domingos. Al mismo tiempo atiende a la formación espiritual de sus clérigos los primeros salesianos y a sus estudios eclesiásticos. Está levantando un templo a María Auxiliadora, que aún hoy día es la mayor y más rica entre las 400 iglesias que tienen los salesianos en el mundo. Toda esa turba de chiquillos se confiesa con él porque le tienen tal cariño y tal confianza que, aunque hay otros confesores, prefieren esperar horas y horas de día o de noche hasta que les llegue el turno en el confesionario de Don Bosco. Noche hubo que a las dos de la mañana la cabeza del confesor cayó rendida por el sueño, cogiendo el brazo del penitente contra el respaldo de la silla. Más de una hora resistió el muchacho el dulce peso por no despertar a su buen padre; pero al otro día el brazo hinchado y negro daba testimonio del amor de aquellos pilluelos y de la fatiga de su protector.

Y al día siguiente, misa, oración, sermón, confesiones, clases, talleres, obras, correspondencia, cuentas, y como su fama se iba extendiendo por el mundo no pasaba día en que no viniesen en su busca nobles y plebeyos de Turín, de toda Italia y aun de todo el mundo. ¿Cómo resistía Don Bosco tan asiduo trabajo un día y otro día, un año y otro año?

Pero lo más extraño es que aun hallaba tiempo, o lo robaba al descanso, para sostener una publicación mensual, las *Lecturas Católicas*, y para componer obras serias como la Historia de la Iglesia y la Historia de Italia, opúsculos de polémica contra los enemigos de la Iglesia, y juguetes escénicos para su *biricchini*. Ciento treinta obras suyas enumeran sus biógrafos.

El día parecía elástico en manos de Don Bosco y la noche se reducía a cinco horas de descanso. Y esta laboriosidad dejó en erencia a sus hijos. Cuando, después de su muerte, su Congregación Salesiana quiso definir en qué consistía el espíritu salesiano que Don Bosco exigía en el novicio para poder ser admitido a los votos, por unanimidad se definió que era: *La actividad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios.*

Hé aquí el principio de la sociología de Don Bosco. El factor humano es para él el más valioso entre todos los elementos del bienestar colectivo. Y el factor humano multiplicado por la ociosidad, que es cero, se anula y anula a los demás factores: multiplicado por el trabajo da valor a cuanto toca, trabajo espiritual, trabajo mental, trabajo manual; y guerra a la ociosidad, madre de todos los vicios. «Los institutos salesianos, escribió César Lombroso, representan un esfuerzo colosal, especialmente organizado para prevenir el delito.»

El día en que una nación fuera una colmena humana, como lo es cualquier casa de los salesianos, en que todos, chicos y grandes, directores y obreros estudian, oran, trabajan y en los ratos de descanso que la naturaleza exige culti-

van los deportes, la música y el teatro, no el inmoral que rebaja sino el noble y sano que eleva y fortalece el alma, ese día la sociedad estaría muy cerca del ideal a que la destinan los planes de la providencia.

En el don de oración y en la actividad muchos santos ha habido semejantes a Juan Bosco. Otro rasgo hay enteramente característico de nuestro Santo, y precisamente un rasgo que lo coloca en primera fila entre los sociólogos cristianos. No os escandalicéis, y oídlo: el aprecio del dinero. Un despreciador del dinero podrá ser un gran santo, pero no un sociólogo. No estoy de acuerdo con Papini en que el dinero sea el estiércol del demonio que tiene apestado al mundo. El dinero es un genial invento de la industria humana, enteramente indispensable para sostener en su ser la sociedad y más aún para levantarla más al ideal. Una nación sin dinero es una nación infeliz. Una asociación sin dinero está condenada a muerte. Una familia sin dinero es una familia desgraciada. Un hombre sin dinero es una carga para la sociedad. De ahí el empeño de Don Bosco por que todos sus muchachos aprendieran una profesión o un oficio para ganarse honradamente la vida.

Pero, a pesar de todo, siempre queda el dinero mal repartido. Hay en ciertas bolsas congestión de dinero y sus dueños padecen de hidropesía. Hay en otras vacío perfecto y sus dueños mueren de inanición. Muchos medios se han inventado para pasar el exceso de la bolsa llena a la bolsa vacía. Pero con el pequeño inconveniente de dejar maltrecho el séptimo de los mandamientos de la ley de Dios

por hacerse la operación en la bolsa pletórica contra la voluntad de su dueño.

Don Bosco ha sido uno de los cirujanos más hábiles en hacer esta operación, con perfecta satisfacción de entrambas partes.

Pero antes de seguir adelante es menester que aclaremos que aunque don Bosco no dejaba piedra por mover para conseguir dinero, no lo buscaba para sí, antes personalmente fue uno de los hombres más desinteresados que hayan existido.

«Examinad a don Bosco, dice el gran literato convertido Joergensen, buscad a ese sol alguna leve mancha de egoísmo. No la encontrareis.»

Cuando niño, daba funciones de prestidigitación y volatines, y en vez de exigir a los espectadores donativo alguno, les hacía rezar algunas oraciones. Uno de sus primeros maestros, don Calosso, murió casi de repente, con claras señales de que quería dejar al niño Juan cierto dinerillo que había ahorrado. Los herederos se lo quisieron dar, él no lo quiso recibir.

Tuvo una vez una apuesta con un ágil volatinero que perturbaba las funciones religiosas; lo superó en todas las pruebas, con aplauso de todo el pueblo, y lo dejó sin banca, ganándole 100 liras. Pues se las devolvió generosamente exigiéndole sólo un almuerzo para sus compañeros del célebre club de la alegría.

Cuando después de años de andar de aquí para allá con su oratorio festivo alquiló la casa de Pinardi, resolvió traer a ella a su madre y fue él mismo a exigirle este sacrificio.

Acababa de comprometerse a pagar 300 liras al mes, y no tuvo 10 liras para pagar en un coche, o siquiera en un carro, un puesto para él o para su madre. A pie llegaron al caer de la tarde a Turín, cargando él con sus libros, al brazo ella el canasto con sus pobres enseres.

Poquísimos hombres que hayan manejado tantos millones como Don Bosco; pocos hay que hayan gastado tan poco en su persona. Su comida fue siempre la que había sido cuando era pastor en la alquería. Sus vestidos pobrísimos, prestados a veces cuando quería parecer ante el Papa o los grandes señores con alguna más decencia. Sus muebles toscos y sencillos le sirvieron 40 años. He visitado muchas casas de nuestros barrios más pobres, y os puedo decir que hay muchos de nuestros humildes obreros que tienen una pieza y una cama mucho mejor que la humilde celda y el pobre lecho en que murió Don Bosco.

Un día en que al pasar un arroyo cayó al agua, no tuvo sotana para mudarse, ni sus hermanos tenían más que la puesta, y hubo de meterse en la cama. No, Don Bosco nunca sintió su corazón apegado a las cosas de la tierra. Con razón el lema de su vida y de su congregación fueron aquellas palabras: *Da mihi animas, cetera tolle tibi.* Déjame las almas. Lo demás puedes llevártelo.

Ved pues que si Don Bosco apreciaba el dinero no lo quería para sí. Lo quería y lo buscaba porque en cada moneda de oro veía los panes con que podía saciar el hambre de sus *birichini*, los metros de tela con que podía cubrir su desnudez, las herramientas con que podía enseñarles un oficio, los libros con que podía abrirles las puertas de la cien-

cia los ladrillos para dormitorios, clases y talleres, las piedras para el templo donde tantas almas encontrarían el camino del cielo.

Por otra parte, tenía compasión de los ricos, porque sabía que con las alforjas tan llenas no podrían entrar en el reino de los cielos. Por eso hacía una doble obra de misericordia cuando aligeraba la alforja de los ricos para atender a las necesidades de los pobres.

Partía de este principio que repetía constantemente y que está clarísimo en el Evangelio y en los Santos Padres:

«Dar lo superfluo a los pobres no es de consejo sino de precepto.» «El Salvador, añadía, habló en tono imperativo.»

Otras veces exclamaba: «Con cuanto rigor pedirá Dios cuenta a los ricos de los bienes que les ha dado para socorrer a los pobres.»

O bien: «Qué cuenta darán a Dios los que derrochan el dinero en vez de hacer limosnas.» O finalmente: «Cuando se os ofrezca ocasión de hacer el bien no digais nunca: esto no me corresponde a mí. Así hablaba Caín.»

Consciente pues de que hacía un favor a los ricos al ayudarles a cumplir el precepto del Salvador, se presentaba ante ellos con la mayor libertad, les exponía sencillamente sus necesidades, y muy pocas veces salía con las manos vacías.

No sé qué es más admirable en Don Bosco, si haber conquistado el alma de los pobres o haberse ganado el corazón de los ricos. Porque a Don Bosco no le temían éstos, antes lo buscaban muchas veces para darle grandes donativos.

En cierta ciudad, donde los salesianos levantaban una iglesia, vi en la puerta de la obra una imagen de María Auxiliadora con este letrero: *Dame limosnas para mi templo y te daré gracias*. Os confieso, señores, que me causó cierta sorpresa el cartel y que en mi interior casi reprochaba a la Virgen María por no sé qué matiz de simonía que se me antojaba encontrar en sus palabras. Cuando leí la vida de San Juan Bosco se me quitó por completo la mala impresión. ¿Qué le vamos a hacer? La Virgen es muy dueña de poner condiciones para hacer ciertos favores, y cuando encuentra un rico con la caja bien provista que le pide un milagro, la Virgen le dice: Cúmple primero tu obligación, aligerando la bolsa, y entonces hablaremos.

El 16 de noviembre de 1866 tenía que pagar Don Bosco 4.000 liras. En la caja no había un céntimo. Pero pocos días antes un sacerdote, que tenía un brazo gangrenado, había escrito a Don Bosco suplicándole que le encomendara a María Auxiliadora. Don Bosco le contestó con gracia: Así lo haré; y si se cura, mande un ladrillo para la iglesia.

He aquí que llega de la estación una encomienda. La manda el agradecido sacerdote. Pesa mucho. Expectativa general. La abren. Un ladrillo. El dinero está dentro, dice alguno. Rompen el ladrillo, lo pulverizan, ni un céntimo. Y hay que pagar 4,000 liras. Sale Don Rúa con otros compañeros. Visitan a varios bienhechores y vuelven con mil liras. Entonces Don Bosco coge su sombrero y se echa a la calle sin rumbo fijo. En Porta Nuova se encuentra de manos a boca con un criado de un gran señor que lo busca:

—Don Bosco, mi señor lo necesita. Está muy enfermo.

Es muy rico, pero es un poco desconfiado. Cúrelo, Don Bosco, y verá cómo le ayuda para su iglesia

—Vamos allá. Y por el camino va diciendo Don Bosco a la Virgen: He hecho tu voluntad tantas veces, si tú hicieras hoy la mía....

Entra con la seguridad de que la Virgen está de su parte.

—Reverendo padre, tenéis que conseguirme la salud

—¿Hace mucho que estáis enfermo?

—Tres años hace ya que no me muevo de esta cama Si me alcanzais algún alivio os ayudaré en vuestras obras.

—Nada más oportuno. Precisamente estoy debiendo 3,000 liras.

—¡Demasiado! Entonces no tratemos de eso. Hablemos de otra cosa.

—¿Y mi curación?

—Os indico el medio para conseguirla y no lo aceptais

—¿Pero 3,000 liras?

—Yo no insisto

—Obtenedme alguna mejoría y contad con que a fines del año no os olvidaré.

—Pero si esa suma la necesito esta misma tarde

—¿Esta tarde? Yo tendría que ir al Banco, vender unas cédulas.

—¿Y por qué no ir?

—¿Os chanceáis? Tres años hace que no me muevo de la cama.

—¡Ea! Para María Auxiliadora nada es imposible Probad a levantaros.

El enfermo se levanta, se siente bien, y mientras preparan el coche, come con apetito. Momentos después Don Bosco entra con las 3,000 liras en su casa.

El Comendador Cotta, rico banquero de Turín, ha sido uno de los más generosos bienhechores del santo. Gravemente enfermo lo llama y le dice:

—Adiós, Don Bosco, no nos veremos más; de hoy no paso.

—¿Por qué no? María Auxiliadora os necesita. Quiere que nos ayudéis en la construcción de su iglesia.

—Pero los médicos ya no me dan esperanza alguna.

—¿Y qué harías si la Virgen os sanara?

—Daría 12,000 liras para la obra.

—Convenido. Voy a poner mis niños en oración. A los tres días anuncian a Don Bosco una visita. Es el Comendador perfectamente sano que viene a cumplir su promesa.

Lo admirable en Don Bosco es ver cómo para sus negocios dispone de fuerzas que no están al alcance de los demás hombres.

Iba a fundar el segundo oratorio festivo con el nombre de San Luis. La dueña del terreno, Sra. Vaglienti, pide por él como quien le pide a Dios. Don Bosco no puede pagar esa suma, y empieza a persuadirla que ponga un precio más razonable. Todo en vano. De repente se desata una tempestad y un rayo viene a caer en la casa de la vendedora reacia, conmoviéndola toda. La buena señora, temblorosa, se arroja a los pies de Don Bosco y le dice: libradme de este peligro y os concederé lo que queráis.—Yo rogaré a Dios, responde Don Bosco, que os libre de rayos ahora y siempre.

El cielo despejóse de repente y la señora Vaglienti cumplió su palabra.

¡Cuántas veces recibió de improviso la suma precisa que necesitaba!

He ahí un acreedor que viene furioso porque le deben 30,000 liras y no puede esperar más. Don Rúa trata de calmarlo y lo hace sentar a esperar su turno para hablar con Don Bosco. Pero apenas éste se ha sentado cuando otro personaje, más imperioso aún, se presenta exigiendo hablar con Don Bosco, sin demora. Sale Don Bosco a despedir una visita y el novel visitante lo aborda sin ceremonias.

—Tengo que hablaros con urgencia.

—¿Podeis esperar a que pasen éstos? ¿O permiten ustedes que éste pase adelante?

Ya están solos en el aposento del santo.

Sentaos. ¿qué queréis?

—No, gracias, estoy de prisa; sólo tengo que entregaros este paquete para vuestras obras; rogad por mí, y adiós. El rápido huésped se va, Don Bosco viene también en su ayuda. Hay casos encantadores. Ved una rica señora que al despedirse se postró de rodillas y ruega a Don Bosco que le dé un autógrafo para guardarlo de reliquia. Don Bosco se niega, ella insiste. Entonces Don Bosco sé sienta y escribe: Recibí de la señora Fulana de tal 2,000 liras para mis birichini.

El autógrafo hizo inmediatamente su efecto.

¿Qué extraño que tuviera Don Bosco tan ciega confianza en la divina Providencia?

Firmó el contrato de compra de la casa de Pinardi por 30,000 francos y tenía en caja 8 sueldos.

Al emprender la construcción del templo de María Auxiliadora llamó al arquitecto y le dijo: Voy a darle lo que tengo. Lo demás lo dará ella. Le vació el portamonedas en la mano: 40 céntimos.

Va a fundar en Niza la primera casa salesiana de Francia. Busca un cómodo local, pero vale 90,000 francos. El abogado le expone que sería mejor contentarse con otro más modesto, pues no hay fondo para nada. Don Bosco le responde: No tenga usted cuidado. Sobrarán 12,000 francos. Y así fue: a los pocos días se había pagado la casa y había sobrantes 12,000 en caja.

Hizo pues don Bosco a maravilla su oficio de banquero de la Providencia, y dejó perfectamente asentado este segundo principio de sociología católica. Lo superfluo de los ricos debe pasar de buen grado a cubrir lo necesario de los pobres.

Pero ni el trabajo ni el dinero por sí solos pueden regenerar la sociedad. La fórmula que el Hijo de Dios trajo a la tierra para convertirla en antesala del cielo es ésta: ¡Caridad! Amaos los unos a los otros como yo os he amado. Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis los unos a los otros.

A medida que la sociedad se aparta de Cristo y se deja invadir por el laicismo, va mostrando más recelo por la santa caridad.

—No queremos caridad, sino pura justicia. La caridad

nos desagrada, dicen las turbas envenenadas por el materialismo marxista.

La justicia no nos exige más, dice el capitalista de duras entrañas.

Nuestro programa es la lucha de clases, dicen los proletarios socialistas.

—Y nosotros rechazaremos con violencia la violencia, exclaman los orgullosos propietarios.

Y unos y otros, olvidados de Cristo, quisieran desterrar del mundo la suave caridad, el dulce amor que hace que no nos miremos como enemigos sino como hermanos, y que podamos todos levantar los ojos al cielo para invocar a nuestro Padre común.

Muy bien que como base de todo orden social se ponga la justicia. Pero llenados los deberes que ella impone nos queda aún mucho que hacer, nos queda por delante el campo inmenso de la caridad que es el amor. La justicia puede cumplirse con frialdad y aun con odio y rencor; la caridad acorta las distancias, deshace los prejuicios, desarma el egoísmo y, lejos de humillar eleva y dignifica, porque se funda en que todos somos iguales por ser hijos de un mismo Padre celestial.

Quitad por un momento la caridad del mundo y habréis quitado a los niños huérfanos y desamparados el calor de una segunda madre que, como un ángel de blancos hábitos, se inclina para levantarlos del arroyo; habréis quitado al enfermo la dulce mirada y los tiernos cuidados de la Hermana de Caridad; habréis quitado al leproso la abnegada compañía de los hijos e hijas de Don Bosco; habréis

quitado al anciano desvalido el báculo y providencia de su vejez, que es la Hermanita de los pobres; habréis quitado a tantos niños ignorantes su única escuela que es la de los humildes religiosos; habréis quitado al herido en los campos de batalla los últimos auxilios del capellán y los abnegados servicios de la enfermera que sobre sus tocas blancas ostenta el signo de la Cruz; habréis quitado a los pobres que pasan hambre y vergüenza en fétidos tugurios la anhelada visita de las damas católicas o de los socios de san Vicente de Paúl; habréis quitado al triste prisionero el consuelo desinteresado que le lleva el congregante mariano, y al que gime en más triste cautiverio, porque está sentado en las sombras de la muerte, la luz y la alegría que lleva el misionero. Quitad la caridad y habréis suprimido 400.000 cooperadores salesianos y 1.430 fundaciones de la obra de San Bosco, donde tantos religiosos y tantas Hijas de María Auxiliadora dedican todas sus fuerzas y todos sus talentos y todo su corazón a elevar y dignificar a los hijos de los pobres, dar de comer al hambriento, consolar al triste y enseñar al que no sabe.

Quitad del mundo la caridad, y habréis borrado de los anales de la humanidad la vida y obras de Don Bosco, porque don Bosco, pobre como era él mismo, nada debía a los pobres de justicia. Cuanto hizo por ellos fue fruto de su caridad.

• • •

Aquí tenéis pues la sociología de Don Bosco resumida

en tres palabras. Trabajo infatigable; reparto mejor de la riqueza, y heroica caridad

En la transformación de la sociedad que está presenciando el siglo XX la fórmula de Don Bosco, practicada por tantos cooperadores y por las congregaciones salesianas, es la única eficaz, la única que se opondrá victoriosamente a los males de la ociosidad, a los peligros del capital mal repartido y a los odios que como ciclón devastador trata de desatar en la sociedad moderna la doctrina materialista e impía de la lucha de clases.

Saludemos pues, en este nuevo astro de la Iglesia, San Juan Bosco, a uno de los primeros, tal vez el más genial sociólogo de la edad moderna.

He dicho.

LOS FRUTOS DE LA CIENCIA

(Discurso pronunciado por el R. P. Félix Restrepo, S. J. en la solemne distribución de premios el día 21 de noviembre de 1915, en el Colegio de «San Pedro Claver», Bucaramanga.)

Señoras, señores, queridos alumnos:

He aquí presente la anhelada hora a cuya sola idea han palpitado tantas veces el solícito corazón de los padres, que esperan hoy ver sobre el pecho de sus hijos las primeras insignias de la virtud y del talento, y los corazones generosos de los jóvenes, que van a ver reconocidos y premiados sus esfuerzos ante un público brillante y en medio del esplendor que a esta sesión, corona del año escolar, prestan siempre las artes a porfía.

El soldado que en un momento de arrojo salta el primero al oír la voz de ataque a la trinchera enemiga; el que sumergido en estrecho batel surca peligrosos mares y lleva la ruina a los acorazados castillos que flotan dominadores en las ondas; el que en frágiles alas remonta el vuelo a la región de las nubes y amenaza audaz al adversario, o, cer-

niéndose impávido sobre los campos de muerte, guía a la victoria las legiones de la patria, recibe de sus jefes y ostenta con legítimo orgullo y con la satisfacción del deber cumplido una medalla o una cruz, tal vez de metal humilde, pero de precio inestimable, porque es como la huella perenne que deja en su heroico pecho un cálido beso de la gloria.

Vosotros también vais a recibir el premio, no de un arranque de heroísmo, sino de un año de labor constante de tenaz empeño, de asiduo sacrificio.

Yo he sido testigo de vuestras calladas luchas y de vuestras ocultas victorias, y hoy quiero ser el primero en alegrarme y en felicitaros de antemano por esos premios que son el mejor testimonio de que en este lento y trabajoso combate habeis obtenido la victoria.

Y para animaros a que, después de este merecido descanso que vais a disfrutar en el seno de vuestras familias sigais luchando con ardor, los unos por añadir nuevos lauros a vuestros tempranos triunfos, los otros por formar vuestro carácter hasta haceros dignos de iguales honores; voy a poneros delante de los ojos los grandes bienes y sabrosos frutos que produce el cultivo de la ciencia al joven estudioso, a la patria y a la humanidad entera. Porque si bien la virtud es el principal fin de vuestra vida, ya su excelencia y necesidad se os ha inculcado tanto y va tan impresa en vuestros ánimos, que nada ganaría recomendada de nuevo por mis débiles palabras.

* * *

Creó Dios con admirable plan y artificio el Universo, y a todas sus obras presidió como ejemplar y norma su infinita y consubstancial sabiduría.

«Cuando extendía los Cielos, dice ella misma por boca de Salomón, estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito, cuando establecía allá en lo alto las regiones etéreas y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas, cuando circunscribía el mar en sus términos; cuando asentaba los cimientos de la tierra; con él estaba yo disponiéndolo todo.» (1)

Pero no quedó contento con desplegar por los inmensos espacios las galas de su sabiduría; creó también una criatura capaz de comprenderla, capaz de admirar el orden, la armonía, la variedad, la riqueza de su obra: hizo al hombre y lo constituyó rey de todo cuanto había creado, para que él en cambio le rindiera tributo de adoración y de obediencia, y fuera el padre de una generación santa y bienaventurada.

Infundió Dios en la mente del hombre la ciencia de todo el Universo, de modo que nuestro primer padre podía decir mejor que Salomón: «Diome Dios la verdadera ciencia de las cosas existentes, para que yo conozca la constitución del mundo y las virtudes de los elementos, el principio y el fin y el medio de los tiempos, el curso del año y la situación de las estrellas, la naturaleza de los animales y

(1) Prov. VIII, 27 — 30.

las bravuras de las fieras, la violencia de los vientos y las inclinaciones de los hombres, la variedad de las plantas y la virtud de las raíces: en suma, aprendí cuantas cosas hay ocultas y nunca vistas, pues la sabiduría, que es el artífice de todas, me instruyó.» (1)

Qué fácil nos habría sido en aquel estado de justicia original aprender las maravillas de la creación. Pero con la inocencia perdió también el primer hombre los dones gratuitos del Señor, y en vez de una herencia de gracia y de luz, nos legó un patrimonio de pecado y de ignorancia.

Empero en este castigo hubo también lugar para la misericordia. Dios quitó al hombre la ciencia, pero le dejó la sed de ciencia; esa insaciable curiosidad innata que mueve al niño a preguntarlo todo, que sostiene el varón estudioso en sus largas vigilias, en sus pacientes ensayos, en sus costosos éxitos, en sus frecuentes fracasos, y que aun en la ancianidad mantiene la lámpara del espíritu encendida.

El Señor entregó al mundo a las disquisiciones de los hombres, e imprimió al mismo tiempo en nuestras almas un ansia de saber que nunca dice: basta!, y que trabajando en medio de la borrascosa existencia que a nuestro espíritu caído le ha tocado en su destierro, ha logrado reconstruir gran parte del magnífico templo del saber, arruinado por el pecado original, y nos da confianza de que en un porvenir, quizá no muy remoto, estarán completas sus columnas, terminadas sus bóvedas, y erguidas al cielo entonando al Creador un himno eterno sus altas torres y doradas cúpulas.

---

(1) Sap. VII, 17 — 21.

¡Y qué bienes, qué dulzuras, qué gloria están reservados a los que pongan su actividad y sus recursos todos al servicio de esta fábrica grandiosa!

Porque en primer lugar, el entusiasmo por la ciencia libra al hombre de la servidumbre de las pasiones. Ninguno mejor que el que fija sus ojos en la luz de lo alto o aspira a dominar las criaturas inferiores conociendo sus propiedades para aplicarlas al servicio de la humanidad, entiende aquellas palabras de San Basilio:

«Aunque de naturaleza animal, eres, oh hombre, nacido para mandar. ¿Cómo te has de entregar a la torpe servidumbre del pecado? Dios te mandó dominar sobre todas sus criaturas. ¿Rechazarás y arrojarás de ti este imperio de tanta dignidad?» (1)

Y es que el hombre, cuanto más se eleva por el estudio y la ciencia sobre las cosas terrenas, menos expuesto está a que dé en tierra con su dignidad la degradación del vicio. El que contempla con fe las obras de Dios se encuentra tan pequeño, que no puede dar cabida a la soberbia; el que conoce el valor de las ideas inmortales no deseará la riqueza para apegarse a ella, no para comprar vanos honores ni efímeros placeres, sino para ponerla al servicio de sus nobles planes; el que una vez ha gustado el suave néctar de la sabiduría, licor de ángeles, alimento de espíritus, participación de la dulzura infinita del Creador, no puede encontrar gusto en los placeres de los irracionales ni en los indignos goces de la gula; el que anhela influir en los destinos del

(1) Homil. 10. Hexam.

mundo por la ciencia, no buscará el predominio de la ira. Finalmente el verdadero sabio ignora la pereza, pues la vida le parece corta para recorrer el vasto horizonte que a sus ojos se abre, ni sabe de envidia, porque esta es pasión de los que carecen de mérito.

Quieta pues y libre de las tormentas que estos siete vientos capitales levantan de continuo en torno de los demás hombres, se desliza la vida del amante de la ciencia.

¿Y quién podrá enumerar los goces que esta dulce compañera tiene reservados a sus predilectos?

En todo encuentra el sabio motivo de placer, porque en todo encuentra modo de ampliar sus conocimientos. A un hombre vulgar se le ofrece un viaje: va y vuelve, tan ajeno a lo que pasa en torno suyo, como vienen y van las mercancías. Pero que el viajero sea Boussingault, La Condamine, Humbolt, Klaproth. Para ellos tiene su festín servido en todas partes la próvida naturaleza. Con los cinco sentidos abiertos a las auras de la vida se hinchen de felicidad. Para ellos no pasan sin pagar su tributo de alegría, ni el ligero insecto, ni la tempestad estrepitosa, ni las tristes ruinas, ni la fiera que amenaza, ni el volcán que ruge.

Caldas, obligado por un pleito de familia, tuvo que viajar de Popayán a Quito.

Hizo en este camino tan importantes observaciones sobre la flora ecuatorial, que ellas le valieron el nombramiento de miembro de la Expedición Botánica, con la comisión de recorrer en excursión científica el reino de Quito.

Oíd una carta en que anuncia este viaje a un amigo, y admirad qué alas presta a los espíritus la ciencia:

«La geografía, la astronomía, dice el sabio en su carta, la botánica, zoología, ornitología, mineralogía, química, meteoros, agricultura, pintura, música, escultura grabado, artes, comercio, política, rentas, estudios, elocuencia, lengua, milicia, tribunales, medicina, educación, caracteres, usos, vestidos, casas, muebles, monumentos antiguos, todo cuanto quepa en nuestros cortos conocimientos todo cuanto se ofrezca a nuestros ojos, va a observarse; volúmenes inmensos verá usted dentro de pocos años, porque es necesario digerir el inmenso material que preparamos y que acopiaremos en nuestro viaje. ¡Ah, si pudiera ser usted uno de los viajeros al Ecuador! Voy, mi amigo, a ver uno de los países más célebres del reino: estos lugares honrados con la presencia de los mejores astrónomos del siglo XVIII, de los héroes de la astronomía.»

El fruto de aquel viaje, según dice él mismo en sus memorias fueron diez y seis cargas en que venían un herbario respetable de cinco a seis mil plantas disecadas; dos volúmenes de descripciones; muchos diseños de las plantas más notables hechos por su propia mano; semillas, cortezas útiles, algunos minerales, el material necesario para formar la carta geográfica y las cartas botánica y zoográfica de aquella parte del Virreinato; los perfiles de los Andes en más de nueve grados, la altura geométrica de las montañas más célebres; un número prodigioso de observaciones metereológicas; dos volúmenes de astronómicas y magnéticas, y otros muchos ricos materiales.

Decid, señores, un espíritu así cultivado ¿no tiene cen-

tuplicada la facultad de gozarse honestamente en el conocimiento y dominio de los seres creados?

Porque en efecto aquel asiduo trabajo era para Caldas copiosa fuente de alegría. Oíd como se expresa él mismo desde Popayán.

«La una de la mañana era, y no podía dejar el cielo ni mi telescopio. Saturno y Júpiter volvían y revolvían en mi imaginación; sus zonas o fajas, el anillo, los satélites, todo llenaba mi alma de placer y de contento. ¡Ah! Créamelo usted, no me habría trocado en la noche del último de noviembre por César después de la batalla de Farsalia! Qué pueriles se me hacían los gustos y placeres de los poderosos. Sólo el contento de la virtud supera al que proporcionan las ciencias a un aficionado, y cuánto sirven éstas para elevar nuestra alma al que las ha creado todas.... Convengamos en que el cultivo de alguna ciencia es una barrera casi insuperable para el vicio. ¡Ojalá conocieran esto bien los padres y los ayos! ¡Entonces veríamos menos jóvenes viciosos, menos atolondrados y más sabios!»

Para completar este cuadro de los frutos que guarda la ciencia a sus amigos, yo debiera hablaros de la gloria. Porque ¿qué gloria hay comparable a la del sabio?

El laurel de la gloria militar crece en un campo de sangre, ha sido regado con lágrimas de huérfanos, y muchas veces no cubrirán sus ramas más que desolación y ruinas. Glorioso es, ¿y cómo no?, el nombre del que ofrenda su vida por la patria. Pero en cambio ¿qué debe la humanidad a los grandes conquistadores que han sojuzgado el mundo con su espada? Pronunciad sus nombres y en su mayor par-

te no sabremos decir si fueron para la humanidad una providencia o un castigo.

Para hallar las más puras glorias es menester abrir la historia de las ciencias.

Colón y Gutenberg, Copérnico y Linneo, Newton y Leibnitz, Lavoisier y Fulton, Pasteur, Ampére, Edison y Marconi: ¿qué gloria hay en esta vida comparable a la de estos genios bienhechores de la humanidad?

Y para hablar de cosas más triviales, ¿qué madre que haya visto en peligro la vida de su hijo, porque un genio cruel le cierra la garganta, no ha bendecido al inventor del suero antidiftérico? ¿quién no se siente reconocido a Jenner, el inventor de la vacuna, o al que nos dio en la quina el remedio contra el paludismo?

Concluyamos pues, señores. Paz y seguridad cuanta puede disfrutarse en esta vida, dulzuras inefables, gloria inmarcesible, todo lo proporciona la ciencia al hombre que se entrega a su servicio.

Guardad jóvenes, en vuestra memoria, como confirmación y resumen de estas ideas, las siguientes palabras del inspirado Salomón:

«Si en esta vida se codician las riquezas, ¿qué cosa más rica que la sabiduría, creadora de todas las cosas? Propuse pues traérmela para que viviera en mi compañía, sabiendo que comunicará conmigo sus bienes, y será el consuelo mío en mis cuidados y penas. Por ella seré ilustre entre las gentes; por ella adquiriré la inmortalidad y dejaré memoria eterna de mí a los venideros. Entrando en mi casa hallaré mi reposo en la sabiduría, porque ni en su conversa-

ción tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino antes bien consuelo y alegría. Considerando yo esto, concluye el Sabio, y revolviendo en mi corazón cómo en la unión con la sabiduría se halla la inmortalidad, y un santo placer en su amistad, e inestimables tesoros en las obras de sus manos, y la prudencia en el ejercicio de conversar con ella, y grande gloria en participar de sus razonamientos, andaba por todas partes buscando cómo apropiármela.» (1)

* * *

Indiquemos ahora, aunque sea brevemente, algunos de los frutos que ofrecen las ciencias a la patria.

Hubo un tiempo en que el valor y el esfuerzo personal era la única salvaguardia de las naciones. Aquella fue la época de Leonidas y Epaminondas, de Tito Manlio, de los Horacios y Curiacios.

A medida que las sociedades se desarrollaron y que las ciencias fueron poniendo a disposición de los guerreros nuevos medios de ataque y de defensa, el valor personal iba perdiendo su importancia. Llegó entonces la hora en que el andante caballero, que tantas verdades dijo en su locura, viendo perder terreno a su brazo valeroso y a su espada invicta, prorrumpió en esta amarga queja:

«Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dan-

(1) Sap. VIII,5—18.

do el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que ahora vivimos, porque aunque a mi ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra.»

El estaño y la pólvora han seguido su obra; y hoy, señores, los medios científicos han arrinconado el valor personal a muy estrechos límites. Y era natural, que pues el hombre se distingue de los animales por el entendimiento, hasta sus guerras fueran certamen de talento y lucha de ingeniosas invenciones.

Hoy día puede un soldado hacer una campaña sin ver en parte alguna al enemigo. Sombras que cruzan el espacio, granadas que estallan, minas que lanzan a los aires compañías enteras, y el continuo y horrísono fragor de invisibles baterías, eso es todo.

La ciencia se ha apoderado del campo.

En esta complicada maquinaria de la guerra moderna

vale la química, que fabrica explosivos y gases; la física, que enseñó al hombre a sostenerse en el aire y a sumergirse en las ondas, a iluminar con potentes reflectores las tinieblas de la noche y a salvar las distancias en alas del vapor, a pasar la voz por un sutil alambre y a confiar al éter las órdenes de mando; vale la mecánica, que cada día logra construir más potentes máquinas de guerra; valen las matemáticas, que enseñan a apuntar con tal precisión con una de esas monstruosas bocas de exterminio, que se ha dado el caso de tirar a diez leguas de distancia sobre un fuerte que no se veía y al que se le apuntaba sólo por su posición en el mapa de campaña, y ser el tiro tan certero que el primer proyectil traspasó e inutilizó completamente su cúpula acorazada.

Señores, el valor colombiano es legendario, pero en el siglo XX no es suficiente para la defensa de la patria. Nuestra ciencia tiene que ponerse a la altura de nuestro valor. La gloria de la defensa nacional corresponderá en adelante no al más arrojado, sino al más sabio y estudioso.

Mas ¿para qué pensar en días de llanto y de amargura? ¡Aleje Dios por siempre de los benditos campos de Colombia la destructora guerra, y viva de asiento la fecunda paz en nuestro suelo!

Pero ¿será la ciencia menos necesaria en paz que en guerra?. No señores; si queremos tener patria próspera, floreciente y grande, es necesario que nos apliquemos al estudio y al trabajo; que descubramos las secretas virtudes que encierran las plantas de los bosques, y estudiemos los instintos de los animales que los pueblan; que aprendamos a

conocer y aprovechar el enorme tesoro de minerales que escondió Dios en las entrañas de los Andes; que encaucemos por vías más racionales la agricultura y la ganadería; que convirtamos en potencia eléctrica la agreste actividad que bulle en los mil torrentes de nuestras montañas; que la física active el progreso con sus prodigiosas invenciones; que la química funde la industria nacional, y las matemáticas den base sólida a la investigación científica. La sociología, en tanto, rica con la experiencia adquirida en las naciones europeas, se adelantará a prevenir los males que en el viejo continente han resultado de la injusticia del rico y de la corrupción del proletario; las ciencias médicas realizarán honda y metódica labor en los ámbitos todos de la patria, saneando tierras, descubriendo el origen y aplicando el correctivo a los males endémicos y a las deformaciones orgáicas, propagando nociones y prácticas de higiene, poniendo valla a las mortales epidemias que hoy diezman año por año la población de la república, vigorizando, en una palabra, la raza y conservando la vida de los soldados del progreso, en tanto que la pedagogía, fundada sobre bases científicas, preparará cada día más fuertes, más sabias, más virtuosas generaciones a la patria. Entonces no habrá ciencia que no tenga fervorosos cultivadores y tal vez geniales obreros en Colombia. Los mundos que anunciando la gloria de Dios ruedan majestuosos sobre nuestras cabezas, y la pequeña célula que encierra el secreto de la vida, llegarán a través del telescopio y el microscopio a abrir al pensamiento nuevos horizontes, profundizará el genio filosófico, adquirirá el lenguaje nuevo brillo, las bellas artes entonarán a

una el himno del progreso, y la reina de las ciencias, la sublime teología, pondrá a los pies del Altísimo las pacíficas conquistas del pueblo colombiano.

He hablado de la patria y casi me arrepiento de ello. Porque las conquistas del progreso no son para la patria solamente, son para la humanidad. Si ha de llegar un día en que los hombres se respeten mutuamente sus derechos, se amen como hermanos, y lejos de destruírse locamente se ayuden con bella armonía a cumplir el precepto divino de dominar los elementos (1), después de la religión sublime del Crucificado, se deberá a las grandiosas conquistas y a las ideas fecundas de los sabios.

Esa edad de oro está muy lejos todavía, pero ya en pequeño han realizado y realizan tan bello ideal las Universidades, donde profesores y alumnos de todas partes del mundo, alejados de los mezquinos intereses que traen divididas las naciones, se unen en el fervoroso culto de las ciencias.

¡Ah! el día en que en el mundo el amor de la justicia y de la sabiduría ocupara el lugar del sórdido interés, no habría guerras posibles; caerían inútiles las armas de las manos de tantos millones de soldados, y aliviados los pueblos de los enormes gastos que esas armadas y ejércitos suponen, podrían dedicarse a aliviar la suerte de los pobres y de los desgraciados, a mejorar y difundir la instrucción pública, a abrir al progreso nuevas vías y a facilitar a las ciencias sus investigaciones laboriosas.

Ese día no se oiría en nuestro planeta el brutal estalli-

---

(1) Gen. 1,28 y IX,2.

do del cañón, sino que de todos sus ámbitos se elevarían al cielo la oración de las criaturas humildes y el himno universal y grandioso del trabajo.

¿Os parece este noble ideal una utopía? Es que no sabemos de cuánto bueno es capaz el género humano, fecundado con la sangre de un Dios que se ha hecho hombre y vive entre nosotros como sacerdote y sacrificio, como pastor y alimento.

Comparad la actual civilización con la de hace veinte siglos, cuando los romanos echaban cautivos y cristianos a las fieras del circo, cuando las tres cuartas partes del mundo civilizado eran esclavos, cuando el mundo romano yacía encenagado en la molicie y más allá de sus fronteras fermentaban las hordas de los bárbaros; y habeis de concluír que aun en medio del presente cataclismo, que ojalá sea la última convulsión de la fuerza armada, en medio digo, de la actual catástrofe, es el mundo de hoy mil veces preferible al mundo del siglo I.

En esta obra de civilización han trabajado los Santos más que nadie, legítimos continuadores de la gran renovación que inició el Verbo humanado, y en segundo lugar los pacíficos cultivadores de la ciencia. La obra está muy lejos de su perfección: en vuestras manos está el contribuir a ella con todas vuestras fuerzas.

Ya veis, queridos jóvenes, si es amplio, si es variado, si es fecundo, si es glorioso el campo que os espera. No enterreis vuestros talentos, no vivais en la ociosidad y en la molicie. Buscad para vuestras pasiones el freno del estudio; buscad los suavísimos deleites de la sabiduría, más bien

que los acres placeres que os ofrece el mundo; si deseais servir a vuestra patria, cultivad la ciencia; y si quereis que un día figuren vuestros nombres entre los que impulsaron la humanidad hacia las cumbres, perfeccionad primero vuestras almas, que es la parte que especialmente os ha encargado a vosotros el Señor, y trabajad después con todas vuestras fuerzas, pequeñas o grandes. en fomentar los progresos de la ciencia.

He dicho.

LA CULTURA POPULAR GRIEGA A TRAVES DE LA LENGUA CASTELLANA

(Discurso de recepción en la Academia Colombiana, el 17 *de octubre de* 1933)

Señores académicos, señoras y señores:

Al recibir Marco Fidel Suárez en 1881 en fiesta solemnísima el premio que para el mejor trabajo gramatical sobre Bello había propuesto la Academia Colombiana, o sea, el diploma de miembro correspondiente de la misma; con sencillez y modestia dijo estas solas palabras: «Lo recibo, no como un premio, sino como un estímulo para merecerlo.»

Más en su punto están hoy esas palabras en mis labios, al aceptar el altísimo honor que me dispensáis, señores académicos, llamándome a ocupar un puesto en vuestra docta corporación, la más gloriosa de Colombia, y precisamente el puesto del insigne Suárez.

Acepto, pues, con timidez pero con sincero reconocimiento esta designación, que será para mí un estímulo para volver a mis juveniles trabajos filológicos, largos años abandonados por otros estudios tal vez más apremiantes, nunca más gratos.

* * *

Cuando, en noches serenas, de la húmeda superficie del mar se levanta en el confín del horizonte Sirio la estrella más rutilante, vemos por un momento vacilar su lumbre entre la bruma y eclipsarse tal vez tras alguna nube envidiosa; pero a pesar de las brumas y a pesar de las nubes la estrella sigue subiendo con esa imponente majestad con que recorren los astros su camino, y a las pocas horas la bruma sigue a ras del horizonte, la nube no se ha desprendido del mar, y la hermosa estrella brilla en todo su esplendor en las alturas.

Al desaparecer Suárez de la tierra empezó a elevarse en el horizonte de la patria. Las amargas brumas de la pasión o de la incomprensión humana velaban aún y oscurecían su lumbre, pero no pudieron impedir su ascenso. Hoy, seis años apenas después de su paso a la eternidad, la incomprensión y las pasiones humanas siguen a ras de la tierra, y la estrella de Suárez brilla fulgurante y limpia en el puro cielo de la gloria.

Quién pudiera, como con fino prisma, descomponer esa vivísima luz y mostraros toda la gama de sus diversos rayos.

Como hombre fue Suárez modelo de austeridad y de llaneza; honrado a carta cabal; idealista, inmaculado, y no le faltó la aureola del dolor que aquilata la vida y depura las virtudes.

Como hijo, hermano, esposo y padre era su corazón un panal de dulzura inagotable.

Como amigo, llevo la fidelidad hasta el heroísmo, y la generosidad hasta el exceso.

Como maestro, era la ciencia que ilumina y la simpatía que arrastra por el buen camino las almas juveniles.

Como político, fue siempre con el adversario caballeroso y noble, y con el compañero, noble y leal; estuvo siempre libre de ambición; se movió por altos ideales y sólo tuvo en mira el decoro, el bienestar y el progreso de la patria.

Como polemista, defendió tenazmente su castillo interior y las murallas de sus convicciones, y sólo acosado por los enemigos en el hervor de la pelea puso alguna vez sutil veneno en sus certeros dardos.

Como gobernante, en la balanza de la justicia donde no se pesan los éxitos sino los méritos: la imparcialidad, la rectitud, la firmeza, el desinterés, el respeto a la ley, la laboriosidad infatigable, en la balanza de la justicia, repito, y aun prescindiendo de las muchas obras de progreso que en su administración se llevaron a cabo, ha sido ya su gobierno pesado y aprobado.

¿Y cuál es el mortal que puede disputarle el mérito de haberse olvidado de sí mismo completamente, por servir a la patria, hasta el punto de bajar voluntariamente del solio de Bolívar para acallar las voces de los que, en difíciles momentos, pensaban más en hostilidades entre hermanos que en las angustias de la madre común?

Como internacionalista, su fama brilla en todo el continente y es de primera magnitud en aquella pléyade de hombres ilustres que señalaron a nuestra patria sus fronte-

ras. Y por encima de ellas abrió anchas rutas de buena inteligencia entre las naciones que creó la espada de Bolívar.

Como filósofo fue con Carrasquilla el restaurador de la filosofía cristiana en las escuelas, largo tiempo infestadas por el utilitarismo.

Como literato su prosa es digna del siglo de oro de Castilla.

Como filólogo recogió con dignidad la herencia de Caro y Cuervo, y dejó su nombre vinculado al de Andrés Bello, el primer humanista americano.

Como católico fue el caballero de Cristo sin tacha y sin miedo; y nos dejó en su oración del Congreso Eucarístico la más bella manifestación del alma que no vive para lo temporal sino para lo eterno.

Una deuda doble de gratitud tiene mi corazón para con el maestro y amigo, bajo cuyo signo benéfico me toca el honor de trabajar entre vosotros.

Fue él especial amigo y colega de mi padre, aquel otro varón noble y justo que se llamó Juan Pablo Restrepo, le acompañó muchos años en su labor docente, y esculpió de mano maestra su retrato en la galería de grandes colombianos que consagró con su pluma para la inmortalidad.

Pluguiera a Dios que alguna vez tuviera yo tiempo y ocasión para trazar al menos un boceto del artista a quien debemos el mejor retrato de mi padre.

Asimismo fue Suárez constante y fiel amigo de la Compañía de Jesús y a su cariño se debe el que este hermoso edificio haya venido a sustituir al viejo caserón de San Bar-

tolomé, poblado es verdad de tradiciones y recuerdos, pero completamente inadecuado para las nuevas exigencias de la obra educativa.

Muy justo es que al renovarse la Academia Colombiana, una de sus primeras sesiones se tenga en este salón, presidida por el espíritu gigante del que llena esta casa con su apacible recuerdo.

* * *

El cariño con que Marco Fidel Suárez estudiaba en detalle los elementos todos del idioma, justificará ante vosotros el análisis que me propongo hacer en este discurso de los elementos populares griegos que a través de los siglos se han perpetuado y perduran en la lengua castellana.

Mas antes de entrar en materia, es preciso que reflexionemos un instante sobre la manera como corre un idioma a través de los siglos, enriqueciéndose con los tesoros de las civilizaciones que encuentra a su paso.

Si hay algo que los estudios históricos más recientes pongan de manifiesto es la continuidad de la cultura. Así como en el mundo físico no hay energía perdida, por pequeña que sea, así tampoco en la vida de los pueblos hay esfuerzo perdido por pequeño que parezca. Cada generación entrega a la siguiente el caudal que a su vez recibiera de la anterior, aumentado con nuevas adquisiciones.

Verdad es que hay épocas de profundas sacudidas en

que parecen hundirse las civilizaciones anteriores: tal la invasión de los bárbaros, que dejó el imperio romano cubierto de ruinas. La majestuosa corriente de la cultura humana puede encontrar en la historia de los pueblos soluciones de continuidad, profundas grietas donde sus aguas se hunden y desaparecen; pero esas aguas volverán más tarde a flor de tierra, como las del Eurotas en Lacedemonia, que hundiéndose de repente esconden parte de su curso a las miradas de los hombres, pero aparecen otra vez más adelante sin disminución ninguna.

Las conquistas de la humanidad en la esfera del derecho, de las ciencias, de las artes, de todo aquello que constituye la cultura, son indestructibles. Y el idioma es el gran recipiente donde la cultura va acumulando sus progresos. El idioma hablado puede desaparecer con los hombres que lo hablan; el idioma escrito permanece y sobrevive a los mismos pueblos que le dieron ser. Por eso con la invención de la escritura empieza la historia de la humanidad y empieza la continuidad de la cultura.

Y aun el idioma hablado, cuando se trata de un pueblo culto, numeroso y fuerte, aunque vencido, no puede perecer. Sufrirá más o menos la influencia del pueblo vencedor, se enturbiará su corriente, se mezclará con elementos extraños, pero a través de los siglos se irá perpetuando con una unidad muy semejante a la de un río en el que no hay solución de continuidad, aunque sí un continuo crecer, que hace su corriente cada vez más turbia pero también más profunda y majestuosa.

Imposible separar en las caudalosas aguas del Magdalena los elementos que debe a sus diversos afluentes. En cambio la ciencia del lenguaje, la fonética, la semántica, la gramática comparada nos han dado medios para separar en una lengua los diversos aportes con que se ha enriquecido al correr de los tiempos. Y vemos entonces que cada una de las civilizaciones con las cuales ha estado en contacto le deja su tributo; y vemos asimismo que cuanto más vigorosa y más brillante es una civilización, mayor es el aporte que da a las lenguas que con ella se tocan. No es imposible reconstruir una civilización dada, por sólo los aportes que se encuentran en las lenguas que con ella se rozaron.

Siempre que dos pueblos de diversa lengua se ponen en contacto hay entre una y otra mutuo influjo, el cual está en razón directa, no de la fuerza o de la riqueza de los pueblos, sino de su cultura.

Vencieron los macedonios a los griegos; pero como su cultura, comparada con la de los vencidos, era nula no quedó casi rastro de su lengua o dialecto en el imperio de Alejandro. Vencieron más tarde los romanos a los griegos. Aquí el caso fue diverso. Aunque la cultura griega era más refinada, la romana era más práctica y mucho más extensa, porque dominaba ya todo el Mediterráneo. El resultado fue que ninguna de las dos lenguas suplantó a la otra, aunque sí fue mayor el influjo del griego sobre el latín.

Más tarde, en cambio, superaron los bárbaros a Roma en fuerza y en riqueza; pero Roma, que les llevaba enorme ventaja en la cultura, les impuso, aunque vencida, su sa-

bio lenguaje, mezclado eso sí con las turbias aguas de los idiomas bárbaros, que dieron al latín distinto aspecto en las diversas provincias del antiguo Imperio.

Antes de la conquista de Grecia por los romanos se habían puesto ya en contacto los dos pueblos, sobre todo en el sur de Italia, tierra a la cual las prósperas colonias griegas habían merecido el nombre de Magna Grecia. De aquel remoto tiempo datan muchos de los aportes griegos que por intermedio del latín son hoy patrimonio común de todas las lenguas romances.

Pero no hay que olvidar que el griego y el latín son lenguas de cercano parentesco, como que ambas vienen del indo-europeo; el griego, directamente, el latín, mediante otras dos lenguas: el italo y el italo-celta. La sola semejanza de vocablos no prueba, pues, influjo de una a otra lengua; otros medios hay, rigurosamente científicos y muy alejados de aquellas infantiles etimologías de nuestros abuelos, que sólo se guiaban por el sonsonete, para establecer qué palabras tiene el latín por herencia de su lengua madre y cuáles por generoso aporte de su vecina y parienta.

Más todavía, no sólo ha llegado la ciencia del lenguaje a discernir los elementos extraños, y entre ellos los griegos, que en el latín se hallan, sino a determinar en la mayor parte de los casos el tiempo en que cada uno de esos elementos entró en la corriente latina: tiempos de la Magna Grecia, conquista romana, primeros siglos cristianos, época de las invasiones. De este factor del tiempo, cuando no es claro por sí mismo, prescindiré en este discurso por no hacerme interminable.

* * *

Otra diferencia no menor hay entre el curso de un río y la corriente de una lengua. En aquél todas las aguas van por un mismo cauce, y a poco de correr juntas se mezclan completamente. No así en la lengua, al menos en la lengua de un país de próspera cultura. Esta trae consigo una diferenciación en las ocupaciones de los hombres y en su posición social. Si en los pueblos primitivos todos son nómadas todos son pastores, o cazadores, o cultivadores del campo en los pueblos avanzados existen muchedumbres de grupos sociales de mayor o menor influjo en la vida de la comunidad. Y al lado del fondo común del lenguaje, cada uno de esos grupos sociales tiene su lenguaje propio y técnico, ignorado generalmente, o mal comprendido por los que a él no pertenecen.

Entre estos grupos sociales podemos desde luego hacer una gran división en grupos eruditos y grupos populares. La erudición se propaga por las escuelas y los libros y por el trato de la gente sabia. El lenguaje popular se propaga libremente por calles y plazas, por montes y valles, por las humildes chozas de los campesinos y los rumorosos talleres de los menestrales; acompaña a los pueblos en sus peregrinaciones, va de mercado en mercado con los traficantes, sigue a los ejércitos en su marcha por tierras enemigas, y entra a los barcos con los navegantes para desembarcar muchas veces y dejar honda huella y luenga prole en tierras extranjeras.

El influjo erudito de una lengua sobre otra es fácil de seguir, porque las palabras eruditas conservan su forma intacta a través de los siglos, y por lo mismo son casi iguales en las distintas lenguas donde han penetrado. Por el contrario, las palabras del cauce popular se desgastan rápidamente y llegan a hacerse inconocibles, y por lo mismo toman en diversas lenguas apariencias muy distintas.

Fijándonos por vía de ejemplo en algunos de los términos artísticos que debe al griego nuestra lengua, veremos que algunos de ellos como *drama, escena, tragedia, oda, melodía, plectro, sinfonía, poema, sátira, arquitecto, peristilo, ánfora, rapsodia*, son como incrustaciones que no han sufrido desgaste alguno: es la tradición erudita. En cambio, tenemos *títere, pandero* y *pandereta, bandola* y *bandurria, caramillo, zampoña* y *chirimía*, voces que dejando el corte clásico se han vestido de campesinas castellanas.

A veces una misma palabra se trasmite por el cauce erudito y por el popular y viene a quedar duplicada en nuestra lengua con distinta forma y aun con distinta significación. Junto al erudito *címbalo*, tenemos el popular *cimbel;* junto a *tímpano* y *témpano*, eruditos, *timbal* y *timbre*, populares, formas todas de la voz griega *τύμπανον* especie de pandero. *Cítara* reproduce el griego, *κίθαρα*, pero *cedra*, usada por Berceo (Duelo 176), está perfectamente pulida por la fonética, al paso que *guitarra* es una forma intermedia de la misma voz, que nos vino por el canal del italiano.

El erudito *coro* nos recuerda tragedias como la del rey Edipo, y el popular *corro* tiene aún el sabor de las fiestas

populares en que las doncellas bailaban en rueda cogidas de la mano.

De *corro* vienen *corrillo, corral, corraleja, acorralar, encorralar,* etc.. Es que el pueblo, libre de trabas y reparos puristas, maneja su lengua con mucha más libertad y donosura que los eruditos.

Una buena parte del influjo del griego en el latín y castellano, única generalmente conocida, es el influjo erudito de las escuelas y los libros. Las escuelas de Atenas y de Alejandría abrieron hondo surco en la cultura europea, hasta tal punto, que hay ciencias en las cuales no ha hecho el espíritu humano progreso apreciable desde entonces. La *lógica* de Aristóteles es un edificio perfecto, y la *geometría* euclidiana, aunque ha visto nacer frente a ella otras geometrías, no necesita en sí misma corrección ni complemento.

La *gramática*, la *retórica*, la *poesía*, la *geometría*, la *filosofía*, son ciencias casi totalmente griegas, y todo su tecnicismo fue inventado en las escuelas helénicas.

La medicina perdió su nombre griego, pero muestra clara la huella poderosa de Hipócrates y de Galeno. Ninguna ciencia hay que conserve más términos técnicos de griega prosapia que la medicina.

La *música*, la *arquitectura*, la *astronomía*, la *física*, la *botánica* y la *zoología*, la *geografía* y la *historia*, nacieron en Grecia, como su mismo nombre nos lo está diciendo, y en Grecia florecieron; y si después se han desarrollado poderosamente, no han podido olvidar su patria de origen. Tan arraigadas están, lo mismo que la medicina, en campos de

la Hélade, que hasta sus continuos progresos los presentan al público con el clásico ropaje de palabras griegas.

Al estudiar el influjo de la cultura griega en nuestra lengua he prescindido, como es natural, de todas esas palabras modernas, denominaciones sabias de objetos que los griegos no conocieron, como *teléfono, microscopio*, etc. He prescindido también de los nombres propios, que darían tema para un estudio de por sí, y asimismo de toda la mitología, que tan honda huella ha dejado en las literaturas, como que todas tienen su *Olimpo* y su *Parnaso*, sus *pegasos, centuaros, náyades, musas, sátiros y ninfas*. He dejado a un lado, finalmente, toda la tradición erudita, aun aquellas palabras que no pertenecen a una ciencia particular, como *idioma, escuela, biblioteca, tomo, catálogo, enciclopedia, método, sistema, tesis, prólogo, programa*, y aquellas otras que han pasado ya al lenguaje común y corriente como son entre otras muchas *centro, clima, ironía, energía, poro, cubo, zona, esfera, almanaque, fantasía, práctico y periódico*.

Me basta que una palabra haya visto la luz en las escuelas para prescindir de ella aunque se haya hecho vulgar, pues mi intento es únicamente estudiar el influjo de la corriente popular de la cultura griega en la lengua castellana.

Dejo, pues, por hoy las aulas y las academias, y me traslado al campo, a la palestra, al taller, al ágora, a las inquietas naves, a los mercados y a los campamentos, para sorprender al pueblo griego en su vida íntima y rastrear las huellas que de esa vida guarde nuestra lengua.

Empecé este estudio con el ánimo del coleccionista que busca algunas flores raras con qué enriquecer sus coleccio-

nes, y os confieso que, a medida que iba acopiando materiales, se me iba ensanchando el horizonte, y que, a la postre, a mí mismo me ha sorprendido el resultado.

Es que he sentido palpitar bajo los amplios pliegues de nuestra noble lengua, todo el espíritu, toda la vida, toda la múltiple inquietud de aquel pueblo prodigioso que se llamó la Grecia; he sorprendido su amor a la naturaleza; su vida cotidiana activa e industriosa; su noble culto de la propia personalidad, que hizo un príncipe de cada uno de los griegos; su amplitud de miras, que saliendo del estrecho egoísmo se difundió en la sociedad, en la *polis*, para dar a la cultura humana toda la grandeza, todo el esplendor de que es capaz; he oído, aunque de lejos esta vez, el rumor de sus escuelas semejante al de las abejas del Himeto, y he visto los fulgores de ese arte que en tierras de Grecia adquirió toda su perfección insuperada e insuperable; he sentido finalmente cómo en las ánforas esplendorosas de la cultura griega se vertió a torrentes aquella agua que salta hasta la vida eterna, que purifica a la humanidad de todas sus escorias, que brinda a los pueblos gastados nueva fuerza y nueva vida, y que transforma en fin la cultura clásica en cultura cristiana.

No creáis que exagero. Si tenéis paciencia para seguirme a través de un estrecho sendero, veréis al fin de él ese amplio y bello panorama.

* * *

El pueblo griego se distinguió por su amor a la natu-

raleza. La Grecia actual, con sus bosques talados, no es más que el esqueleto de la Grecia antigua, y si aun hoy el viajero se extasía ante las bellezas que por todas partes ofrece aquella tierra a sus ojos, ¿qué harían los griegos que la gozaron en todo su esplendor? Tal vez no hay, tal vez no ha habido en el mundo región más encantadora. Un cielo limpio y puro, un clima sano y suave, hospitalarias costas, variadas islas, verdes praderas, espesos bosques, amplias llanuras, altos montes, ríos que ya se desprenden torrentosos de las altas cumbres, ya se desperezan lánguidos en múltiples meandros por los valles, y como marco de toda esa belleza el mar azul, el tibio mar que abraza cariñoso todo el mundo griego, formando por todas partes golfos, estrechos y canales, brindando su inquieta espalda para que sobre ella pasen los hombres y trasporten sus productos y establezcan, a pesar de la independencia absoluta de sus ciudades, la gran unión cultural del pueblo griego.

No en vano poblaron los griegos de divinidades toda aquella espléndida naturaleza: el mar, los bosques, las fuentes y los ríos. No en vano creyeron que en tan bellos parajes habitaban los dioses junto a los hombres. Y no en vano una de las guerras más largas y sangrientas y la más desastrosa de la historia griega no tuvo más origen que el haber talado los focenses un bosque sagrado de la ciudad de Delfos.

Y ahora veamos cómo nuestra lengua castellana muestra claras las huellas de ese culto, de ese amor que sintieron los griegos por la naturaleza.

El *océano*, los *astros*, los *bosques*, el *horizonte*, el *iris*.

con estas palabras expresaron los griegos su estupor ante los grandes fenómenos de la naturaleza, y con las mismas lo expresamos nosotros.

Con minucioso espíritu de observación iban dando nombre a cada rasgo del relieve de la tierra. Véase cuántos de ellos conservamos en castellano: *cima* y *sima*, *risco*, *escollera*, *ismo*, *barranco*, *antro* y *gruta*, *yermo* con sus derivados latinos *eremita* y *ermita* y su contrapuesto *oasis*.

Aura, *céfiro*, *tromba*, denotan modificaciones atmosféricas.

¿Queréis ver ejemplos de palabras pertenecientes al dominio de los cinco sentidos? *Relámpago*, *eco*, *aroma*, *agrio* y *liso*, este último con sus derivados *alisar*, *desliz* y *deslizar*.

¿Cuántos minerales tendrían los griegos conocidos y apreciados, cuando hasta nosotros han llegado nombres como *arcilla* y *greda*, *yeso*, *cobre amoníaco*, *cinabrio*, *magnesio*, *nitro*, *calamina* y el nombre genérico *metal*, que ya en la antigüedad formó el compuesto *metalurgia*, y a cuyo lado cae tan propio el moderno *metaloide*, y los derivados *metalizado* y *metálico?*

¿Pero qué mucho si la humilde palabra *piedra* pasó al latín del griego en tiempos de la Magna Grecia, y arraigó tan perfectamente que dio derivados latinos como *petrosus* y *Petrus?* Larga es la familia castellana de esta raíz griega en buena hora trasplantada al Lacio: *apedrear*, *empedrar*, *pedernal*, *empedernido; Pedro*, *Pero*, *Pérez*, *Perico: pedral*, *pedrera*, *pedregoso* y *pedregal; pedrisco*, *pedrusco*, *pedrería* y tantos otros.

Con la palabra *cristal* ha tenido lugar un curioso fenómeno que se suele llamar falsa metáfora. Todos creemos que hacemos una traslación retórica cuando decimos de un estanque helado: sus aguas se convirtieron en cristal. Y éste, sin embargo, es el sentido propio y primitivo que mucho antes de la invención de los vidrios planos dieron los griegos a la capa de hielo que forma el frío en la superficie de las aguas, *κρύσταλλος*, agua congelada, que viene de *κρύος*, frío. Por metáfora se llamaron *cristales* las primeras placas de vidrio, y esta misma denominación ha dado la ciencia moderna a los cuerpos que en sus últimos elementos físicos se presentan bajo formas poliédricas regulares. Uno y otro sentido ha dado sus derivados: *cristalería, cristalino, cristalizar.*

Las minas de plata más famosas de la antigüedad estaban en el Atica, y en su laboreo se empleaban 20.000 esclavos. No es raro pues que el nombre latino *argentum*, de donde viene nuestro erudito *argentino*, provenga del griego; pero sí es raro que este nombre popular, que se conservó en francés y en italiano, haya desaparecido del castellano y del portugués, sustituído por el bajo latín *plata*, que significa propiamente placa de metal y viene también del griego: *πλατύς*, extendido.

El sentimiento estético que mezclaban los griegos a su contemplación de la naturaleza fulgura aun en las puras *linfas* de los bosques, en las *cataratas*, de los grandes ríos, en las *estalactitas* de las silenciosas grutas.

Pero hay más aún. ¿Habéis caído en la cuenta de que las piedras preciosas, esas chispas de diversos fulgores que

extrae la industria humana de las entrañas de la tierra para lucirlas en vistosas joyas, esos pequeños tesoros donde la utilidad cede por completo el campo a la belleza, han llegado a todos los pueblos románicos ostentando los brillantes nombres con que las acariciaron los artífices griegos? *Agata, amatista, berilo, calcedonia, coral, crisólito, diamante, esmeralda, jacinto, jaspe, ónice, ópalo., sardio y sardónice, topacio y zafiro.* Qué colección de espléndidos regalos nos hizo el gusto refinado de los griegos. ¿No véis cómo a través de la lengua castellana aflora la cultura griega con toda la rutilante variedad de las piedras preciosas?

* * *

Pero el castellano os tiene guardada otra revelación no menos interesante. ¿Quién de vosotros al visitar los humildes campos de nuestros labriegos se ha imaginado jamás que también en ellos se encuentren las huellas del pueblo helénico?

La agricultura es la base de los pueblos. Imposible que una nación que no cultiva la tierra se eleve a las altas regiones del arte y de la ciencia. El pueblo agrícola es la mayor reserva de humanidad y de progreso, porque en contacto con la naturaleza se conserva sano y fuerte. No sin razón atribuyeron los griegos a una diosa el haber regalado a la humanidad el trigo.

La agricultura tiene también su estética cuando no se limita a producir lo necesario para el alimento y vestido, sino que hermosea los campos con árboles y flores, y ador-

na la mesa del hogar con bellos frutos y yerbas aromáticas.

¿Queréis ver cuántas flores, cuántos frutos y árboles y hortalizas y yerbas aromáticas nos legaron los griegos?

Yo os convido señores a visitar una granja que he arreglado cuidadosamente en mi imaginación, no dejando en ella sino lo que tenemos como herencia de los griegos. Ved la entrada: una alameda de *acacias*, por entre las cuales se divisan grupos de *alisos*, de *cipreses*, de *plátanos*, no ciertamente de los comestibles que han llamado los eruditos *musa paradisiaca* y *musa sapientum*, sino de aquellos otros plátanos tan propios de los ríos de Grecia y que aun hoy son frecuente adorno de las carreteras en Europa. Hay también maderas preciosas como el *ébano*. Las *cañas* abundan en todas sus especies, menos la dulce del trópico, desconocida en Grecia.

Contemplad mis jardines: en cuadros orlados de *boj* y *amaranto* hallaréis el *nardo* y el *jazmín*, el *pelitre* o *piretro*, la *dragontea* de hojas manchadas como una serpiente o dragón, *peonías*, *miosotis*, que en castellano diríamos «orejitas de ratón», *geranios*, es decir, grullitas, la *crisantema* o flor de oro, el *cinamomo* y el *lampazo*, más conocido con el nombre de «amor de hortelano». No falta la *artemisa* o *altamisa*, el *mirto* y el *acanto*, ufano éste porque en sus hojas se inspiró el artista que hizo florecer el templo griego en el estilo corintio.

No conocieron los griegos las lindas parásitas de nuestros bosques, pero su nombre, muy bien puesto, recuerda una costumbre que fue en Grecia una verdadera institución, o mejor dicho, una verdadera plaga social.

El que no sabía comer sino en casa ajena era llamado παράσιτος, que viene de παρὰ, pegado a, y σῖτος, alimento. Lo que hacen nuestros *parásitos* y nuestras *parásitas*, que no pueden vivir sino a expensas ajenas.

Entre los árboles frutales tenemos *sicómoros, castaños, nísperos, almendros* y *membrillos*, y la esbelta palma que produce los sabrosos *dátiles*. La *mora* os regala su fruto campesino, y os cuenta al mismo tiempo que aunque es la más humilde de las frutas, tiene en el lenguaje especial categoría, porque ha dado origen a un grupo de palabras: *moral*, con bellos compuestos, como *Valmoral*; color *morado* y *amoratado*; *morera*, la que es grata al gusano de seda; *moreno* y *morena*, epíteto exagerado porque los que con él se glorían están muy lejos de ser tan brillantemente negros como la mora. Aunque no falta quien, con mayor razón por ventura, saca a los morenos de los *moros*, voz que en griego significa «los oscuros», μαῖροι.

En punto a fecundidad lingüística pocas yerbas podrán competir con la *caña*. Más de setenta palabras cuenta nuestra lengua derivadas de la frágil y esbelta planta que llamaron κάννα los griegos. Imposible enumerar más que las principales: *cañada, cañizo, encañar; caño* y *cañería; cañón, cañonazo* y *cañonera; canal, canalete, acanalar; canela, acanelado; canilla* y *canuto; gañón, gañito, desgañitarse; cañauzal, cañafístola, cañaveral*, etc.

Pero no nos distraigamos de nuestra visita: entremos a ver los cultivos. Son los principales la *viña* y el *olivo*. *Aceite y vino y amigo, antiguo*; nos dice el refrán. El aceite y el *vino* que os ofrezco son anteriores a la civilización

latina, y se remontan hasta el Atica y el Peloponeso, donde aprendieron los latinos la industria del *vino* y el cultivo de los *olivares.*

Productos importantes de mi granja son el *fríjol* y el *arroz*, y además abundan en sus huertas *espárragos* y *rábanos, endibias* y *yaros, achicoria, acelga* y *altramuces.*

No quedará por falta de condimentos, pues tenemos *culantro* y *perejil*, tan orgulloso este último, tal vez por los viajes que hizo de Grecia a tierras de los árabes, de donde pasó a Castilla, que cuando una persona va muy compuesta decimos que está *emperejilada.* Tenemos asimismo *canela, menta, comino, pebre*, castellano antiguo que reproduce el *piper* del Lacio y el *πέπερι* del Atica, o sea, la pimienta; y si sois muy refinados os brindaré *jengibre, anís* y *ajenjo.*

Sigamos al surco de las plantas medicinales. El *ruibarbo* nos está diciendo con su nombre que vino de lejos, *ῥα βάρβαρον.* Junto a él hallamos, con la misteriosa *mandrágora, eneldo, regaliz, malvavisco* y *mejorana.* Malvavisco, planta híbrida, porque tiene un elemento latino, *malva*, y otro griego *ἐβίσκος*.. Mejorana, de enredada etimología, y llamada por Linneo *origanum majorana*, que probablemente viene de *αμάρακος, amaracana.* Nuestro pueblo echa por lo rumbos de la etimología popular, y cuenta que buscando San Joaquín y Santa Ana una yerba aromática para la pequeña María, Ana cogió una y dijo: esta es yerba buena, Joaquín. Y él, cogiendo otra, respondió: esta es mejor Ana.

Los campos que nos rodean,—aunque a trechos no falta la *cizaña,*—están llenos de excelentes pastos: *tomillo, hisopo, bromo, serpillo* y *códeso,* del que habla Virgilio cuando dice por boca de Melibeo:

florentem citisum et salices carpetis amaras;

y finalmente *orégano,* que se ha hecho entre nosotros tan famoso, que para decir que no todo puede ser de lo mejor, decimos: *no todo el monte es orégano.*

Hongos hay en abundancia, pero hay que escoger cuidadosamente los que no son venenosos.

—¿Y aquella planta que muestra entre las piedras sus florecillas de vivos colores? —Es el *acónito,* nombre derivado de *ακονη* piedra, del que cantó Ovidio, atribuyendo al vulgo una sabia etimología que aquél seguramente ignoraba:

Quae, quia nascuntur dura vivacia caute,
Agrestes aconita vocant.

Diz que lo llaman los campesinos acónito, porque crece vigoroso entre las duras piedras.

¿Os admira el ruido de las máquinas y el movimiento de la gente? Es la industria del *lino,* del *cáñamo* y del *esparto,* que como netamente griegas no podían faltar en mi granja modelo.

Fuera de los trajes fabricaron los antiguos con el lino cuerdas, y a la cuerda la llamaron por eso los latinos *línea,* de donde en el lenguaje de los constructores vino *alinear* y en el lenguaje científico *línea, delinear,* etc. La forma más castiza de alinear es *aliñar,* y la tenemos con significación algo desviada en las palabras *aliño* y *desaliño.*

Σπάρτος era cierta cuerda de tejido espiral y la materia de que se hace: *esparto;* pariente o afín de σπίεις, *espuerta*, que se quedó en la clase humilde, con sus vecinos *espartal* y *esparteña*, y de σπεῖρα, *espira, espiral*, que subió al lenguaje de los sabios. *Cáñamo* no ha dado más productos que *cañamón, cañamazo* y *cañamar*.

Tantas huellas griegas tiene el arte de la agricultura, que con palabras de aquella lengua podemos describir la historia de las plantas desde la cuna al sepulcro: *embrión, bulbo, tallo, vástago, baya, resina, zumo, raja, brugo, liquen* y *carcoma*.

Los *silos* que muchos tienen por reciente invento, son tan antiguos como el nombre griego σιρός.

Antes de dejar los campos permitidme que os cuente la historia de la palabra *fríjol*, que es muy instructiva.

Había en Grecia una isla llamada Φάσηλις, cuyo sello, que aun se ve en algunas monedas, era un navío. Tal vez los habitantes de aquella isla se habían especializado en la construcción de esa clase de embarcaciones; es lo cierto que ellas se conocían en el Imperio Romano con el nombre de la isla, *phaselum*, y por corrupción popular *baselum*. *Phaselum* dice en sus Etimologías S. Isidoro, *est navigium, quod nos corrupte baselum dicimus* (L. XIX, C. 1. N.o 17). De aquí viene el castellano antiguo *baxel* actualmente *bajel*.

Pero hé aquí que por otro lado la industriosa isla de Φάσηλις cultivaba con tanto éxito cierta sana y exquisita legumbre muy conocida en nuestra patria y especialmente en Antioquia, que griegos y romanos no la conocían si-

no con el mismo nombre de la isla: *phaselus*, y en diminutivo *phaseolus*, y así Linneo la clasificó más tarde con el nombre de *phaseolus vulgaris*. Los que deseéis ver cómo esta palabreja entró en todas las lenguas romances y las múltiples formas que ha revestido en ellas, hallaréis vuestra curiosidad satisfecha en las Apuntaciones de nuestro ilustre Cuervo (N. 113). A nosotros nos basta sacar en conclusión que nuestras voces *frisol, fríjol* y *fréjol* son etimológicamente idénticas con la voz *bajel*, y una y otras retazos de la civilización de una de tantas islas habitadas por los helenos.

Vive en nuestra Sabana, cerca de la capital, un patricio que todos conocéis y que tiene una de las más bellas quintas de la altiplanicie, en la cual ha reunido gran número de animales raros y curiosos. Yo también, siguiendo su ejemplo, tengo mis animales. Pero lo curioso de mi parque zoológico es que en él no hay más que aquellos que recibieron su nombre de los griegos, y no lo han perdido hasta ahora a través de 25 y más siglos. Echémosles una rápida ojeada, pues no quiero abusar de vuestra paciencia.

Entre los cuadrúpedos veréis *potros, borricos, onagros, podencos, dromedarios* y *camellos*, y animales de la selva, tales como el *antílope*, de elegante cornamenta, el *búfalo*, el *lince*, de ojos proverbiales, la *hiena* y la *pantera*. Los más raros son el *rinoceronte* con el *elefante* y otros *paquidermos*.

En el pabellón de las aves hallaréis el vistoso *faisán*, la armoniosa *calandria*, *cisnes*, *chorlitos*, *perdices* y *pelíca-*

nos; el *alción,* de majestuoso vuelo, y el *avestruz,* de rápida carrera.

De la vida de los animales tenemos en castellano verbos tan bonitos como *bramar, husmear* y *crotorar;* y no quiero omitir el curiosísimo desarrollo semántico de la voz *perdiz,* etimología grata a los cazadores académicos.

Perdigón, a pesar de su forma aumentativa, es diminutivo de perdiz, como ratón de rata, y significa el pollo de la perdiz. *Desperdigarse* es lo que hacen los polluelos de las perdices al ser sorprendidos. De ellos pasó este verbo a cualquier otra clase de objetos que se desperdigan, y principalmente lo aplicaron los cazadores a los balines de plomo con que se tira a la caza menor. Los balines o granos de plomo se desperdigan. De aquí a llamar *perdigones* a los mismos balines, no hay más que un paso, y lo dieron audazmente los cazadores, realizando el fenómeno extraño de que tengan el mismo nombre el ave inocente y la munición que la mata.

Pero sigamos a otras secciones de nuestro jardín zoológico, para que veáis diversas crisálidas y animalitos tan pequeños como el *cínife* y la *cochinilla;* tan peligrosos como el *áspid,* el *dragón* y el *escorpión;* tan humildes como el *escarabajo* y el *limaco;* tan curiosos como el *camaleón* y la *salamandra.*

En aguas de río os mostraré *truchas, hidras, castores, cocodrilos* e *hipopótamos;* y en el mar y sus orillas (porque a orillas del mar tiene que estar mi granja imaginaria) veréis *conchas, lapas, esponjas, pulpos* y *corales, camarones* y *almejas;* y dejando otros peces menos conoci-

dos, ahí tenéis el *delfín*, el *atún* y la reina de los mares, *la ballena.*

¿No es verdad que puede colocarse mi jardín zoológico junto a los más curiosos del mundo? ¿No es verdad que en mi granja modelo aparece de nuevo, a través de la lengua castellana, lo más recóndito, lo más simpático de la cultura griega, que es su amor a las aves y a las flores, su atención a las hortalizas y a los árboles, su vida campestre, en fin, a la que debió aquella raza sus vigorosas condiciones físicas y sus cualidades morales, que aun hoy forman el ideal de una buena educación: *mens sana in corpore sano?*

* * *

Si de la observación de los animales pasamos a la consideración del hombre y de la vida humana, hallamos que muchas de las palabras populares, tomadas de la entraña misma del castellano más vulgar y más castizo, son palabras griegas, gastadas por la fonética y desfiguradas en el torrente de los siglos.

Demostrado está el origen griego de voces como *chato, mostacho* y *chisme; bledo, enteco, zambo* y *pedante; murria, roncar, piropo, garganta, cosquillas, carcajada, enano, gigante* y *pigmeo; enclenque* y *titán.*

Huérfano, austero, lacónico, nostalgia, son bellas voces que nos muestran en su serena gravedad al hijo de la Grecia, así como *díscolo, acidia* y *cólera, hipocresía, misántropo* y *melancolía* nos descubren el lado flaco que por doquier se encuentra en el hombre.

Erótico no tenía mal sentido entre los griegos, y podía aplicarse al amor puro. *Celo,* allá como aquí, lo había del bueno y del malo.

La *melancolía* ha tenido un desarrollo fonético notable: viene de *μέλας* negro y *χόλος* bilis; literalmente quiere decir *atra bilis,* y se confunde con nuestro atrabiliario. Pero la pronunciación popular al correr del tiempo fue labrando la palabra y haciendo de ella *malencolía,* primero, *malenconía* después, forma que se halla en castellano antiguo y persevera en italiano. Entonces creyó el vulgo que se trataba de una palabra compuesta, por el estilo de malferido, malfetría, y separó sin más ni más el segundo componente *enconía,* con la significación de grima, enojo, formando además el verbo *enconarse* y el sustantivo *encono,* que de achaques del espíritu han pasado a ser también achaques del cuerpo.

Poco amigos eran los griegos de la melancolía. Más bien cultivaban la alegría del vivir con la música y con los deportes.

La educación del griego era algo que difícilmente entendemos nosotros, tan mal acostumbrados a henchir de conocimientos superficiales la memoria de los jóvenes, descuidando muchas veces sus más bellas cualidades, su *carácter,* su sentimiento *estético* y su destreza corporal. No así los griegos. De los 6 a los 18 años no tenían ellos más materia de estudio que la *gramática,* la *música* y la *gimnasia.* Se trataba no tanto de adquirir conocimientos cuanto de desarrollar la iniciativa y las facultades artísticas y literarias.

En Atenas no hay *escuelas* del Estado. El niño está a cargo de un esclavo que lo lleva donde sus maestros y se llama γραμτιστής voz ennoblecida en nuestros modernos *pedagogos*. El παιδαγωγός, o maestro de gramática enseña a leer escribir y contar y los más sencillos cálculos. La escritura se hace en tablillas enceradas con un *estilete* de marfil o de *metal*, o bien más tarde en *papiros*, con tinta y plumas de *caña*.

Cuando el niño sabe leer empieza a aprender de memoria los grandes *poemas* nacionales. Jóvenes privilegiados sabían íntegramente la Ilíada y la Odisea, no poco de Hesíodo y mucho de los *líricos*.

Terminada la lección de gramática el pedagogo llevaba al niño a la casa del citarista κιθαριστής, para la clase de *música*. Platón enseña que la música es el ejercicio más provechoso para inclinar a la virtud las tiernas almas de los niños: no la música apasionada, ni la *antipática* combinación de ruídos del jazz moderno, sino la música *melodiosa*, serena y tranquila de la flauta y de la *cítara*, tan propia para *calmar* el ánimo y para elevarlo al *ideal*. Acompañándose él mismo aprendía el joven también a cantar y ejecutaba las obras maestras de los grandes *líricos*.

A los 14 años, sin perjuicio de la *gramática* y la *música*, interviene otro maestro, el παιδοτρίβης, y desde este instante la *gimnasia* es la parte principal de la educacación. Casi todo el día se pasa en la *palestra*. Hay que dar al cuerpo resistencia y solidez, agilidad y soltura y *armoniosas* proporciones; y al ánimo iniciativa, estímulo constancia, condescendencia, serenidad y valor. Los ejerci-

cios principales son cinco que forman el πένταθλον: lucha, carrera, salto, *disco* y jabalina. Usábanse también la pelota, el pugilato, la equitación y la esgrima.

Así se educaron hasta los 18 años Arístides y Temístocles, Platón y Aristóteles, Demóstenes y Esquilo, Píndaro y Sófocles, Fidias y Praxiteles. Si un *sistema* de educación ha de juzgarse por sus resultados, ninguno mejor que el que acabamos de recordar, aunque para nuestro gusto no sea capaz de formar sino robustos *atletas* condenados al más ruidoso fracaso en los exámenes de cultura general.

Sólo algunos jóvenes ricos estudiaban después de los 18 años, por vía de recreación, sin descuidar por eso los ejercicios corporales, *geometría* y *dibujo, astronomía* e *historia, retórica* y *filosofía.*

Aun hoy vemos, en pueblos más prácticos y más poderosos que el nuéstro, que el día del universitario se divide en tres partes: la mañana para el estudio, la tarde para el deporte, y la noche para la vida social y el descanso. Y es grato ver en Oxford, después de la ligera refección del medio día, cómo los centenares de alumnos de sus múltiples colegios, cambiando el riguroso traje ciudadano por el ligero deportivo, salen en bicicleta como enjambres a los campos que rodean la ciudad, donde pasan en ejercicios corporales la mitad de su vida universitaria.

Cada cuatro años se celebraban en la ciudad de Olimpia, en honor de Júpiter, los juegos llamados por eso *olímpicos,* acontecimiento mucho más importante en la historia de los griegos, de lo que ordinariamente se cree.

Las ciudades griegas eran independientes, no había un

gobierno central y sólo se hizo un conato de liga *anfictiónica* que no dio mucho resultado. La unidad del pueblo griego se grababa en la conciencia de todos y se conservaba gracias a los juegos olímpicos tan importantes en la vida nacional, que fueron la base para el cómputo del tiempo por períodos de 4 años llamados *Olimpíadas*. Al lado de ellos otros juegos *panhelénicos* como los *píticos*, en Delfos, los *ísmicos* en Corinto, y los *nemeos*, en Nemea, tienen importancia secundaria.

Cuando se acerca el tiempo parten los heraldos por todos los ámbitos de Grecia anunciando la gran fiesta religiosa y nacional, y en caso de guerra promulgando la tregua que por un mes se concedían las ciudades beligerantes. De todas partes acuden muchedumbres, dispuestos unos a competir en los juegos, deseosos otros de admirar la destreza de los campeones, curiosos los más y negociantes que acuden siempre donde mucha gente se reúne. Los artistas aprovechan la ocasión para mostrar sus obras; los *retóricos* para desplegar las *galas* de su oratoria; los *sofistas* para promover disputas, y los *filósofos* para ensanchar su *escuela*.

Los juegos, a los que no pueden asistir las mujeres, se inauguran en el *estadio*, rectángulo de 142 metros de largo rodeado de rampas donde se apiñan los espectadores. Animados por sus aclamaciones corren los cursores en carreras sencillas, dobles, de antorchas y de resistencia. Siguen la lucha, el pugilato y otro juego mezcla de ambos que se denomina el *pancracio*.

La segunda parte de los juegos se desarrolla en el *hi-*

pódromo, cuya pista mide 770 metros, y termina en la anhelada meta.

Hay carreras de caballos parecidas a las nuéstras, pero más apasionantes son las carreras de carros. El carro es de dos ruedas, muy ligero, y va tirado por cuatro caballos. El conductor va de pie y tiene que dar ocho y hasta doce vueltas a la pista.

Al día siguiente continúan los juegos en el *estadio* con la competencia en el *pentatlo*. Para el salto el número de los concurrentes no era fijo, y los que franqueaban el espacio reglamentario entraban en liza para la jabalina. Los cuatro competidores más hábiles en esta prueba presentábanse para la carrera que eliminaba un concurrente, quedando por lo tanto tres para el *disco* y los dos últimos para la lucha cuerpo a cuerpo. Saltan y corren los *gimnastas*, arrancan aplausos los *discóbolos* y los *atletas*; campeones y *antagonistas* tienen en tensión por varias horas a la enorme multitud. Mil voces aclaman por fin con *frenético entusiasmo* al vencedor que ha de dar su nombre a la *olimpíada* señalada con su *triunfo*.

Por fin, al otro día, ante el templo de Zeus, y en medio de la más delirante ovación de un pueblo que había estado por espacio de cuatro años pendiente del resultado de los juegos, se reparten los premios, tan sencillos como honrosos: la corona de *olivo* y la palma.

A los juegos siguen los sacrificios y las procesiones, y a veces festines públicos servidos a todos los espectadores.

Os he relatado uno de los capítulos más característicos de la cultura griega en lenguaje para vosotros corrien-

te y conocido. Y sin embargo, si miráis despacio mis palabras, veréis que muchas de ellas son las mismas que usaban los griegos en aquellos momentos de entusiasmo; es decir, que también aquí hay un caudal griego que corre por los cauces de nuestro castellano, dándonos testimonio directo y elocuente del cultivo de la propia personalidad que los griegos profesaron.

Y no será por demás advertir que, si uno de los síntomas más claros de una cultura refinada es la generalización del uso de los baños, fue en Grecia donde ellos se hicieron populares y donde primero se organizaron baños públicos al alcance de todos. De Grecia pasó a Roma, con la práctica, el nombre erudito *termas* y el popular *balneum*, *baño*, que aun hoy conserva nuestra lengua.

* * *

Debiéramos ahora seguir a los griegos en su vida social, y hallaríamos el castellano cuajado de términos en que se siente todo el calor de la vida doméstica tales como *cofre*, *cama*, *sábana*, *tapete*, *pantuflas* y *sandalias*, *saco*, *cesta*, *cántaro*, *estufa*, *marmita*, *artesa*, *cuchara* y *mermelada*.

¿Queréis ver en una curva formada por unas cuantas palabras la historia social de muchos griegos y de muchos colombianos? *Himeneo*, *arras*, *epitalamio*; *baile*, *crápula*, *broma*, *embromar*, *circo*, *propina*, *galán*, *regalo* y *engalanarse*; *paje*, *pompa*, *boato*, *apoteosis*; *féretro*, *pira*, *tumba* y *epitafio*.

En honor de la verdad hemos de decir que este tipo de hombre que no sirve sino para la holganza y los placeres es más frecuente en Grecia que en las modernas sociedades. El ciudadano de Atenas pasa el día en la ociosidad. porque sabe que por él trabajan los *metecos* y los esclavos; pero, sin embargo, cogiendo al pueblo griego en su conjunto. lo encontramos en febril actividad. Apliquemos el oído a nuestra lengua y sintamos a través de ella y a través de los siglos el ruido de las máquinas, el rumor de los puertos, el vocerío de los mercados y el fragor de los combates.

Trueco, trocar, retruécano son el eco castellano de *τροχός*, rueda. El *torno*, tan usado por los artífices de las bellas obras de cerámica que tanto abundan en nuestros museos, vive aún en múltiples formas y tiene larga familia en nuestro idioma: *tornar, retorno, contornear, entornar, contorno* y otros muchos derivados. *Maña* es la forma popular y eufonizada de *máquina*, y se prolonga en *amañarse, desmañado*, etc. *Poleas, ganchos, sifones, alambiques* remontan su historia hasta los griegos.

Amalgama, apelmazar, aplastar, encolar, enlosar, entapizar, esmerilar, esquilar, oficios son que no disimulan su ascendencia helénica.

Y si a los productos vamos, tienen marca de fábrica de aquel bello país los *conopeos*, literalmente mosquiteros, *toldos, fanales, medallas, emblemas*, que literalmente son incrustaciones, *púrpura, cuerdas, estopas* y *estofas, pabilos y madejas* que tienen en nuestra lengua dos derivados de contraria significación, *despabilado* y *desmadejado*; *fras-*

cos, bisagras, gonces, cremalleras; y. entrando en industrias familiares. *azúcar, pastas, almidón* y *grageas.*

La industria del papel es de origen egipcio, pero los griegos la explotaron desde los tiempos de Alejandro Magno y nos la trasmitieron. *Πάπυρος* es la planta egipcia que finamente elaborada formaba los *papiros*, ascendientes en línea recta de nuestros *papeles*.

Muchas son las voces de los marinos griegos que viven aún en castellano con sentido idéntico unas, notablemente ampliado algunas otras. *Piélago, archipiélago, golfo, barca* que ha dado tantos derivados: *barquero, barquillo, abarquillado, embarcar, embarcación, desembarcar,* etc.; *equipar, equipaje, esquife, galera, caraba* y *carabela; proa, comba* y *jarcia; piloto* y *pirata; chusma*, que primitivamente significó el conjunto de remeros; *rumbo, calma, borrasca, náusea* de *ναῦς*, nave, nombre que dieron los griegos al mareo; *zarpar, remolcar, arrimar, arrumar* y *calar*, que propiamente significa echar el *ancla*.

En la bahía de Alejandría se halla la isla de *Φάρος* en la cual hizo levantar Tolomeo Filadelfo un monumento que fue tenido por una de las 7 maravillas del mundo. En él brillaban por la noche luminarias que servían de orientación a los navegantes. El nombre de la pequeña isla se ha generalizado. Los *faros* son hoy en todo el mundo el consuelo y la protección de los marinos, que no saben que con su luz benéfica llega hasta nosotros un puro destello de la cultura griega.

Con los navegantes vienen los mercaderes, y si acecha-

mos su conversación oiremos en sus labios palabras que son para nosotros familiares: *emporio, tesoro, bolsa, embolsar, desembolsar, monopolio, bodega* y *botica* que originariamente son una misma palabra απο-θηκη. Próxima parienta de ésta es ὑπο-θήκη, que pesa aún en nuestra lengua al fin y al cabo como una *hipoteca*. Los banqueros en Grecia se llamaban τραπεζῖται de τράπεζα, mesa; las *trapacerías* de hoy nos están diciendo que no siempre gozaban de muy buena fama.

Baratar significó primitivamente traficar, negociar; de donde vino *barata, trueque* o cambio; *baratería*, engaño o fraude; y *barato*, de poco precio. Baratar vino así a significar dar o recibir a menos precio, y de aquí, con adición de un prefijo, se formó *desbaratar*.

Las pesas y medidas griegas han dejado también su huella en castellano: *talento, dracma, adarme, gramo, quilate. Ensayo* es el griego ἐξ ίγιον, pesada, tanteo.

La pacífica vida de los griegos se vio con frecuencia perturbada por el estrépito de las armas y el fragor de los combates. A juzgar por los pocos términos militares que nos dejó la Grecia, no fue ella la que nos enseñó a pelear sin descanso; pero, con todo, el mismo nombre de la guerra πόλεμος, lo tenemos en el erudito *polémica. Pelea* es también de origen griego y formación popular frente a los eruditos *estratagema* y *táctica*. Arreos militares legados por la Grecia son *ballesta, carcaj, cimera, espada, panoplia* y *catapulta*. Y lo curioso es que algunos elementos más modernos ostentan nombres importados de la Grecia: *bala, bomba*, la que atruena en los *bombardeos*, y *carabina* El

antiguo *ángaro* y el de aspecto moderno *parapeto* son invención de los griegos.

Brío, heroísmo, bravura, fueron características del soldado que supo vencer en Maratón y Salamina o morir en las Termópilas. *Jinete* nos recuerda a aquellos luchadores que vencieron a las Amazonas, tan admirablemente figurados en el friso del templo de Artemis.

Fuerza singular se necesita para cortar *a cercén*, la cabeza a un enemigo con quien se combate cuerpo a cuerpo. Esta locución adverbial tan gráfica, *a cercén,* viene de κίρκιτος, circular de κρκος, *circo*.

Falange: hé aquí una voz tristemente célebre en los anales militares de la Grecia. Φάλαγξ,αγγος significa rodillo. Este nombre dio Filipo a su famoso cuerpo de ejército, la *falange macedónica,* con el cual pensaba arrollar a los héroes de Atenas y de Esparta. Y lo consiguió plenamente, no tanto porque el soldado macedónico, aun en falange, fuera más fuerte que el griego, sino porque la política de Filipo era incomparablemente más hábil y audaz que la de aquella democracia que no pudo ser encauzada ni aun por la elocuencia más poderosa y enérgica que ha resonado en la tierra, la elocuencia de Demóstenes. La falange no sólo vive entre nosotros en su aspecto militar, sino también degradada por el vulgo en la voz *palanca*, con sus derivados, entre los cuales, aunque parezca extraño, se halla la voz *espalancar*, separar violentamente, modificado en *esparrancar*, que la etimología popular ha convertido en *espernancar*. Tan triste fin tienen a veces en ma-

nos del vulgo las palabras de más clara historia y más puro abolengo.

Grecia vencida impuso su lenguaje al vencedor. Había impuesto también a los romanos, aun antes de medir sus armas con ellos, las palabras más gloriosas: *triunfo, triunfante, triunfador, trofeo.*

* * *

La vida social del pueblo griego culmina en la πόλις, la ciudad, la unión de los ciudadanos que se prestan mutuo apoyo, que ponen sus buenas cualidades al servicio de todos, para que del enjambre humano resulte la vida activa y ordenada, el bienestar de las familias, el progreso de las ciencias, el florecimiento en las artes, y cuando es menester, la defensa contra los enemigos.

Ζῷον πολιτικόν definió Aristóteles al hombre, mostrando que entre todos los vivientes es el único capaz de vivir progresando en sociedad.

Bellos ejemplos de civismo en paz y en guerra nos legaron los griegos. Ya es Arístides, que siendo desterrado injustamente pidió a los dioses, al salir de Atenas, que no sucediera en su patria desgracia ninguna que pudiera hacer sentir su destierro. Ya son aquellos bravos que, dirigiéndose a atajar a los persas en el estrecho paso de las Termópilas, y advirtiéndoles algunos que los enemigos eran tantos que oscurecían el sol con sus flechas, respondieron impávidos:—Mejor; así pelearemos a la sombra.

Bello es el epitafio que a estos héroes puso el poeta Simónides:

Viajero, dile a Esparta que aquí nos hallaste muertos por obedecer las santas leyes de la patria.

La obediencia a las leyes, en el pueblo, la santidad, la justicia de las leyes en el legislador, porque sin ella no hay obediencia digna de ser humano, he aquí el resumen de la vida cívica del pueblo más culto del mundo. Y esa vida cívica palpita aún en una palabra castellana, aunque malandrines y follones, que diría don Quijote, se empeñan en envilecerla: la *política*.

Sí, señores, volvamos por los fueros de la cultura griega que tan felizmente brilla a través de los siglos en esa noble palabra con que Aristóteles nombró el más denso de sus libros.

La *política*. Arte de gobernar haciendo felices con leyes justas a los pueblos. Ciencia de obedecer las santas leyes de la patria. Y no digamos que hace política el ambicioso explotador de los humildes, ni el demagogo que azuza las pasiones del vulgo, ni el maestro en prestidigitación electoral ni menos el que mancha con sangre de hermanos el suelo sagrado que nos vio nacer.

Demos otro título a las aberraciones de los hombres; y dejemos el limpio nombre de política para las nobles intenciones, los propósitos desinteresados y las realizaciones fecundas de los que se han desvelado en el estudio de los problemas nacionales; de los que, aun discrepando en muchos puntos, se unen en un piadoso culto y en un puro amor a la patria común.

No sería este cuadro fiel reflejo de la realidad si en él no hubiera sombras.

El pueblo griego tenía una misión providencial que cumplir. En él se debía ver cuánto es lo que puede, pero también cuánto es lo que no puede la naturaleza humana dejada a sus propias fuerzas. A pesar de haber sido el pueblo mejor dotado para la civilización, no pudo levantarse a las más altas esferas del espíritu; no conoció al verdadero Dios; no supo el fin de la sociedad ni el fin de la misma existencia humana; no entendió la dignidad de la mujer ni respetó los derechos del niño; no sospechó siquiera que todos somos hermanos.

Si en lo meramente humano llegó la Grecia al más perfecto grado de cultura, en lo que se relaciona con las más puras aspiraciones del espíritu, la verdad y el bien, quedó como los demás pueblos paganos sumergida en las tinieblas y sombras de la muerte.

El hombre, que había sido hecho por Dios responsable; con la obligación de hacer el bien y de evitar el mal; con la noble independencia del ser superior que no puede convertirse en instrumento para la felicidad de otros, y con el sublime fin de participar de la misma felicidad infinita del Creador, quedó en la ciudad pagana convertido en un mero instrumento al servicio del Estado.

El Estado prometía en cambio a sus miembros la felicidad, no la que consiste en la posesión plena de la verdad y el bien, que es la felicidad del espíritu, sino una felicidad estrecha y caduca que puede encerrarse en dos palabras; bienestar, ociosidad. Y no para todos: el descanso y el placer presuponen trabajo. Para que los menos pudieran gozarlos tenían que trabajar los más.

De 307.000 habitantes que llegó a tener el Atica eran esclavos 200.000; 40.000 metecos y sólo 67.000 ciudadanos. La esclavitud era la fatal consecuencia de una sociedad que veía en el trabajo una deshonra y en el placer el fin supremo de la vida.

«Esto fue, dice un ilustre historiador, la sociedad antigua, sala de festín en que algunos hombres privilegiados se regalaban sin tasa servidos por un pueblo de esclavos, pero que era, para los unos como para los otros, el vestíbulo de la nada.» (Godofredo Kurth. Los orígenes de la civilización moderna).

Un día entró en Atenas un pobre peregrino, pequeño de cuerpo, débil de apariencia, pero de mirada penetrante y viva que dejaba escapar la luz misteriosa de un fuego divino que en su interior ardía. Recorre el ágora y la acrópolis; se fija en las estatuas y en los templos; se mezcla con los grupos de ociosos que en busca de novedades pululan por todas partes, y les habla palabras de extraño sentido, palabras de igualdad, de responsabilidad, de resurrección y vida.

—Todo esto tienes que exponerlo en el Areópago, le dicen, y lo conducen sin demora a la ilustre colina, sede del más respetable senado de la tierra.

«Y estando Pablo de pie en medio del Areópago, les dice: Atenienses, por todo lo que he podido observar en vuestra ciudad, veo lo mucho que os preocupan los problemas religiosos. He admirado vuestros templos y vuestras estatuas, y he hallado entre otros un altar con esta inscripción: *AL DIOS NO CONOCIDO*. Pues bien, yo os traigo

nuevas de ese que adoráis sin conocerlo...» (Hechos de los Apóstoles, 17, 22).

Pocas veces, señores, la palabra humana ha llegado a más sublime altura que en ese discurso de Pablo ante los areopagitas y el pueblo de Atenas. El escenario es toda Grecia, que ve en Atenas la corona de la sabiduría. Los oyentes son los hijos mimados de la civilización antigua. La cátedra, el tribunal más respetado de la clásica antigüedad.

Ha terminado en Grecia el reinado de los falsos dioses, que si pueden halagar a los poetas no pueden hacer felices a los pueblos. Va a romperse la nube que ha ocultado por tantos siglos el sol de la verdad. Jamás se ha leído en Atenas mensaje más trascendental que el que está trasmitiendo ese hombre de pequeña estatura y mirada de fuego. Europa entera debió sentir en ese instante un estremecimiento. Había llegado la hora final del paganismo. Cristo, hijo de Dios, por boca de Pablo de Tarso, anunciaba desde Grecia que venía a tomar posesión de los pueblos de occidente y a mostrarles el sendero de la verdadera civilización.

No fue el latín, fue el griego el vaso en que se vertió para ser derramada por Europa la buena nueva, la palabra divina. En griego está escrito el Nuevo Testamento. Vedlo, sin entrar en más detalles, en estas pocas palabras, que forman la constelación más brillante en nuestro cielo castellano:

Cristo y cristiano; Iglesia, evangelio, católico; bautis-

mo, eucaristía; apóstol, anacoreta mártir, ángel, misterio, paraíso.

Y así han quedado resonando a través de los siglos en todos los pueblos cristianos esas palabras de redención y de esperanza, ese mensaje de vida y libertad, esa revelación de la verdad y de la moral de Cristo, que hizo de Europa la maestra de todos los pueblos, el brillante faro de la humanidad, la fecunda madre de la civilización moderna.

INDICE



